

El objetivo de esta publicación es dar a conocer las actividades, empleos, quehaceres y obras que llevan a cabo las mujeres de los Altos de Jalisco. Con textos y fotografías visibilizamos las múltiples ocupaciones femeninas actuales. Aunque algunos quehaceres son muy antiguos hemos buscado entenderlos en relación a las situaciones, escenarios y desafíos a los que se enfrentan las mujeres hoy; mujeres con recursos, habilidades y proyectos diferentes a los de sus madres y abuelas. Los cambios sociodemográficos, laborales, socioculturales, generacionales han modificado de manera irreversible los escenarios de vida y trabajo de las alteñas.

ISBN 978-607-97058-0-0



9 786079 705800

ARQUITÓNICA

QUEHACERES Y OBRAS

Arias, Sánchez García, Muñoz Durán

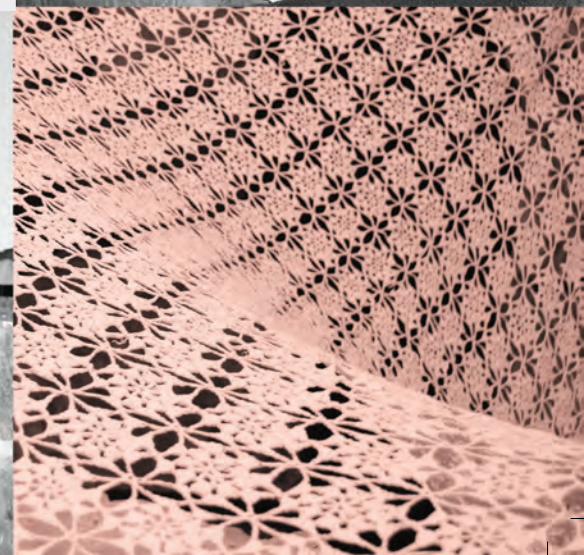
QUEHACERES Y OBRAS

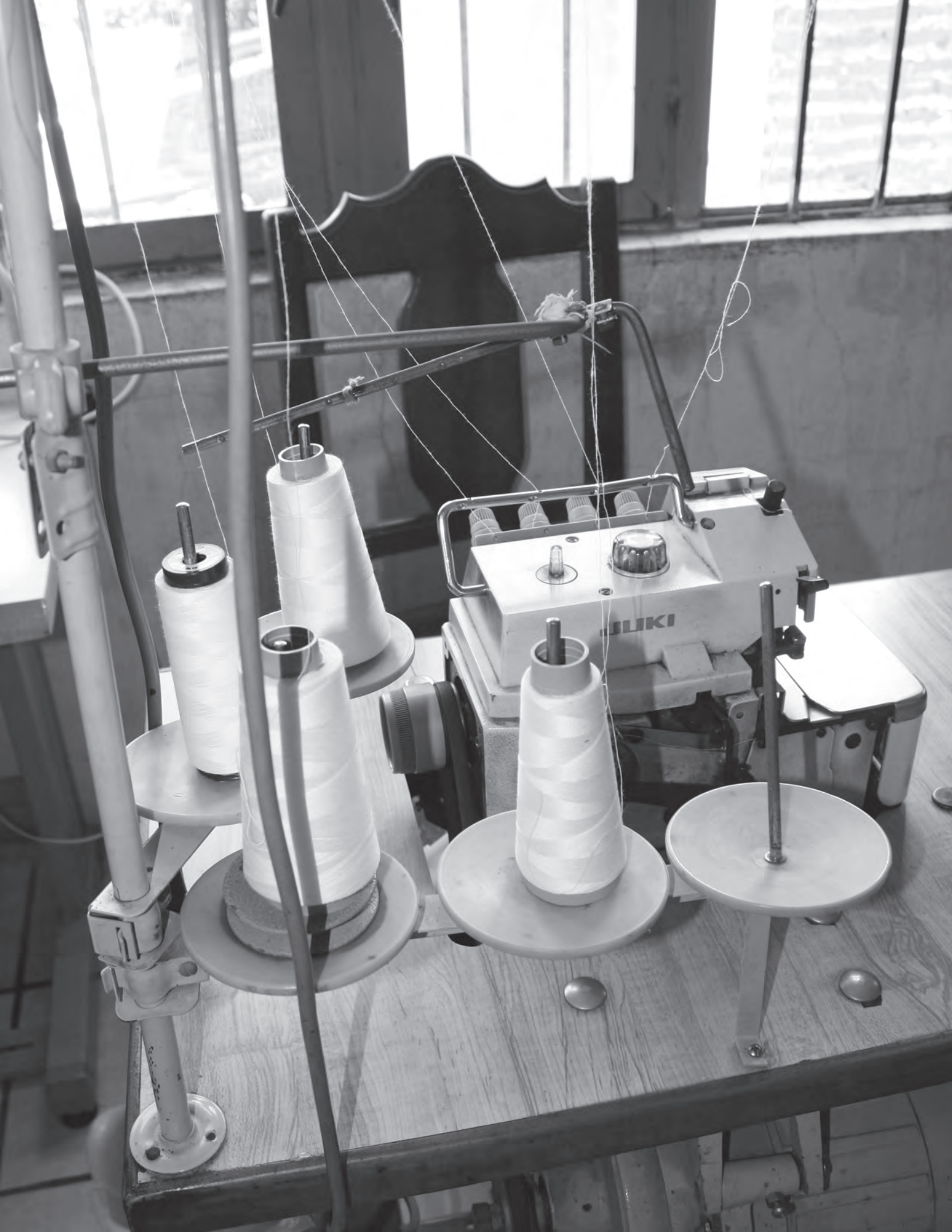
*El trabajo femenino en los
Altos de Jalisco*

Patricia Arias

Imelda
Sánchez García

Martha
Muñoz Durán





QUEHACERES Y OBRAS

.....
El trabajo femenino en los Altos de Jalisco

QUEHACERES Y OBRAS

El trabajo femenino en los Altos de Jalisco

PATRICIA ARIAS
IMELDA SÁNCHEZ GARCÍA
MARTHA MUÑOZ DURÁN



Secretaría de Cultura

GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO

Proyecto efectuado con el apoyo de la Secretaría de Cultura de Jalisco

Primera edición, 2015

D.R. © Las autoras

Avenida Hidalgo # 1282, Colonia Americana
44600 Guadalajara, Jalisco.

ISBN: 978-607-97058-0-0

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A punto de morir, una anciana le pidió a su esposo que abriera el ropero y le llevara una cajita. La caja contenía una muñeca de trapo. Ella le explicó que con cada disgusto que tenían ella fabricaba una muñeca. El marido se emocionó de saber que sólo una vez se había enojado con él. Entonces ella le pidió que abriera mejor la caja y él encontró un montón de billetes. Al preguntarle de dónde había salido tanto dinero, le respondió que de todas las muñecas que había vendido.

Tradición oral

CONTENIDO

.....

Los agradecimientos	11
La investigación	13
Sobre el trabajo femenino	17
Abarrotes. Todo cabe en un jarrito...	35
En busca de la diferencia	37
Agricultura	38
Jornaleras	41
¿Nuevas agricultoras?	42
Del arte también se vive	44
Artes de la costura	46
El bordado a mano	49
Deshilado	51
La filigrana. Un dechado de virtudes	53
Un trabajo muy fino	55
Punto de cruz	57
Para enfrentar la adversidad	59
Tianguis textil	60
Bordadoras a máquina	63
Juchitán en los Altos	65
Bordadoras de huipiles	67
Una empresaria pionera	68
En el comercio	71
Bisutería	73
Una artista de los accesorios	75
Botanitas	77
Desde el mostrador	79
Una estilista con ángel	81
Pasteles por Facebook	82
En un oficio de hombres	85
Una dinastía en el negocio de las uñas	87
Lo importante es no dejarse caer	88

Compradoras de costura	90
“Dar costura”	92
Las cuidadoras	94
Mamás no mamás	97
Enfermera en casa	99
El tejido	101
Dos agujas	103
Frivolité	105
Con el gancho y un tiempito	107
Cual Penélope	109
Nuevos usos del listón	111
En las granjas de aves	112
Catorce años en una granja de aves	115
En las granjas de porcinos	116
¡Traer lechones al mundo!	119
Ladrilleras	120
Los lácteos, un asunto de mujeres	123
En la ordeña	125
De productora doméstica a pequeña empresaria	126
Las migrantes	129
Las que se quedan	130
Las que se van	132
La retornada	135
La modista	136
El vestido perfecto	140
La sastra	141
Mujeres al volante	142
¿De qué va a querer su nieve?	145
El pan de cada día	147
Las obreras	148
Una operadora del abrigo alteño	151
Las pespuntadoras	153
Una encargada	155
Las profesionistas	156
Las recicladoras	158
San Juan de los Lagos	161
La soltería, cuna de empresarias	162
El taller maquilador	164
Del rancho a la ciudad	167
Esplendor y ocaso de un taller	169
Bibliografía	171

LOS AGRADECIMIENTOS

La publicación de esta obra ha sido posible gracias al apoyo de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, a través del Programa Proyecta 2015. Nos sentimos muy afortunadas de haber podido conocer, platicar, escuchar a tantas mujeres que fueron tan amables de contarnos las trayectorias, experiencias, alegrías y tristezas de sus vidas. En nuestras andanzas nunca nos faltó una silla donde descansar, un vaso de agua, una fruta fresca, una mangonada bien fría, una gordita de horno recién hecha. Hacia ellas es, sin duda, nuestro mayor agradecimiento.

En las temporadas de trabajo de campo contamos con el apoyo del Mexican Migration Project (MMP) que llevan a cabo la Universidad de Guadalajara y la Universidad de Princeton. Con Jorge Durand, co-director del proyecto, y los integrantes del equipo de investigación –Celeste González Camacho, Roberto Mauricio Monteón Sánchez, Javier Ezaú Pérez Rodríguez, Karla Rueda Vergara y Alejandro Zarai Peregrina- compartimos recorridos, nos aportaron ideas y ofrecieron contactos que nos fueron de gran ayuda. Ezaú Pérez se encargó además de elaborar los cuadros, gráficas y mapas que acompañan los textos. Contamos con las sugerencias, siempre generosas y atinadas, del Dr. Cándido González de Cualtos (Centro Universitario de

los Altos), del MVZ Carlos Adame de Gigantes Agroindustria, del Mtro. José Antonio Serratos Vidrio y del MVZ. Armado Sedano Alvarado, a la Dra. María Esther Avelar Álvarez. Arabella González, nuestra editora, nos acompañó y guió, con entusiasmo y sabiduría, en todas las etapas del proyecto.

Por su parte, Patricia quiere agradecerles a Imelda y Martha su enorme disposición, y compromiso para sacar adelante esta investigación. Las tres formamos un equipo de esos que se pueden definir como de sueño, donde cada quien aportó lo mejor de lo que sabía, de lo que pudo investigar para obtener el resultado que hoy presentamos. Patricia está, además y como siempre, agradecida por la colaboración y el cariño de Jorge y Sol Durand. Imelda quiere agradecer a su hija Kamila Sivonney, a su esposo, padres, hermanos, amigos y a la Dra. Arias por la oportunidad brindada para participar en este trabajo. Martha le expresa su agradecimiento a su madre, María de Jesús Durán, su mejor ejemplo de mujer trabajadora e incansable; a Patricia por compartir tan generosamente su gran experiencia como investigadora, antropóloga y ser nuestra guía; a Imelda por el compañerismo y por su alegría contagiosa, su franqueza y desenvoltura que nos abrió tantas puertas.

MARÍA



LA INVESTIGACIÓN

Esta investigación se llevó a cabo a lo largo del año 2014 y hasta el mes de julio de 2015. Incluyó recorridos por las áreas rurales y urbanas de los distintos municipios de la región; trabajo de campo que supuso la aplicación de cuestionarios; la realización de entrevistas sucesivas, elaboración de historias de vida de mujeres de diferentes edades, localidades, quehaceres, condiciones de vida conyugales y familiares.

Este trabajo trata de mujeres que llevan a cabo actividades formales e informales. Pero no “ilícitas”. Aunque conocemos mujeres que se dedican a actividades como la prostitución, la venta de droga o son o han sido “coyotas” que llevaban gente a Estados Unidos, hemos excluido ese perfil de trabajadoras a las que no les hubiera gustado aparecer en esta publicación. De cualquier modo, seguramente nos faltan actividades, pero fueron las que obtuvimos y privilegiamos en esta investigación.

El trabajo de campo nos llevó a tomar la decisión de incluir dos municipios colindantes con los Altos: Zapotlanejo, ubicado en el extremo sur de la región, que ahora forma parte de la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG) y Nochistlán, localizado al norte de los Altos, que pertenece al Estado de Zacatecas. En ambos casos las dinámicas económicas, las prácticas laborales

y los modelos culturales de las que hablaban nuestras entrevistadas referían a la región alteña.

La principal fuente de información han sido las propias mujeres, sus trayectorias, experiencias, relatos, reflexiones. Las conversaciones y entrevistas fueron realizadas, en la mayor parte de los casos, en los hogares. En muchos casos, este coincidía con su lugar de trabajo. Tuvimos mucho cuidado de que las entrevistas fueran exclusivamente con las mujeres, no con los demás miembros de sus hogares. Se trataba de recuperar las vivencias y experiencias personales de las mujeres, como ellas quisieran recordarlas y narrarlas, sin la interferencia de otras personas, aunque fueran sus familiares. En otros casos, hicimos lo contrario, es decir, procuramos que hubiera diálogo entre mujeres, casi siempre familiares, de diferentes generaciones en torno a un mismo tema. De esa manera recuperamos, nos parece, tanto historias personales como cambios narrados y explicados por ellas mismas.

En ocasiones, las tres pudimos realizar las entrevistas; en otras, fuimos dos y también a veces sólo una de nosotras. De cualquier manera, los materiales de campo fueron compartidos y comentados entre las tres.

Los materiales de investigación de cada persona, actividad y localidad han

quedado registrados en bases de datos, diarios de campo y grabaciones. La publicación de información y fotografías se hace con la autorización expresa de las entrevistadas.

Nos ayudó mucho a definir el formato de nuestra investigación la revisión de otras publicaciones sobre mujeres trabajadoras que combinan testimonios y materiales gráficos. En especial dos. La primera es un estudio de las mujeres del medio rural en España en la década de 1980. A propósito de una exposición fotográfica Ana Sabaté Martínez (1989) hizo una revisión de los múltiples y variados quehaceres de las mujeres del campo en España para destacar la heterogeneidad del mundo rural y los cambios que se percibían tanto en las actividades como en las vidas femeninas. Se trata claramente de una mirada de género. Las fotografías, que destacan por su valor artístico, articulan muy bien con el texto que revisa la condición laboral rural femenina a nivel nacional, con base en datos censal complementada con información generada en entrevistas a mujeres. Aunque los testimonios no se presentan de manera directa, la autora presenta una visión pormenorizada de la situación de las mujeres en diferentes regiones de España más allá de la información estadística.

El trabajo de Quintero y Dragustinovis (2006) es más cercano en tiempo y espacio ya que trata de las trabajadoras de la maquila en la ciudad de Matamoros, Tamaulipas, en la frontera México-Estados Unidos. Los autores presentan de manera directa las opiniones de cuarenta obreras de una sola

actividad –la maquila– organizados de manera temática: la ciudad, la fábrica, el sindicato, el hogar, la vida y las expectativas. En este caso, las fotografías son íntimas y significativas para ellas ya que corresponden a sus archivos personales y los dibujos fueron elaborados por ellas mismas a petición de los autores.

De ellos hemos abrevado para elaborar nuestra propia propuesta: una obra que dé cuenta de las múltiples actividades laborales femeninas en una región particular de México, de sus transformaciones y sentidos para las mujeres actuales en forma de pequeñas historias, de apretadas síntesis de sus vidas, acompañada de fotografías de ellas, sus obras, sus contextos.

Sobre la región encontramos tres publicaciones, básicamente de fotografías, que muestran algo del trabajo femenino, en especial, de la costura: *Jesús María. Imágenes e identidad* (2010), *Jesús María. Memoria fotográfica* (2012) y *Hojeando mi pueblo. Guía cultural y turística de Valle de Guadalupe* (2013). En general, las fotografías reiteran las imágenes más tradicionales y estereotipadas de las mujeres: por una parte, ancianas y madres en días de fiesta, mujeres que rezan en un templo, una mujer rodeada de imágenes religiosas, la monja, las catequistas, una joven arreando un burro, las escaramuzas charras, un trío de ancianas cantoras, maestras, jóvenes en desfiles cívicos; por otra parte, reinas de belleza, bailarinas exóticas y de ballet clásico, una joven en el dintel de una cantina.

Se muestran fotografías de oficios “femeninos” tradicionales: la enfermera

o la que posa en un molino, las mujeres, ya mayores, que hacen cuadros de punto de cruz, deshilado y gancho. Con todo, logran aparecer, sin comentarios, jóvenes en una clase de preparatoria, fotógrafas, mujeres en abarroteras, alguna que hace gorditas o vende carnitas, la que hace pasteles, la que sirve capuchinos, la que vende dulces, la que vende aguas frescas, las que cosen zapatos y

huaraches, la anciana que vende caña, niñas y ancianas en la pizca del tomate, las que trabajan en un taller textil, en una fábrica de calzado, en una embotelladora.

De esas mujeres apenas vislumbradas, que no que reiteran estereotipos sino que los han roto, es de las que queremos hablar en este libro.



SOBRE EL TRABAJO FEMENINO

El objetivo de esta publicación es dar a conocer las actividades, empleos, quehaceres y obras que llevan a cabo las mujeres de los Altos de Jalisco. Con textos y fotografías hemos procurado visibilizar las múltiples ocupaciones femeninas actuales, muchas de las cuales se desarrollan al margen de la información que puede ser detectada y cuantificada en los registros oficiales, pero que tienen un valor significativo en términos de ingresos para ellas y sus hogares así como de la ocupación que generan en las comunidades donde las practican.

Se trata de una mirada a las actividades que llevan a cabo las mujeres en la actualidad. Aunque algunas son muy antiguas y forman parte de la cultura femenina del trabajo hemos buscado descubrir y entender el significado de esos quehaceres en relación a las situaciones, escenarios y desafíos a los que se enfrentan las mujeres hoy; mujeres que, también hay que decirlo, cuentan con recursos, habilidades y tienen proyectos diferentes a los de sus madres y abuelas. Los cambios sociodemográficos, laborales, socioculturales, generacionales han modificado de manera irreversible los escenarios de vida y trabajo de las alteñas.

En esta, como se ha dicho en otras publicaciones, las mujeres son la principal fuente de información, el objeto

de análisis y el tema de las fotografías (Quintero y Dragustinovis, 2006; Sabaté, 1989).

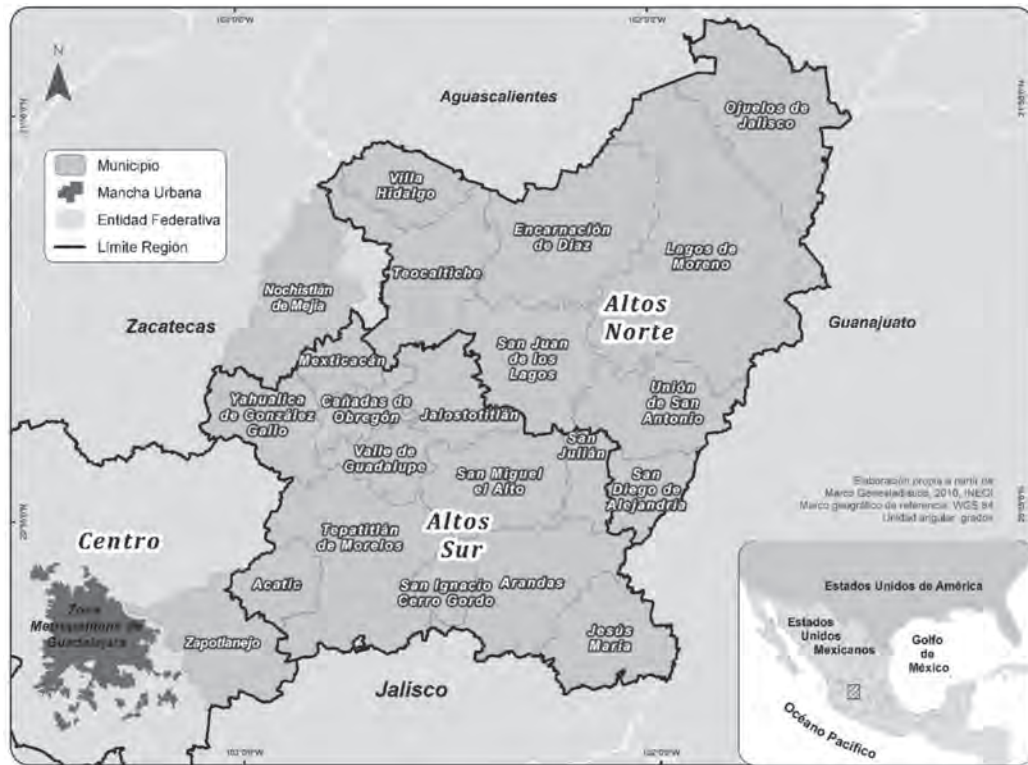
En términos administrativos los Altos de Jalisco se divide en dos regiones: Altos Norte, integrada por ocho municipios, y Altos Sur, por doce (mapa 1).

En 2015 sumaban 826.001.230 habitantes. La población alteña en su conjunto representa una décima parte de la población de Jalisco (10.4%). Desde fines del siglo XIX los Altos se convirtió en una región de emigrantes, en especial a Estados Unidos (Durand y Arias, 2005).

A los Altos lo definían tradicionalmente siete características: un catolicismo arraigado, una sociedad de economía ganadera en explotaciones de pequeña y mediana escala, asentamientos rurales en forma de ranchos, predominio de la propiedad privada, migración masculina centenaria a Estados Unidos, en menor medida, a la ciudad de México, Guadalajara, la frontera norte, y la fama de sus mujeres tan bellas como laboriosas.

Pero ha habido muchos cambios. En la actualidad, se la reconoce como una economía agro-ganadera que ocupa los primeros lugares a nivel nacional en la producción de leche, pollos, huevos y puercos, con establecimientos distribuidos por toda la región que requieren de

MAPA 1. LAS REGIONES ALTOS NORTE Y ALTOS SUR DE JALISCO



muchos trabajadores y trabajadoras, por una intensa fragmentación de la propiedad, una notable conectividad entre las localidades pero también una creciente urbanización, por la cancelación de la migración a Estados Unidos como opción laboral generalizada, por la intensificación y generalización del trabajo femenino.

Una larga tradición

Siempre se ha dicho que las mujeres de los Altos son muy trabajadoras. Y, aunque, como se sabe, el trabajo femenino ha sido menos documentado que

el de los hombres, algo se ha filtrado en la literatura y en los estudios sobre la región (De Alba, 1989; García Acosta, 2001; Icazuriaga, 2002; Yáñez, 1962).

Hasta la década de 1960 la situación laboral femenina que deja atisbar la literatura indica que ellas aprendían desde niñas “el quehacer”, ese conjunto infinito de tareas que garantizaban el buen funcionamiento de los hogares y las mantenía ocupadas y preocupadas buena parte de todos los días: arreglar la casa, preparar los alimentos, lavar y planchar la ropa, atender a los niños. En una región rural donde predominaba la producción ganadera y se cultivaban los granos básicos para la alimentación, las

mujeres sabían desde levantar cosechas, limpiar corrales, arrear ganado, ordeñar vacas, hasta administrar ranchos (De Alba, 1989; Yáñez, 1947; 1962).

Para las mujeres de hogares pobres o que quedaban desamparadas, convertirse en “muchachas de servicio” en casas de gente adinerada fue siempre una alternativa de vida y trabajo. Había otras, quizá con mayores recursos, habilidades, necesidades que buscaban otras opciones: se convertían en parteras o plañideras; las que sabían leer y escribir podían dedicarse a dar clases a cambio de “maíz, frijol, gallinas, huevos”; había comerciantes que tenían tiendas; fayuqueras que traían “muchas cosas del otro lado”; vendedoras que aprovechaban los días festivos y el paso de caminantes para vender alimentos, bebidas y golosinas (De Alba, 1989; Yáñez, 1947; 1962). No faltaba incluso la que anhelaba dejar de “ser criada de la señora” e irse al Norte “a trabajar del otro lado”, donde iban tantos hombres de la región (De Alba, 1989).

Pero había otras que, por gusto, vocación o porque no les había quedado opción, en especial, las viudas y solteras, que descubrían su capacidad para sacar adelante la producción de ranchos ganaderos, lo que les permitía vivir “decorosamente” con sus hijos o entre hermanas que se habían quedado solteras (De Alba, 1989: 9-10). Que viudas y solteras se convirtieran en administradoras de ranchos o tiendas, mesones y hoteles era valorado y socialmente aceptable cuando sucedía ante la ausencia masculina; por lo regular, debido a la muerte de padres o esposos. Pero las

que lo hacían porque les gustaba, resultaban exitosas y eran exigentes consigo mismas y con los demás, era porque tenían, se decía, aptitudes masculinas, eran ambiciosas o carecían de consideración y sentimientos (Yáñez, 1962).

Pero sin duda el oficio femenino más generalizado era la “costura” o, más bien dicho, las mil variedades asociadas a las artes de la confección, el tejido y el bordado a los que se dedicaban casi todas las mujeres de los ranchos y las cabeceras municipales cuando terminaban “el quehacer” de cada día (De Alba, 1989).

Las niñas, desde pequeñas, eran enseñadas en una, dos o más técnicas en las que, con base en la pedagogía de hacer y deshacer, se convertían en conocedoras y expertas, algunas, en auténticas virtuosas de alguna técnica. A partir de los 6 años, de madres a hijas, de tías a sobrinas, entre muchachas, todas aprendían a sacar “puntadas de deshilado” o bien, alguien les enseñaba, como “Teófila (que) convidó muchachas de los ranchos para enseñarlas a bordar y a coser” (Yáñez, 1962:62). Se admiraba a algunas, como Plácida, que “en un santiamén aprendió a cortar, coser y bordar” (Yáñez, 1962:63). Aunque la mayoría trabajaba a mano, había quienes bordaban en máquina “flores, guías, estrellas y más preciosidades” (Yáñez, 1962: 61). Cada niña solía aprender una o más técnicas: bordar, deshilar, tejer, hacer gancho.

Además de enseñarles a ser hacendosas y aprender oficios con los que podían ganar dinero, la costura era una pedagogía moral y una manera de con-

trolar, es decir, disciplinar y modelar el comportamiento femenino: cosiendo, bordando y tejiendo no se echaban a perder; no se comportaban como hombres; al interior de las casas, sentadas, permanecían ocupadas en quehaceres de provecho, no estaban ociosas y no tenían tiempo para malos pensamientos ni para pensar en cosas inadecuadas a su condición femenina.

Las menos se convertían en modistas de tiempo completo, algunas muy solicitadas, en especial, para la confección de la ropa para estrenar en las fiestas, con lo que podían llegar a mantenerse; otras, las más, aprendían a ser bordadoras, costureras, hilanderas y tejedoras con lo cual “ayudaban”, como les gustaba reiterar a todos cuando se referían a esos quehaceres de las mujeres.

Esa “ayuda” de las mujeres beneficiaba a sus hogares en términos de ahorro y de ingresos. Quizá fue hasta la década de 1940 cuando se acostumbraba que las novias pasaran sus últimos meses de soltería confeccionando su “ajuar”, ese conjunto de artículos que necesitarían en sus flamantes hogares: almohadones, carpetas, semanarios (juego de siete carpetas con el nombre de cada día de la semana que se usa para las tortillas), manteles, servilletas. Solía suceder que la futura suegra le llevara a su inminente nuera tela de manta, tijeras e hilos para que le confeccionara camisas y pantalones al novio. Si demostraba que podía hacerlas entonces se casaban. Quizá no era tan drástico el asunto, pero da una idea del valor que se atribuía a ese saber femenino.

Una vez casadas, ellas se encargaban de la hechura de todas las prendas y artículos que siempre se necesitaban: ajuares de bebés, ropa del diario de niños y adultos, enseres de la casa (colchas, sábanas, almohadones, servilletas, pañuelos, manteles, toallas), los “juegos” que se colocaban como adorno en los muebles. Elaboraban además los regalos para parientes y vecinas y las prendas para el templo y los sacerdotes. La llegada incesante de hijos y las celebraciones infinitas las mantenían siempre ocupadas. Esas eran formas de ahorro de los hogares.

Pero ellas producían también artículos para vender, de manera ocasional o regular, lo que les permitía obtener productos pero sobre todo dinero. Aunque de manera imperceptible la costura para la venta se hizo cada vez más imprescindible como ingreso en efectivo en los hogares. Aunque todas reconocen que la costura se pagaba mal, a las solteras les permitía “juntar” dinero para darse algún gusto personal como la compra de zapatos, comprar un vestido o tela para confeccionarlo y poder estrenar el día de la fiesta; para las casadas, para comprarles prendas o golosinas, más tarde, para financiar los gastos escolares de sus hijos.

En general, había dos maneras de producir y vender las prendas: por cuenta propia o recibir los materiales: *“tú sigue haciendo tus paños de deshilado y tus ruedas en las tardes cuando terminas el quehacer. Yo te voy a traer recortes de telas que me da mi mamá, ya ves que tiene muchas costureras que le trabajan para la venta de costura y mi*

mamá es muy buena” (De Alba, 1989: 31) (las cursivas son nuestras). Había quienes aceptaban encargos, es decir, recibían los materiales –en ese caso sólo se pagaba el trabajo- y además confeccionaban piezas por su cuenta.

La profusión de artículos que se elaboraban en la región había permitido que mujeres de distintas comunidades y diferente condición se convirtieran en comerciantes –compradoras mayoristas, acaparadoras- que reunían la producción de los ranchos para hacer entregas o vender en cabeceras municipales como Jalostotitlán, Teocaltiche, Tepatitlán, la importante plaza comercial de San Juan de los Lagos, las tiendas de Guadalajara, León y hasta la ciudad de México.

Otra actividad femenina muy difundida que también se entendía como “ayuda” era la cría y engorda de especies pequeñas: en el traspatio de sus casas criaban puercos, pollos, gallinas ponedoras de huevo que vendían a los comerciantes que recorrían los ranchos y les pagaban en efectivo o les proporcionaban materiales para la costura: telas, hilos, estambres. Otro quehacer concebido como “ayuda” era la elaboración de productos lácteos (quesos, crema, requesón) que se consumían de manera cotidiana en los hogares y también se vendían. La fabricación de productos lácteos, que contribuía a diversificar y complementar la dieta de los hogares, era un quehacer femenino, aunque eran los hombres los que solían salir a venderlos.

Finalmente, en cada lugar había puestos de venta de tortillas, fondas

y cenadurías, algunas muy afamadas, donde las mujeres creaban y recreaban los platillos de las gastronomías locales. Algunos funcionaban todos los días, otros, sólo los fines de semana o los días de fiesta.

Así las cosas, las mujeres, además del quehacer, realizaban a lo menos cinco actividades adicionales: participaban en los quehaceres agropecuarios cuando eran requeridas por padres y esposos; criaban animales para vender; producían lácteos, “cosían” y aprovechaban cualquier oportunidad para ganar dinero con sus habilidades culinarias. Aunque se la pasaban todo el día ocupadas en una y otra cosa, ellas entendían sus quehaceres como “ayuda” y “complemento” a los ingresos masculinos, no como tareas que debían ser reconocidas por su aportación económica a los hogares en términos del ahorro y los ingresos que representaban.

Con todo, era aceptado que el dinero que obtenían lo destinaran a las necesidades, también gustos, de ellas y sus hijos. Un rubro importante de consumo era la compra de joyas. Una costumbre generalizada era que las madres les compraran arracadas de oro a sus hijas cuando cumplían 15 años.

Las mujeres laboraban a lo largo de todo el año. Los meses de mayor trabajo correspondían al temporal de lluvias, es decir, de fines de mayo a fines de octubre, cuando “ayudaban” en el campo. El resto del tiempo, durante las secas, se dedicaban a los quehaceres cotidianos, a cuidar animales, ordeñar, hacer quesos, coser, bordar, tejer, vender. Si el temporal era malo y la cosecha magra,

las mujeres lo compensaban intensificando sus otros quehaceres.

Finalmente, hay que mencionar que las mujeres eran las principales responsables de una tarea adicional: el cuidado de sus padres ancianos y, eventualmente, de ayudar en la atención a los hijos de hermanas y hermanos, en especial, cuando había familiares migrantes en Estados Unidos.

En general, existía una rígida división sexual y genérica del trabajo. Los hombres estaban a cargo de los ranchos, es decir, de la actividad agropecuaria. La preocupación central de los hombres era “dar de comer”, es decir, ser proveedores en el sentido de garantizar el abasto de los alimentos básicos de los hogares: maíz, frijol y calabaza y cuidar del ganado vacuno para asegurar el abasto de leche.

No menos, pero tampoco más. De cualquier manera, el alto valor socialmente asignado a la actividad agropecuaria jerarquizaba todas las actividades y los derechos y deberes al interior de los hogares y le aseguraba a los hombres el status de proveedores principales e indiscutibles. Con base en esa jerarquización, las tareas que realizaban las mujeres se entendían, siempre y sin discusión alguna, como “complementarias”, es decir, útiles, pero no indispensables para la sobrevivencia de los hogares.

La carga ideológica de las nociones de “ayuda” y “complementariedad” del trabajo femenino, se sostenía, en parte al menos, por el hecho de que los quehaceres por los que ellas recibían productos e ingresos se realizaban al interior

de los hogares. Hasta la década de 1960 hubo escasas opciones asalariadas para las mujeres fuera del hogar, salvo los servicios personales y el empleo en los establecimientos comerciales. Era en las casas, del campo y la ciudad, donde ellas alimentaban y cuidaban animales de traspatio, elaboraban productos lácteos y, en las tardes, “en los ratos libres”, en las puertas de sus casas, en compañía de vecinas y parientes, vendían o se dedicaban a la “costura” que, como dicen ahora, las “desestresaba” y les quitaba “los malos pensamientos”.

Tiempos de cambio

En las décadas 1970-1990 se advierten tres grandes cambios en el trabajo femenino: la decadencia de viejos quehaceres artesanales; el surgimiento de actividades industriales que las demandaron como trabajadoras y modificaciones significativas en la costura. En esos años mejoró la conectividad entre las poblaciones al interior de la región, los servicios, la educación y se intensificó la migración de las familias de los ranchos a las cabeceras municipales.

Con ello, disminuyeron y se aligeraron algunas de las tareas más arduas de las mujeres: acarreo de agua, hacer tortillas, atender niños todo el tiempo, incluso la posibilidad de tener menos niños. Un ejemplo. En la década de 1970 en Pegueros, una pequeña población del municipio de Tepatitlán, las mujeres tenían un máximo de 13 hijos, cifra que disminuyó a 9 en 1980, a 7 en 1990 y a 5 en 2000 (Durand y Arias, 2014). El

promedio de hijos por mujer se redujo de 4.9 en 1970 a 2.2 en 2000 a la fecha, cifra similar a la del estado de Jalisco en su conjunto (Durand y Arias, 2014). Poco a poco, las mujeres tuvieron más tiempo para dedicarse a las actividades y empleos que comenzaron a surgir en la región.

Actividades añosas como la alfarería, la fabricación de reatas o cobijas resultaron cada vez menos rentables. El empleo se reducía al grupo doméstico, donde participaban mujeres y niños o, como en el caso de los cigarros, sólo unas cuantas mujeres los fabricaban en sus casas (García, 2001). Los establecimientos comerciales, aunque de diferente giro, eran negocios de pequeña escala, manejados por “el dueño, sus hijos y familiares” (García, 2001:65).

Al mismo tiempo, se amplió el espectro y la envergadura de industrias que ofrecían trabajo asalariado a las mujeres. En Teocaltiche las empleaban en las fábricas de sombrero (Espín, 1978). En Arandas había obreras en una pequeña fábrica de fideos, una cordelería, una fábrica de dulces, en los talleres de tacones, en una fábrica de esfera navideña en la delegación de Santa María del Valle (García, 2001). En la década de 1980 operaban cuatro fábricas de esfera de vidrio soplado en Santa María del Valle, donde trabajaban más de cien mujeres. En la cabecera municipal de San Julián existían otras tres fábricas de esferas y en San Diego de Alejandría funcionaba un taller de globo de esferas, también con mujeres (Arias y Durand, 1988). En Mezcala, delegación del municipio de Tepatitlán, hubo otra fábrica de esfera.

En Capilla de Guadalupe, delegación de Tepatitlán, abrió una fábrica de globos que empleaba alrededor de cien obreras (Arias, 1992). En San Diego de Alejandría había talleres de fabricación de tenis, de medias y calcetines, guantes, chamarras, bolsas de plástico, dulces (Arias, 1992). En Acatic había una fábrica de medias de nylon. La región experimentó un proceso de diversificación de actividades económicas, donde cobraron fuerza los proyectos industriales en diferentes ramas, modalidades y escalas que apelaron al trabajo femenino.

Con todo, la actividad más difundida por la geografía regional siguió siendo la producción de prendas y artículos asociados con la costura, en especial, la confección, pero también sometida a intensos cambios. Como es sabido, una estrategia empresarial de la última etapa del modelo de sustitución de importaciones fue la descentralización y ruralización de la industria de la confección y el tejido de punto (Arias y Wilson, 1997). El encarecimiento de la producción en las ciudades (mayores salarios y controles institucionales) así como las nuevas tendencias asociadas a las exigencias de la moda (mayor variedad y producción de lotes pequeños) estimularon la descentralización de la producción. Los Altos, con una tradición reconocida de costureras y bien comunicado, fue un espacio muy buscado por empresas de Guadalajara y otras ciudades para desplazar plantas, procesos o etapas o para establecer convenios con empresas o personas de la región que conocían el giro de la confección (Arias, 1988).

Así las cosas, en esos años se distinguen cinco modalidades de trabajo y organización de la producción. En primer lugar, persistió la producción doméstica de artículos bordados y tejidos, en especial a máquina, donde las mujeres, en sus casas, recibían encargos o trabajaban de manera independiente y vendían su producción a las mayoristas que la desplazaban hacia diferentes destinos. En ese tiempo se incrementó la demanda urbana de esos productos, en especial, para los establecimientos comerciales del centro de la ciudad de México.

En segundo lugar, se expandió el trabajo a domicilio vinculado a fábricas y talleres. En Arandas las mujeres recibían “tareas” que les enviaban las fábricas de tacones (García, 2001). Una actividad muy difundida era el tejido y bordado de sombrero. Mujeres de las rancherías de los municipios de San Diego de Alejandría y Unión de San Antonio tejían palma y bordaban a mano los adornos de los sombreros de charro que les enviaban desde una cercana, pequeña y dinámica ciudad guanajuatense muy vinculada a los Altos de Jalisco: San Francisco del Rincón (Arias, 1992). En 1983 estaban registradas 110 fábricas de sombrero y 8 de arreglos para sombrero; aparte de innumerables talleres (Arias, 1992). En el proceso de diversificación de la producción de calzado los empresarios de San Francisco del Rincón mantuvieron la práctica de abaratar costos mediante el envío de lotes de zapatos para coser a mano en las mismas rancherías alteñas donde se trabajaba el sombrero (Arias, 1992).

En tercer lugar, surgieron empresas familiares, muchas veces iniciadas por mujeres, donde la producción, en parte mecanizada, en parte manual, dependía de los miembros de un hogar, que era donde se ubicaban los talleres. De manera estacional, de acuerdo a los pedidos, contrataban trabajadoras o les enviaban trabajo a domicilio. Ese tipo de establecimiento se dedicaba sobre todo a la confección o el tejido de prendas de vestir y solían tener agentes de venta o trabajar para mayoristas que entregaban las prendas en alguna ciudad (Arias y Wilson, 1997; García, 2001). Poco a poco, la moda se convirtió en el factor que imponía las temporadas de producción, los tipos de productos, el empleo y los ingresos de las trabajadoras.

En cuarto lugar, estaban los talleres maquiladores, es decir, aquellos que recibían los cortes y todos los materiales de las prendas sólo para coserlos y terminarlos (Arias, 1992). Esos talleres solían recurrir también, de manera eventual o permanente, al trabajo a domicilio de mujeres que contaban con una máquina de coser o bordar. La maquila de prendas para fábricas de ropa de Guadalajara se había extendido a localidades pequeñas de la región como San José de Gracia y Pegueros. También hubo una maquiladora de suéter y pantalón en Mexxicacán. Finalmente, estaban los talleres grandes y fábricas, con maquinaria moderna y trabajadoras asalariadas, que producían de manera independiente o para mayoristas y establecimientos urbanos (Arias, 1992; García, 2001).

La fabricación de prendas de tejido de punto llegó a ser muy intensa en los

municipios de Encarnación de Díaz y Villa Hidalgo, cuya producción se destinaba sobre todo a la ciudad de Aguascalientes, desde donde se desplazaba hacia tiendas mayoristas y minoristas de todo el país; en la confección de prendas de vestir se destacaban Tepatitlán, Arandas, Atotonilco, Ayo el Chico, San Miguel El Alto, desde donde se enviaba maquila al municipio de San Julián y a las localidades de Santa María del Valle y San José de Gracia (Arias, 1992). Tepatitlán se convirtió además en un centro de fabricación de colchas y cortinas. Zapotlanejo transitó, muy exitosamente, de la elaboración de blancos (sábanos, colchas, almohadones) y camisas de charro a la confección de ropa femenina de moda que maquilaban para empresas reconocidas de Guadalajara o producían por cuenta propia (Arias, 1992). Las ciudades de Villa Hidalgo y Zapotlanejo se convirtieron en lugares muy reconocidos de comercialización de ropa para todo el país. Se volvió costumbre la llegada de camiones de múltiples ciudades, en especial, del norte, que trasladaban a comerciantes en busca de los productos de cada temporada: otoño-invierno y primavera-verano.

Hay que mencionar que en la región, así como en localidades limítrofes de Guanajuato, hubo programas de los gobiernos estatales y federal de impartición de clases de corte y confección, donación de máquinas de coser y apoyo a la formación de cooperativas de costura para que las mujeres tuvieran acceso al crédito (García, 2001). Las cooperativas fueron un fracaso, pero las clases y las máquinas sirvieron para que muchas

mujeres las compraran e incursionaran en la fabricación y el comercio de prendas de vestir y artículos para el hogar.

Los estudios de esos años señalaron que el trabajo femenino asalariado fuera del hogar tenía cuatro características: se limitaba a la etapa de la soltería, las jóvenes no tomaban la decisión de trabajar de manera autónoma y sólo *“se les permite percibir un salario cuando contribuyen a la economía familiar como hijas de familia más no como amas de casa a las cuales se les considera estricta y exclusivamente debidas y dedicadas a su hogar e hijos, mientras el hombre es el que proporciona “el gasto” a la familia”* (García, 2001:157) (las cursivas son nuestras). Cuando se casaban y como “los esposos ya no las deja(ba)n trabajar”, las mujeres se sumaban a las actividades que ofrecían trabajo a domicilio (Arias y Durand, 1988; García, 2001).

La fabricación de esfera navideña de vidrio soplado en Santa María del Valle es un excelente ejemplo de cómo se acordaba la oferta de trabajadoras en ese tiempo. Desde luego que ya no era adecuado ni posible dejar pasar la oferta de trabajo que ofrecían las fábricas pero se podía acomodar a las costumbres locales. Así, la decisión de a quienes se contrataría fue tomada entre los dueños de la empresa, originarios del lugar que habían emigrado a Guadalajara, con los sacerdotes y los padres de familia. Sin consultar a las que se convertirían en obreras, se acordó que sólo se contrataría a muchachas, es decir, a jóvenes solteras y en tanto lo fuesen. Si se casaban, tenían que dejar de trabajar. Las primeras casadas que quisieron in-

gresar, aprovechando que los maridos estaban en Estados Unidos, fueron tan severamente criticadas que tuvieron que desistir.

La segmentación del mercado de trabajo por estado civil resultaba muy funcional para las empresas que buscaban abaratar el costo de la mano de obra y que requerían de trabajadoras de manera estacional: las obreras no se veían como tales a largo plazo; trabajar fuera de la casa era una etapa breve de sus vidas, por lo cual eran poco exigentes y más bien muy agradecidas. De ese modo, las empresas podían pagarles poco; las prestaciones, si acaso, eran mínimas; las empresas las enviaban a “descansar” en la temporada baja; no se planteaban asuntos como los permisos de maternidad; y, finalmente, apenas se comprometían para casarse, dejaban los puestos de tal modo que no generaban derechos a largo plazo.

Como se advierte, los hombres eran, al final del día, los que decidían qué mujeres y en qué condiciones podían trabajar: el empleo en los establecimientos fuera del hogar, que era el mejor pagado, se restringía a las solteras y sólo podían emplearse en tanto su salario contribuía a los ingresos del grupo doméstico; pero cuando se casaban su prioridad volvía a ser el quehacer de la casa y el trabajo a domicilio, sin duda, el peor pagado.

Así las cosas, hasta la década de 1990 el trabajo asalariado femenino fuera del hogar estuvo controlado y modelado desde el hogar o, de manera más precisa, por los hombres, en especial, por los padres y esposos de las mujeres. Después, ya no fue así.

Nuevos escenarios

Desde la década de 1990 sucedieron y se sucedieron situaciones que alteraron, de nueva cuenta, los escenarios económicos, laborales, sociales de la región y de la condición femenina.

La industria de la costura en fábricas y talleres entró en una crisis sin retorno. Las empresas nacionales y locales resintieron los impactos de la apertura comercial que supuso la llegada de productos extranjeros, en especial, chinos y coreanos, tanto de manera legal como a través del contrabando. Eso hizo que muchos establecimientos cerraran, cambiaran de giro, disminuyeran de tamaño, modificaran su forma de trabajar. Algunas empresas descentralizaron y fragmentaron la producción mediante el envío de las máquinas a los domicilios de las trabajadoras.

Pero esa estrategia ya no funcionó, aunque de esa manera muchas mujeres adquirieron máquinas de coser y bordar. El trabajo a domicilio de artículos de costura y bordado a mano, también a máquina, volvió a ser una opción laboral para muchas mujeres del campo y las ciudades. Pero transformada. Si bien muchas persisten en la elaboración de los productos acostumbrados y sistemas tradicionales de mercadeo; otras, en especial, las jóvenes, han hecho cambios importantes en las maneras de concebir el trabajo y producir las prendas, han incursionado en nuevas tecnologías y en el uso de las redes sociales para potenciar nuevos productos y atender a distintos mercados.

Si hubiera que poner una fecha se podría decir que el año 2005 marcó el fin de la industria de la confección y el tejido de punto como opción generalizada de negocios en la región. Desde entonces el número de empleos y trabajadoras se abatió, los encargos se redujeron y los salarios disminuyeron. La crisis de la industria de la confección y el tejido de punto representó un duro golpe al empleo femenino asalariado, dentro y fuera del hogar.

Pero al mismo tiempo se dieron cambios importantes en actividades económicas que operaban a pequeña escala y habían sido tradicionalmente de traspatio: la cría de gallinas, la producción de huevo, la engorda de vacas y puercos. Hasta la década de 1960 se trataba de animales de razas criollas, que crecían y engordaban con base en una dieta combinada de pastoreo, desperdicios domésticos, maíz y garbanzo (Márquez Ruiz, 2013).

Los animales eran cotizados por su carne, pero sobre todo por sus subproductos: la manteca, la leche (Icazuriaga, 2002; Márquez Ruiz, 2013). Desde la década de 1960, debido al incremento de la producción de granos en el Bajío guanajuatense, reconocido espacio agrícola cercano a Los Altos, la urbanización de la población y el incremento de la demanda de carne y una política gubernamental de apoyo al uso de alimentos balanceados, la porcicultura, la avicultura y la producción de leche se convirtieron en actividades industriales de envergadura cada vez mayor

(De Leonardo, 1978; Icazuriaga, 2002; Márquez Ruiz, 2013). Muchas empresas tecnificaron sus procedimientos, mejoraron sus instalaciones, incrementaron el número de animales y empezaron a comercializar sus productos fuera de la región.

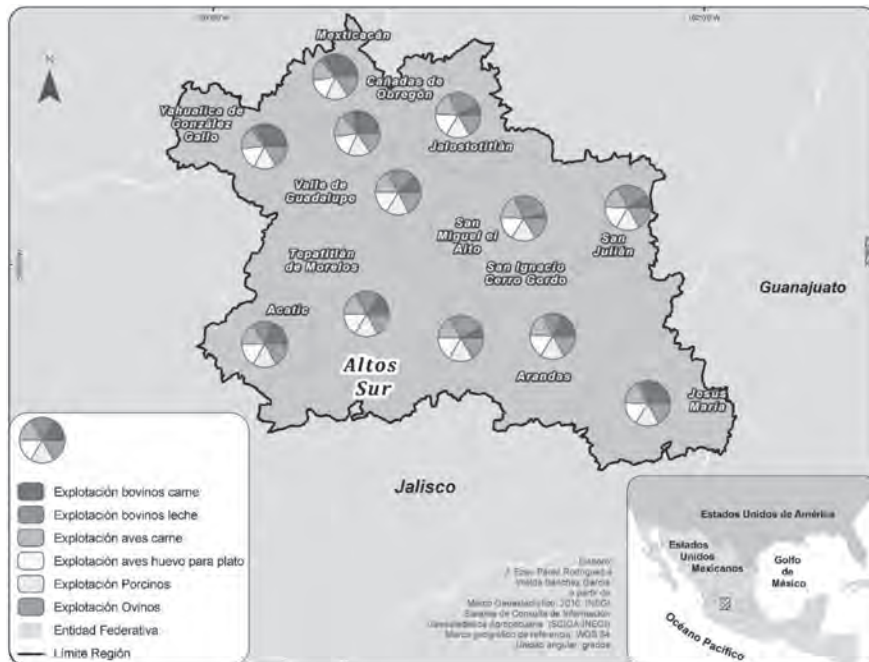
En 2014 Jalisco ocupó el primer lugar en la producción de bovinos, puercos y pollos (SCIGA-INEGI, 22 de mayo de 2015). Y la mayor producción de esas especies se concentra en la región de los Altos. En 2015 la producción jalisciense de bovinos representó casi una quinta parte (19.64%) de la producción nacional. La producción, en términos de toneladas, se duplicó entre 2010 y 2014. La producción de porcinos representa también casi una quinta parte (19.27%) de la producción nacional, aunque ha habido una drástica disminución en cuanto a toneladas: de 287.325 en 2010 a 80.882 en 2014, atribuible a las enfermedades que han afectado a esa especie. El huevo y la carne de pollo representan más de una cuarta parte (25.93%) de la producción nacional, aunque entre 2014 y 2015 se redujo casi a una tercera parte la producción, también por las enfermedades.

En 2015 había 41.763 unidades de producción de bovinos para carne, bovinos de leche, aves para carne, aves de huevo para plato, porcinos y ovinos. En Altos Norte había 17.870 establecimientos y en Altos Sur 23.893. Hay que decir que una misma empresa suele tener diferentes establecimientos en un mismo o distintos municipios de la región (mapas 2 y 3).

MAPA 2. PRODUCCIÓN PECUARIA EN LA REGIÓN ALTOS NORTE



MAPA 3. PRODUCCIÓN PECUARIA EN LA REGIÓN ALTOS SUR



El empleo en las actividades agropecuarias presenta fuertes sesgos por género. En los ranchos de ganado bovino y las ordeñas el empleo siempre ha sido predominantemente masculino. Por contraste, el crecimiento y la modernización de la porcicultura y la avicultura, asociada a la segmentación de los procesos y la dispersión de los establecimientos por la geografía regional, requirieron de muchos nuevos trabajadores y las mujeres se incorporaron, sin dudar, a la oferta laboral en las granjas tecnificadas y semitecnificadas de puercos; de aves de postura y huevo para plato. La actividad agro-industrial que emplea más mujeres es la porcicultura.

La condición y el trabajo femenino hoy

En el siglo XXI el empleo femenino en los Altos ya no se restringe a unos cuantos quehaceres. Las mujeres no han permanecido sólo en la costura o han incursionado nada más en el empleo agroindustrial. El espectro de las ocupaciones femeninas se ha ampliado y se han modificado las actividades y las características de su inserción laboral.

En general, nuestra investigación ha detectado dos situaciones. Aunque persisten actividades femeninas tradicionales, se observa la incorporación de mujeres a quehaceres considerados masculinos y, se advierte la reinención o reingeniería de varios oficios que han hecho las mujeres, en especial, las jóvenes. Estos cambios se relacionan con las nuevas necesidades, desafíos, circunstancias, proyectos de las mujeres, cada

vez más alejados de la práctica y el discurso de la ayuda, la complementareidad y el bienestar de los hogares como única meta del esfuerzo femenino.

Hoy por hoy, las encontramos en todos los lugares, en todas las actividades, algunas añosas, otras novedosas, en las que se emplean, pero también en las que crean, recrean, inventan y reinventan para acomodarlas a las circunstancias tan cambiantes de sus vidas. Las mujeres se emplean o trabajan en todas las edades, etapas y en todas las condiciones de sus trayectorias de vida: desde jóvenes y hasta la tercera edad; como solteras, casadas, madres solteras, separadas, dejadas, divorciadas, viudas. La segmentación del mercado de trabajo por estado civil ha dejado de pautar la inserción laboral femenina.

Las mujeres se han convertido en buscadoras y creadoras incesantes de empleos y actividades que les permitan obtener ingresos en efectivo de la manera más regular posible durante la mayor parte del tiempo. Pasan de una actividad a otra, pero no pueden, tampoco quieren, en la mayoría de los casos al menos, dejar de percibir ingresos propios.

El trabajo ha dejado de ser una opción temporal para convertirse en una obligación, pero que conlleva también la posibilidad de sacar adelante proyectos personales, no sólo de sus hogares. Esto tiene que ver con la confluencia de factores como la situación salarial, la tenencia de la tierra, los cambios sociodemográficos.

En los últimos años, en la región, como en todo el país, se advierte un es-

tancamiento en los salarios, femeninos y masculinos. En 2015 el salario mínimo era de \$66.45 diarios, es decir, \$398.70 en una semana de seis días laborables. Pero el salario mínimo ha dejado de ser un referente, al menos en los Altos. En general, los ingresos de los y las trabajadores que laboran como obreros y dependientes fluctúan entre \$600.00 y \$1,300.00 semanales, es decir, por lo menos el doble del salario mínimo. Con todo, son los empleos más apreciados en la región, no sólo por el monto de los ingresos sino, cada vez más, por las prestaciones que ofrecen.

Las mujeres prefieren los trabajos formales, aunque tengan que resolver –y pagar– por el cuidado de sus hijos pequeños. Lo que más se valora es el Seguro Social y, en los últimos años, los préstamos de INFONAVIT que dan acceso a vivienda. El surgimiento de una amplia oferta inmobiliaria y las dificultades que enfrentan las vías tradicionales de acceso a la casa propia, han valorizado mucho esa prestación del trabajo formal.

Aparte está la extensa gama de quehaceres que llevan a cabo las mujeres, que incluyen el trabajo a domicilio, maquila, comercio, ventas, servicios personales. En esos quehaceres los ingresos son bajos, pero no necesariamente irregulares, porque las mujeres se encargan de recibir pedidos, producir, vender, ofrecer sus servicios de manera permanente. Se trata, pues, de trabajos precarios que les permiten obtener ingresos entre \$300.00 y \$700.00 semanales, sin prestaciones.

Por su parte, en el caso de los hombres, se ha extendido mucho el jornale-

rismo como inserción laboral masculina a largo plazo. En los Altos los jornaleros son de la región. Casi los únicos jornaleros foráneos son indígenas chiapanecos que llegan contratados al municipio de Arandas para las labores del campo en las plantaciones de agave. El jornalerismo es una forma de empleo en las labores agropecuarias, pero también en la albañilería, la construcción en general, en los servicios de carga y descarga, en las labores eventuales de las granjas.

La expansión del jornalerismo tiene que ver con dos fenómenos: el cambio en el patrón migratorio y en la tenencia de la tierra. Hasta la década de 2000 la migración laboral a Estados Unidos, en especial de los jóvenes, fue una de las maneras, si no es que la principal, de conseguir terreno y vivienda. Ellos se iban al otro lado con el propósito de ahorrar para mejorar su reinserción en sus comunidades de origen, lo cual suponía construir una casa propia, por lo regular, en algún terreno que los padres de alguno de los dos solían regalarle a la nueva pareja. De esa manera, el costo de la vivienda casi no pesaba en los ingresos cotidianos ni a largo plazo de los hogares. Esto ya no es así. Desde 2005, más o menos, los jóvenes ya no han podido migrar como antes a trabajar en Estados Unidos (Durand y Arias, 2014) lo que les ha impedido ahorrar y construir una vivienda propia en la región.

A la imposibilidad de migrar se suma la situación de la tenencia de la tierra que ha afectado el acceso de los jóvenes a la propiedad: por una parte, la fragmentación de los ranchos y solares, por otra, la retención de la propiedad en

manos de los ancianos y, finalmente, la propiedad en poder de migrantes que no regresarán. Por cualquiera de esas situaciones, los jóvenes ya no tienen ni heredarán tierras, es decir, que se ha cancelado la posibilidad de que cuenten con algún ingreso o productos de las actividades agropecuarias, como sucedía antes. En muchos casos, carecen incluso de un espacio propio donde construir una casa. Esto ha extendido como nunca antes la renta de vivienda, rubro que los jóvenes han tenido que incorporar a sus costos de vida.

Los jornaleros reciben un ingreso semanal de \$1.300.00, sin prestaciones y el empleo es muy irregular. Un jornalero puede tener trabajo una semana completa, pero puede no conseguirlo durante dos o tres semanas seguidas. El jornalero se define como un empleo precario en tanto que es irregular, discontinuo, se paga por día o semana y carece de prestaciones. De esa manera, la precariedad laboral, que solía adjudicarse a los trabajos femeninos, hoy forma parte de las características del empleo masculino.

En las condiciones laborales y salariales actuales, los hogares, incluso de pocos miembros, no pueden sufragar los gastos imprescindibles con un solo ingreso. Hoy por hoy, ningún hogar, de tres o cuatro personas, puede vivir una semana con un ingreso individual que, en el mejor de los casos, llega a \$1.300.00.

Antes, era una atribución masculina, ellas mismas lo decían, “dejarlas trabajar”, lo cual era una manera de controlar sus ingresos que ellas solían entregar, en su totalidad, a padres y es-

posos, sin regatear su uso. Ahora, cada quien, también las mujeres, pueden, con más o menos presiones, decidir el monto, la modalidad, la espacialidad de su aportación al hogar. La mayoría entrega “gasto” en efectivo, aunque existe la aportación en especie, que puede ser hacerse cargo del “mandado” semanal o quincenal, asumir algún pago regular (agua, luz) o los “abonos” de algún bien.

Los bajos salarios e ingresos han obligado a que todos los miembros disponibles de un hogar, hombres y mujeres, trabajen y sean aportadores económicos. La mayor parte de las mujeres de una casa, no sólo alguna, trabaja y genera dinero. Entre todos y todas se arma un presupuesto que permite sacar adelante los gastos comunes. Cada quien puede decidir su contribución, pero no puede dejar de hacerla.

Todos, con más o menos reticencia, reconocen que los ingresos femeninos, por cualquier vía que se obtengan, resultan cruciales para los hogares; que sin ellos, difícilmente podrían salir adelante con los gastos que supone una casa. Este consenso ha tenido consecuencias importantes. En la actualidad, los padres y cónyuges no pueden impedirles trabajar y ellas no piden permiso para hacerlo. Es más, en parejas jóvenes se advierten acuerdos explícitos y continuamente negociables para la distribución de los gastos, las tareas del hogar, el cuidado de los hijos, las inversiones.

Aunque los hombres no quisieran que las cosas fueran así, han tenido que aceptar que ellas trabajen porque de otra manera no podrían sobrevivir. Pero no

sólo eso. En verdad, ellas son presionadas para que trabajen. Ya no es posible, como sucedía antes, que las jóvenes permanezcan en los hogares en tanto se casan. Hoy, aunque se queden en la casa, tienen que generar ingresos para mantenerse y aportar a los gastos comunes.

Las mujeres, en especial las jóvenes, están convencidas de que los hombres ya no son los proveedores únicos o principales de los hogares. Para las mayores, en cambio, es un tema del que hablan sólo cuando se sienten en confianza. Pero, en general, las mujeres, de todas las edades, son muy críticas respecto a la calidad de los trabajos y el monto de ingresos que perciben sus parejas, sus hijos, aunque suelen ser más tolerantes con estos últimos. La forma más común de expresarlo es que los hombres ahora no pueden mantener un hogar y muchos se han “hecho” flojos y desobligados. Como lo que ganan es tan poco, muchos optan por dejar de trabajar y se desobligan. Al cabo, dicen, las mujeres trabajan; argumento que a ellas las molesta mucho.

El trabajo les ha permitido además enfrentarse a los cambios socio-demográficos que han dado lugar a nuevos escenarios de vida. Las transformaciones en las relaciones de pareja, en especial, la ruptura y la no formación de uniones, obligan a las mujeres a trabajar de manera indefinida y a defender el uso personal de sus ingresos. Las jóvenes que posponen el matrimonio o deciden no casarse; las que por voluntad propia o no se convierten en madres solteras; las que deciden separarse incluso en etapas avanzadas de sus vidas; las que

son abandonadas; las que quedan viudas; todas, tienen que procurarse ingresos que les permitan mantenerse solas o con sus hijos.

También ha dado lugar a nuevas oportunidades de trabajo e ingreso para las mujeres. En un contexto donde se ha incrementado el número de trabajadoras con hijos pequeños y la prolongación de la vida de padres ancianos y enfermos cuyas hijas trabajan o sus hijos están en Estados Unidos, el cuidado entre parientes, incluso muy cercanos, se ha monetarizado. Las madres, hermanas, cuñadas, tías, abuelas pueden cuidar niños o ancianos, pero es un quehacer que se paga en efectivo o se retribuye de alguna otra manera. Porque todas necesitan dinero y dedicarse al cuidado supone dejar de percibir ingresos que se tienen que compensar.

En la práctica, también en el discurso, las mujeres cuestionan las viejas y socorridas ideas de que sus ingresos sean sólo “ayuda” y nada más “complementen” los de los hombres. Ellas saben, reconocen y quieren que sea reconocido el valor de su aportación a los hogares. Entienden también que, en contexto sociocultural actual, contar con ingresos propios les ha permitido tomar decisiones personales respecto al rumbo y destino de sus vidas; algo que las mujeres de generaciones anteriores no pudieron hacer.

Desde luego que se trata de situaciones, decisiones, arreglos donde conviven deseos y obligaciones, afectos y compromisos, resistencias y tensiones, avances y retrocesos. De eso tratan las historias y trayectorias que siguen.



MARÍA DEL CARMEN

ABARROTÉS

.....

Todo cabe en un jarrito...

Aunque con distintos nombres comparten una característica: la participación de esposas, hijas, madres ha contribuido, siempre y en todo lugar, a la viabilidad de la tiendita familiar. Sólo así, abierta desde muy temprano y hasta muy tarde en la noche, puede aprovechar la demanda, pequeña pero constante, de vecinos y transeúntes.

Además de un autoempleo, la tiendita ha permitido incorporar al trabajo a los miembros vulnerables –incapacitados, enfermos– de los hogares. Hay padres que han establecido tienditas para que puedan sobrevivir sus hijas discapacitadas y solteras cuando ellos falten. Es un negocio fácil de aprender y manejar. La tiendita puede instalarse en un cuarto de la casa, los proveedores las surten a domicilio, la contabilidad es sencilla y, finalmente, lo que no se vende, se puede comer.

El éxito de la tiendita depende de su capacidad para entender su entorno, su clientela y adecuarse a sus transformaciones. Un ejemplo. El hecho de que cada vez más la gente trabaje y coma fuera de su casa ha llevado a que muchas tienditas añadan la preparación de alimentos a su actividad comercial. La cercanía de una escuela, un centro de

trabajo, un hospital, una obra, aunque sea eventual, permite que las mujeres elaboren platillos, antojos, bebidas que correspondan a los gustos, horarios, recursos de esas clientelas particulares. De acuerdo a su experiencia, cada tiendita decide si ofrece o no crédito a su clientela.

La tiendita busca continuamente nichos de oportunidad porque la competencia de las farmacias, las tiendas de conveniencia y los supermercados han hecho disminuir sus ventas y, por consiguiente, sus ingresos.

Las tienditas son, casi siempre, de gente de las localidades. Pero en Los Altos existe una especialización microregional. Los vecinos de San Ignacio Cerro Gordo son reconocidos por su habilidad para establecer tiendas de abarrotes en otros lugares, en especial, en ciudades. Sus redes sociales y su conocimiento del negocio les ha permitido migrar a abrir misceláneas en colonias populares de Aguascalientes, Guadalajara, León. El negocio, aunque modernizado, mantiene un esquema de trabajo que depende de las esposas, que suplen las ausencias de los esposos, limpian, acomodan, reciben, despachan mientras cuidan a sus hijos.

BERTHA



*Una vía de salida
de la producción local*



Bolis de rompopo

En busca de la diferencia

Cuando Bertha supo que una muchacha traspasaba su tienda de abarrotes decidió aprovechar la oportunidad: ella ya sabía que era muy buena vendedora después de 12 años de comerciar artículos de punto de cruz en la plaza de Tepatitlán. Con el dinero de la alcancía de sus hermanos, lo que ganaba con la venta de costura, la ayuda de su madre y, gracias también a la escasa competencia que había en su barrio en la década de 1980, a Bertha le fue muy bien con la tienda, que administra y atiende.

Tanto, que después de 28 años, Bertha ha podido hacer muchas cosas: construir y remodelar la casa de sus padres, donde ella vive y mantenerlos. Pero sobre todo, debido a la intensa competencia que hoy existe, Bertha tomó varias decisiones: amplió el número de proveedores; compró un vehículo para surtir; agrandó, acondicionó y mejoró la presentación del establecimiento y se propuso diversificar los productos tradicionales de las abarroteras, es decir, los abarrotes y productos de limpieza, frutas, verduras, refrescos y golosinas industriales. Para diferenciarse, introdujo los productos lácteos y de salchichonería, de ahí el nombre de cremería, para lo cual instaló grandes refrigeradores y compró una rebanadora de jamón. Aunque en los últimos

años ha disminuido la venta de leche bronca, se mantiene vigente el gusto por los productos lácteos tradicionales.

Bertha casi no fía, “aprendió a negarse”, dice, y tampoco vende comida: en el barrio no hay clientes para eso. Pero la cremería es una importante vía de salida de una variedad de productos que se elaboran en la microrregión que provienen del trabajo femenino, de negocios familiares y empresas de pequeña escala: manteca, cremas, quesos, cajetas elaboradas por diferentes señoras; gelatinas, jericallas y bolis que le traen de otros lugares; variedad de dulces; pan; nixtamal congelado para pozole, chicharrón, hielo. En la tienda ellas arman pequeños paquetitos de especias para su venta al menudeo.

La tienda es grande, amplia, muy limpia y atiende todos los días de 7.00 a.m. a 11 p.m. Sólo el domingo cierra a las 3.30 p.m. Todos los envases se reciclan. Bertha emplea a cuatro trabajadoras, en dos turnos, que son vecinas y parientes. Bertha y su mamá se organizan para estar alguna de las dos en la tienda. Ninguna de las dos tiene salario pero se consideran “socias”. Bertha no se ha casado de modo que entre ambas han hecho ahorros y decidido inversiones, pensando, siempre, en las necesidades de la familia.

AGRICULTURA

En una región de tierras flacas, como decía Agustín Yáñez, la ganadería fue siempre la principal actividad económica. La agricultura, casi siempre de temporal, proveía la alimentación básica de los hogares (maíz, frijol, calabazas, chiles) y de los animales: maíz del que servía tanto el grano como la planta. El grano para consumo humano y para alimentar gallinas, engordar puercos, vacas, toros y becerros; la hoja (tasole) y el rastrojo (caña) como pastura para el ganado cuando se acababan los pastos.

Las labores del campo y el ganado mayor eran tarea de hombres. Pero las mujeres “ayudaban”, porque así se usaba, año con año, en el proceso agrícola: sabían tirar (chezar) los bueyes para abrir los surcos, sembrar, tapar; más tarde, abonar (tirar abono), escardar, quitar maleza, despuntar (cortar la espiga), cortar caña; finalmente, ayudar a pizcar y desgranar el maíz.

Esos trabajos reducían costos de dos maneras: se ahorra el salario de un peón y a las mujeres –esposas, hijas– no se les pagaba. En verdad, ellas ni



siquiera reconocían que eso era trabajo. Hoy sí reivindican que es trabajo “aunque no me paguen sueldo”.

Otra aportación de las mujeres tenía que ver con la alimentación y la venta de productos agrícolas. Las mujeres se encargaban de recoger, cortar, desensillar, cuidar el secado de las semillas de calabaza; de cortar el frijol, garrotearlo, juntarlo y pepenarlo. La calabaza y el frijol servían de alimento y golosina (se hacía dulce) en los hogares; la paja de calabaza para alimento de las vacas y un tipo de calabaza corriente (puerquera)

se destinaba a los cerdos. A la gente pobre se le dejaba pepenar frijol como una forma de ayudarlos.

El frijol y la semilla de calabaza se vendían. Aparte, la semilla de calabaza se procesaba de dos maneras: se tostaba y salaba para comer como botana, producto nostálgico muy apreciado por los migrantes a Estados Unidos; o se hacía mole de pipián.

El dinero de la venta del frijol y la calabaza les servía a las mujeres para comprar muebles y trastes, ropa para los hijos y hasta joyas para las hijas.





ESPERANZA

*Lo bueno fuera
que hubiera trabajo diario*

Jornaleras

Ha sido un empleo asalariado poco usual y poco generalizado de las mujeres. Se ha practicado en momentos, actividades y microrregiones muy específicas.

Hace años, en la siega manual de la avena forrajera se empleaban mujeres. Era una actividad de poco tiempo, apenas un mes. Trabajaban las dos últimas semanas de octubre y las dos primeras semanas de noviembre. Se les pagaba por “mono”, es decir, por hacer enormes manojos de avena. Había mujeres que hacían hasta cien monos. Ese empleo jornalero se acabó cuando entraron las cortadoras mecánicas.

Una de las actividades jornaleras más perdurables ha sido la del chile en la microrregión de Yahualica, donde se producen, de manera industrial y artesanal, salsas de chile, muy reconocidas y cotizadas.

La propiedad de la tierra está muy fragmentada, de modo que las jornale-

ras trabajan en distintas parcelas aunque sean de un mismo propietario. Hay trabajo, pero por temporadas cortas, para plantar, fertilizar y regar y el salario, por día, es de \$200.00.

El trabajo se concentra en la temporada de pizca del chile, actividad muy laboriosa, que comienza a fines de septiembre cuando el chile está rojo y se puede secar. A cada sembradío se le dan dos o tres pizcadas, las mejores son la primera y la segunda, en la tercera ya casi no salen chiles. Una vez pizcado, el chile es puesto a secar en unas lonas, se selecciona, se le quita lo manchado o podrido y ya está lista para salir al mercado.

La pizca del chile se paga a destajo: a \$3.00 o \$3.50 el kilo. Si la pizca es muy buena, porque rinde más, entonces se paga menos; si ya está mala, pagan más. De acuerdo a la edad, una jornalera puede pizar entre 70 y 100 kilos de chile al día, aunque esto último no es frecuente.

¿Nuevas agricultoras?

Luz tiene 33 años y en enero de 2015 empezó a estudiar una carrera universitaria en Cualtos, centro de la Universidad de Guadalajara en Tepatitlán. Se puede decir que es una estudiante tardía, pero porque fue una trabajadora precoz: desde los 13 años, poco después de terminar la escuela primaria, empezó a coser ropa en el taller de una señora del rancho donde vive para un taller de Zapotlanejo. Pero Luz siempre quiso estudiar y así, trabajando como costurera, aunque ya con taller propio, a los 21 años empezó la secundaria, más tarde la preparatoria abierta y la carrera de auxiliar de enfermería.

Pero se dio cuenta de que “con las máquinas”, como dice, podía vivir, pero no seguir estudiando. En 2007 decidió probar suerte como agricultora. Contaba con varios activos. Sus padres habían sido agricultores; pudo disponer de un terreno, menos de una hectárea, que le habían devuelto a su madre, la propietaria, después de haber estado sembrado de agave; sus tíos trabajaban en el campo y podían asesorarla. Esa primera vez le puso “todas las ganas y todo el empeño a la labor” y le fue muy bien. Claro que Luz no se confió sólo en sus redes, saberes locales y capacidad de

trabajo. También mandó a hacer estudios del suelo para ver qué necesitaba la tierra, hizo consultas por Internet y combinó el uso de maquinaria (tractor, máquina para limpiar los terrenos) y el trabajo manual.

El éxito de ese primer año, la animó a continuar. Y así ha seguido. En 2015, rentó nueve hectáreas para sembrar maíz, frijol y rábanos. El frijol, dice, lleva más cuidado que el maíz, pero los casi 400 kilogramos que cosecha le permiten abastecer el consumo del hogar que comparte con padres y hermanos y, además, regalar a parientes y gente pobre. El maíz blanco, al que dedica 8,5 hectáreas, lo vende como forraje; una parte, como rastrojo y otra como trilla, es decir, para el consumo del hogar y venta a las tortillerías locales. Siembra además maíz amarillo para forraje.

Su estrategia está orientada a ganar dinero para tener tiempo: durante las vacaciones de la Universidad se emplea como maquiladora en un taller, trabaja en la agricultura y con lo que gana en el campo se mantiene a lo largo del semestre. No gana mucho, pero puede estudiar en la universidad, que ha sido el propósito de su vida.

LUZ

*Ganar dinero para
tener tiempo*



DEL ARTE TAMBIÉN SE VIVE

Alicia es una pintora de 60 años. Desde que quedó huérfana, a los 11 años, Alicia, su madre y sus hermanas tuvieron que hacer lo que no estaban acostumbradas porque a su padre le iba bien en los negocios: trabajar para ganarse la vida. La viudez podía significar cambios drásticos en la vida de las mujeres. Para Alicia significó incursionar en la costura y la pintura: con la retacería de tela que le sobraba a su madre que trabajaba como modista, confeccionaba disfraces, flores, muñecos, títeres. Era hábil y creativa. En Guadalajara, donde vivió de niña, tomó un curso de pintura en una escuela de artes plásticas. Por eso, dice, lleva 50 años pintando.

Ella y su esposo, que también es pintor, son maestros del taller de pintura que se imparte en Cualtos y da clase particulares de pintura. Alicia participa y vende sus cuadros en exposiciones y recibe encargos de pinturas. Antes de hacer una pintura, le gusta platicar con el cliente para conocer lo que le gusta, entender sus sentimientos para poder

reflejar a esa persona en la pintura. Pero a Alicia lo que más le gusta pintar son árboles, en especial, abstractos, con texturas y de colores intensos: “Yo soy muy apasionada para lo que hago y más para la pintura, mis colores son muy fuertes... a mí no me gusta sacar copias, nunca hago copias, todo lo mío es original”.

Además de las pinturas, ella y su esposo confeccionan vestiduras para santos y niños dioses, retocan imágenes y cuadros antiguos, hacen disfraces y títeres, todo relacionado con el arte y la creación.

Tepatitlán, la ciudad donde vive, es un mercado pequeño, donde la gente no está acostumbrada a pagar precios altos por el arte. Con todo, Alicia vende muy bien sus creaciones. Pero además, para ella una satisfacción muy importante es que sus cuadros cuelguen en los hogares, en las oficinas y en los vestíbulos de edificios, que le den alegría a los espacios que con sus obras decora e ilumina.



ALICIA

*Soy muy apasionada, me gustan
los colores vivos*



ARTES DE LA COSTURA

Es un término genérico que incluye la confección, el bordado y el tejido, cada una de las cuales, a su vez, reúne diferentes actividades y técnicas. Son técnicas que han practicado las mujeres desde tiempos muy remotos, imposibles de precisar, aunque sus orígenes tienen más que ver con la tradición española, incluso francesa, que con la tradición indígena mesoamericana. Además, las mujeres de los Altos han trabajado siempre con telas industriales, primero manta de algodón, más tarde, telas de materiales sintéticos. Ellas no han tejido nunca en telares, a diferencia de la tradición textil indígena.

Antes existía quizá una mayor especialización por localidad: Jalostotitlán era conocido por el deshilado, Capilla de Guadalupe y San Ignacio por la filigrana, San Ignacio y Arandas por el frivolité y gancho, Tepatitlán por el punto de cruz. Quizá la orientación de los principales mercados -Aguascalientes en el deshilado, Tepatitlán en el punto de cruz y San Juan de los Lagos, en ambas- estimularon las especializaciones de las microrregiones cercanas a ellos.

Por lo regular, un artículo incluye más de una técnica: una de bordado y otra de tejido, en especial, gancho. A

cada técnica se le llama “trabajo”, de manera que un mantel que incluye deshilado, filigrana y gancho “lleva” tres trabajos. Hay piezas que pueden tener siete trabajos. De eso depende su precio, además, claro, de la calidad de la pieza.

La costura, en cualquiera de sus variedades y técnicas, es un saber femenino que ellas han sabido adaptar a las peculiaridades, necesidades y transformaciones de sus vidas. La han practicado siempre o de manera ocasional; han producido por cuenta propia o han recibido los materiales; se han dedicado a la compra-venta de prendas; le ha permitido tener un ingreso a las discapacitadas, a las ancianas; ha sido la manera de conseguir efectivo a las que se quedan en los ranchos; a mejorar el ingreso familiar en los años malos de la agricultura o la ganadería; a tener un ingreso, como productoras o comerciantes, cuando han migrado de los ranchos a las ciudades.

Siempre ha sido un trabajo muy calificado y laborioso, aunque mal pagado, que se justificaba y aceptaba cuando no había otras opciones laborales para las mujeres. Esto ya no es así. No sólo eso. Los productos chinos de importación



PARA CROCHET
HILO DE ALGODON

Calidad
Cibolan

Lovani's

De puntada a filo, corte con...
Tijera Multifuncion Delfin

De puntada a filo, Corte con...
Tijera Multifuncion

Small drawers with labels, likely containing sewing supplies.

OMEGA

Plastic storage bins with handles.

Mariposa

riposo

han afectado mucho el mercado del bordado y el tejido de prendas y artículos. Aunque son productos hechos a máquina, están muy bien confeccionados, son de bajo precio y resultan diferentes a los ya conocidos.

Como quiera, hay jóvenes que recurren a las viejas técnicas pero para incursionar en la elaboración de productos nuevos, distintos, versátiles, relacionados con la moda.

Pero, a diferencia de lo que ha sucedido con los textiles y la costura indígenas, que han conquistado mercados y públicos, los artículos tradicionales de los Altos, aunque de alta calidad técnica, se advierten rezagados en cuanto a productos y diseños. La producción tradicional en los lugares habituales de mercadeo decrece y no se han abierto nuevos espacios, ni se han modificado sus productos y clientelas.



El bordado a mano

El bordado es la actividad más practicada y la que ha dado mayor reconocimiento a las mujeres de los Altos. Existen varias técnicas de bordado a mano: deshilado, empavonado, filigrana, punto de cruz, punto de dama, rococó, trapeo y lo más nuevo, el bordado con listón.

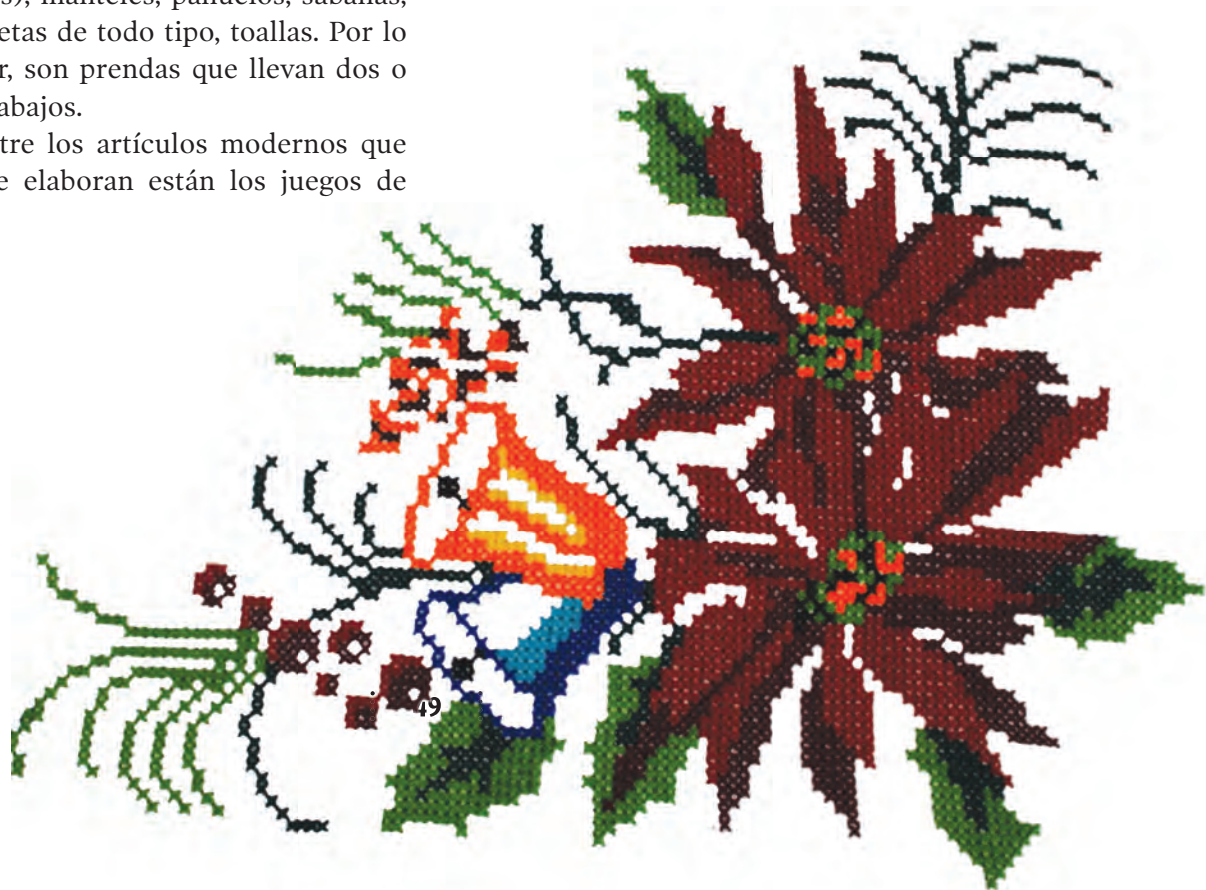
Las bordadoras a mano sólo requieren de agujas y bastidores de diferentes tamaños. Ellas conocen muy bien las características y usos de cada tela, de cada tipo de hilo.

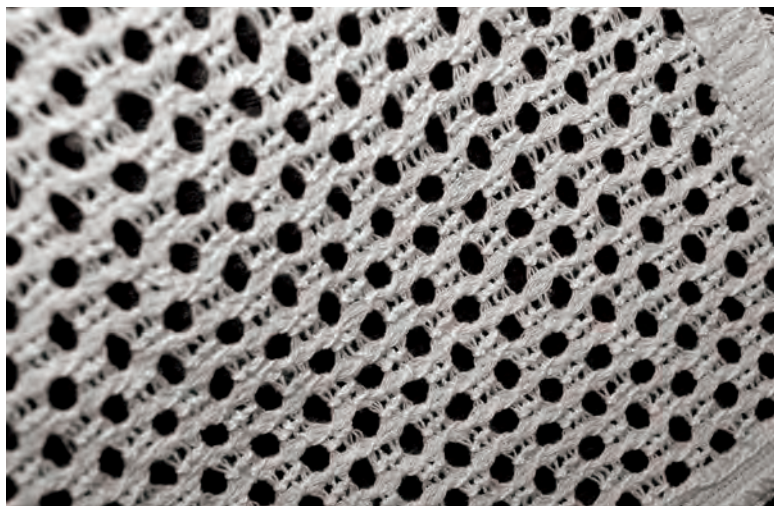
Las prendas tradicionales del bordado a mano y a máquina han sido los almohadones, carpetas, colchas, juegos de ropa de bebé (baberos, camisas, chambritas, fajeros, sábanas, vestidos, zapatos), manteles, pañuelos, sábanas, servilletas de todo tipo, toallas. Por lo regular, son prendas que llevan dos o más trabajos.

Entre los artículos modernos que más se elaboran están los juegos de

baño (3 piezas), paneras, tortilleros, recipientes para guardar celulares, rosarios, porta biberones, porta botellas de agua. En muchos casos, en vez de terminar las piezas con un adorno de gancho, ahora se utilizan tiras bordadas que se compran en las mercerías.

En el bordado a mano, en cualquiera de sus técnicas es donde más se advierte el envejecimiento de las bordadoras. Sin prisa pero sin pausa, se ha convertido en un saber y una práctica de ancianas. Seguramente, ya no habrá un relevo generacional que mantenga viva todas esas técnicas. Las jóvenes, aunque las aprecian, han dejado de aprenderlas.





Deshilado

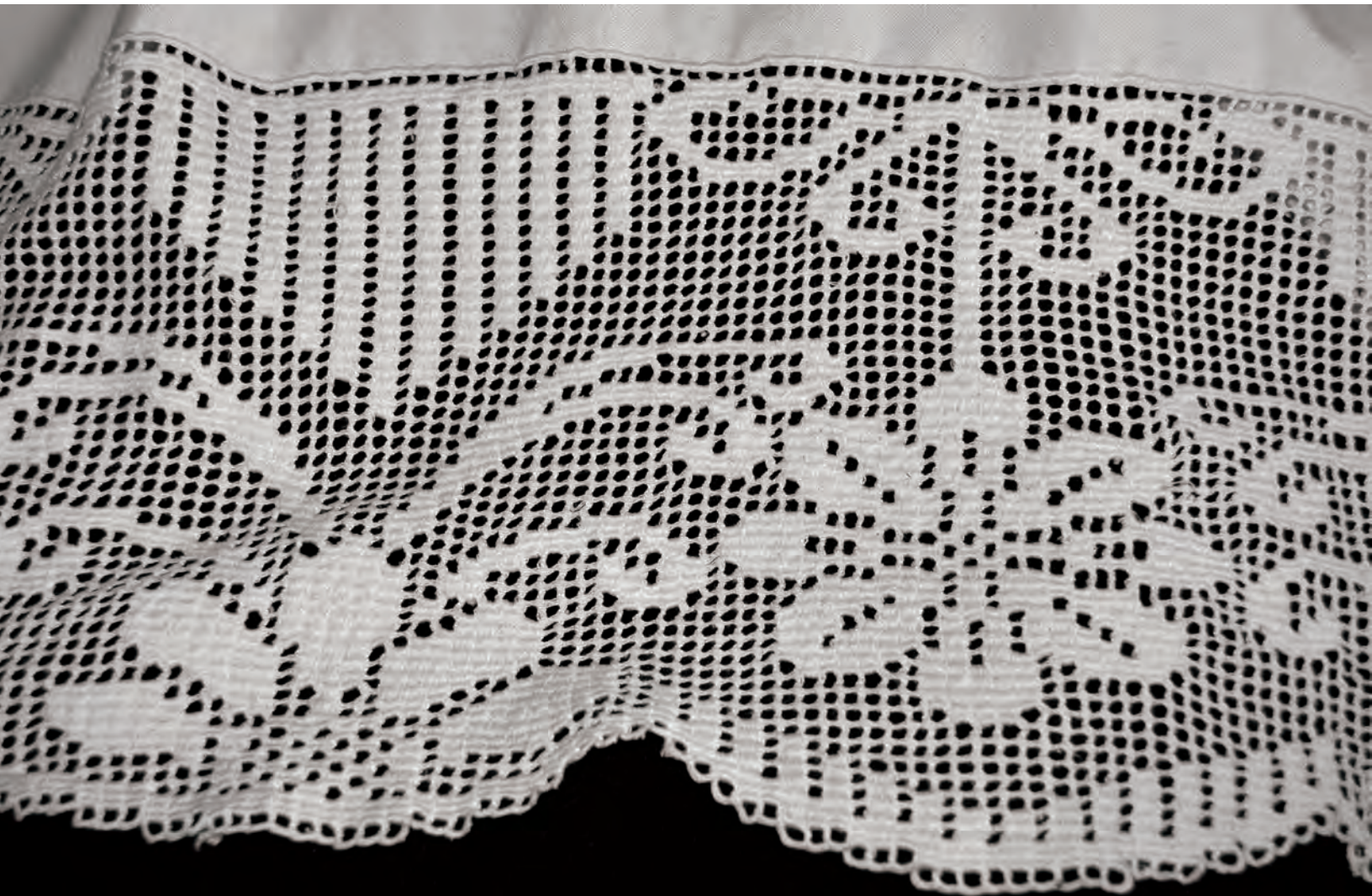
El deshilado es una de las técnicas más conocidas del bordado a mano. Existe una gran variedad de maneras de deshilado, algunas muy complejas, que requieren mucha habilidad y, sobre todo, experiencia. Se trata de “bordar” con hilos, blancos o de colores, sobre una tela. Para ello hay que cortar y entresacar hilos de la tela para luego entretejer figuras con diseños que llevan nombres: el más difundido es la filigrana y el empavonado, pero se reconocen también diseños especiales como los huesitos, Jesús y corona (para artículos de la iglesia), hazme si puedes, hoja de tomate, flor de guayabo. Los instrumentos de trabajo de las deshiladoras son agujas y bastidores de diferentes tamaños y una navaja de rasurar o tijeras pequeñas para cortar los hilos.

La calidad de una pieza depende de lo fino y delgado de la tela, del tipo de hilo utilizado y, claro, de la destreza de la bordadora. Para el deshilado fino se usan telas de algodón como popelina

y bramante; otros se hacen en telas de trama más abierta que son más fáciles de trabajar. Se usan desde hilos de algodón blanco hasta artisela de colores. El tergal, fácil de desmanchar, se usa para deshilado de manteles y el percal, más barato, para las sábanas.

Las prendas que se bordan con esta técnica son los ajuares de bebé, en especial, camisitas, carpetas, paños. Los paños son toallas pequeñas que se colocan en la cabeza del bebé durante el bautizo. Antes de que se usaran los anillos de compromiso, el paño era un regalo, muy romántico, que ofrecían las novias a los novios, en el que solían bordar las iniciales entrelazadas de ambos.

Los almohadones, vestidos, camisas y sábanas de bebé sólo llevan un trabajo. Otros, llevan dos trabajos: deshilado y gancho, para cerrar las orillas. Pero hay prendas que pueden llevar hasta tres trabajos: deshilado, punto de cruz, gancho.



La filigrana. Un dechado de virtudes

La filigrana es una de las técnicas más apreciadas de deshilado. Saber hacer filigrana es una de las habilidades más reconocidas de una mujer, con la que se ganaba el respeto como esposa y nuera, lo que la convertía en un dechado de virtudes. Tradicionalmente, quien dominaba ese saber, bordaba su ajuar de bodas y, convertida en esposa y madre, adornaba con filigrana las prendas de esos hijos que no cesaban de llegar.

La filigrana consiste en cortar y sacar hilos en una tela para labrar un campo calado en forma de cuadrícula, para luego coser una red que impide que se escapen los hilos cortados y bordear las orillas con puntos tupidos y uniformes para, finalmente, estampar los dibujos que van desde diseños muy tradicionales, como las guirnaldas de flores, hasta animales y personajes de las series de caricaturas. Cualquier motivo que se

hace en punto de cruz es susceptible de elaborarse en filigrana.

Los artículos que más se adornan con esta técnica son almohadones, baberos, caminos de mesa, camisas de bebé, manteles, orillas de sábanas, sábanas, pañuelos, servilletas, vestiditos de bebé y niña. La filigrana se usa todavía para poner iniciales a manteles, pañuelos y sábanas.

El estampado de la filigrana se hace en el mismo color que la tela, que suele ser blanco o beige. Las telas en que se borda son básicamente de algodón -bramante, cuadrillé, popelina- aunque se usa también el marquis, que es un material sintético. Los manteles de tres trabajos (punto de cruz, filigrana y gancho) que son los que se encuentran con facilidad en el tianguis textil de Tepatitlán, se elaboran de cuadrillé, que es la tela más comercial.

HIGINIA



Un trabajo muy fino

Doña Higinia, que ahora tiene 77 años, recuerda que a la edad de 8 años ya sabía hacer deshilado, filigrana y punto de cruz, ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa y a su padre en las labores del campo. Hacía de todo: sembrar, quitar zacate con azadón, cortar frijol, cortar hoja, garrotear el frijol. A los 17 años se casó con un muchacho de 22 años, originario de un rancho vecino, donde se fue a vivir y donde nacieron sus 8 hijos. Salvo una, los demás viven en Estados Unidos. Desde que se casó ya no trabajó en la siembra, pero bordaba manteles. Le daban la tela y los hilos y ella hacía el trabajo. Pero además, hizo la ropa y las prendas de todos sus hijos.

En 1968, a los 30 años, su vida experimentó otro cambio de residencia: se fueron a vivir a la cabecera municipal de Yahualica. Su esposo trabajaba como albañil y carpintero y se iba cada año como trabajador indocumentado a Estados Unidos. Pero los hijos crecían y debían ir a la escuela y en la ciudad, pensaban, “ella no le batallaría tanto sola”. Su esposo regresaba cada año pero por temporadas muy breves.

En Yahualica doña Higinia siguió haciendo vestidos y manteles de fili-

grana para sus hijas y para su casa. La filigrana era la técnica que mejor trabajaba, tanto que muchas señoras empezaron a encargarle prendas. La filigrana que hace es especial: no la termina con gancho, como suele hacerse, sino con una figura ondeada de filigrana lo que lo convierte en un trabajo muy fino. Además, usa telas e hilos muy delgados. Nunca ha deshilado en cuadrillé. Lo que ganaba lo usaba para comprar comida y todo lo que se necesitaba en la casa, sobre todo en los inicios de las estancias de su marido en Estados Unidos cuando no le enviaba dinero. Después, cuando él se acomodaba, ella guardaba las remesas.

Ahora, dice, acepta pocos encargos. Pero como no “se haya de estar de oquis”, hace camisitas, sábanas y vestidos para sus nietos y bisnietos que viven en Estados Unidos; también hace carpetas y manteles para sus hijas y nueras. Una vez al año, por lo menos, va a visitarlos. Ellos no vienen ni siquiera para la navidad o las fiestas del pueblo, como hacían antes. Ahora vienen cada dos o tres años. Pero son los que los mantienen a doña Higinia y su esposo.

MAGDALENA



Pintar con aguja e hilo



Punto de cruz

El corazón geográfico de esta técnica ha sido Tepatitlán. Por una parte, como centro de la amplia microrregión donde se aprende y producen los artículos; por otra, como espacio para la concentración, compraventa y distribución de las prendas. El surgimiento, en la década de 1970, del tianguis textil en la plaza de Armas de la cabecera municipal reconoció esa vocación y, a su vez, la dinamizó.

La técnica consiste en bordar, sobre una tela de algodón llamada marquiset, puntos en diagonal que se cruzan para formar una “X”. Mediante la combinación de hilos de diferentes colores se forman los diferentes motivos: animales, casas, flores, frutas, hojas, paisajes, imágenes religiosas y, en los últimos años, figuras de las caricaturas de moda del cine y la televisión. Dos variantes del punto de cruz son el empavonado y el hilván. La diferencia es que se borda en recto, no en X. Como se consideran trabajos menores, para compensarlos, suelen bordarse con mucho colorido.

Los artículos de punto de cruz suelen llevar dos o tres trabajos: con gancho y/o con deshilado. Los productos tradicionales ha sido almohadones,

carpetas, cobijas, manteles, semanarios, asientos para vasos. En la búsqueda de nuevos productos, usos, mercados, hoy se bordan tiras que se pegan en cobijitas, sabanitas y toallas de baño.

Es sabido que los trabajos de punto de cruz son mal pagados, más aún si sólo se entregan “cuadros”, es decir, piezas sin terminar, pero es una labor que persiste sobre todo entre las mujeres de los ranchos más alejados, donde no hay opciones laborales, y entre mujeres mayores del campo y las ciudades.

Para agregar valor al punto de cruz algunas mujeres, particularmente habilitadas, se han dado a la tarea de elaborar escenas o imágenes decorativas, con punto chiquito, es decir, muy laborioso, que se enmarcan para colocar como cuadros. Los diseños son imágenes religiosas o modelos que ofrecen las revistas especializadas, muchas de ellas de Estados Unidos. Esos cuadros, que son muy apreciados, se comercializan en pequeña escala porque la clientela es reducida. Es un trabajo muy laborioso que puede llevarse un mes de trabajo y sólo se elaboran por encargo. Es lo que hoy se trabaja y paga mejor.



MARÍA

Soy refloja, solo hago dos pares por semana



Para enfrentar la adversidad

María padeció poliomelitis a los dos años y ya no pudo caminar. Eso sucedió hace 67 años. Su madre murió cuando tenía 3 años, pero María se enseñó a realizar todas las actividades domésticas del hogar formado por su padre, ella y dos hermanas. Hasta ahora hace su nixtamal, cocina, barre, trapea, lava, riega y cuida sus plantas.

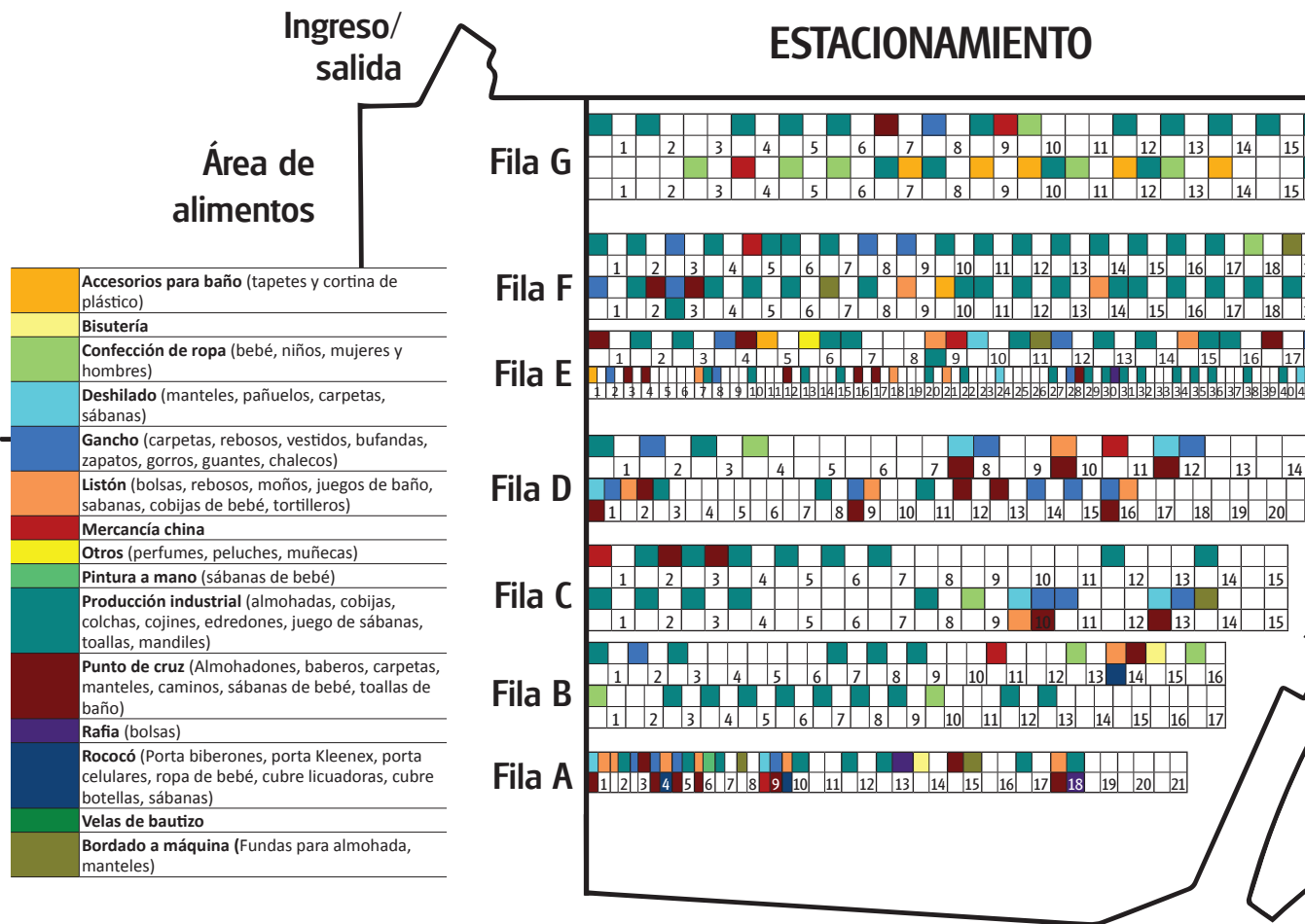
Su padre siempre veló por ella. Ya anciano, para que María no se quedara tan sola en el rancho, hizo una casa en un lugar más poblado, cerca de sus parientes. A los 3 meses de haberla terminado falleció. Eso sucedió hace 15 años. Una hermana también murió y entonces María se quedó sola, porque la única hermana que le quedaba vive en Guadalajara.

Aparte, su padre le dejó unas tierras (que fue vendiendo para sobrevivir), la casa y el solar, donde siembra sus “elo-

titos”, puso una tienda de abarrotes y le enseñó a surtirla y administrarla.

Pero además, María a los 12 años aprendió a coser punto de cruz y a tejer gancho. Desde entonces no ha parado de hacer costura: almohadones, manteles, servilletas. En ocasiones, compra y tela y se pone a bordar y tejer. Cuando “junta” unos cuantos pares, los envía a vender al tianguis de Tepatitlán. En otras, recibe la tela y el hilo y ella sólo pone el trabajo. Le pagan \$30.00 por cada par de almohadones. Pero, dice, es “re floja”, a veces hace sólo 2 pares a la semana. Pero es un dinero que no falla y siempre la ha sacado de apuros.

María recibe apoyo del Programa 70 y más (\$ 1.200.00 cada dos meses), despensas del DIF y tiene seguro popular. Pero sobre todo, cuenta con el afecto y la ayuda de sus vecinos que la cuidan, protegen y acompañan.



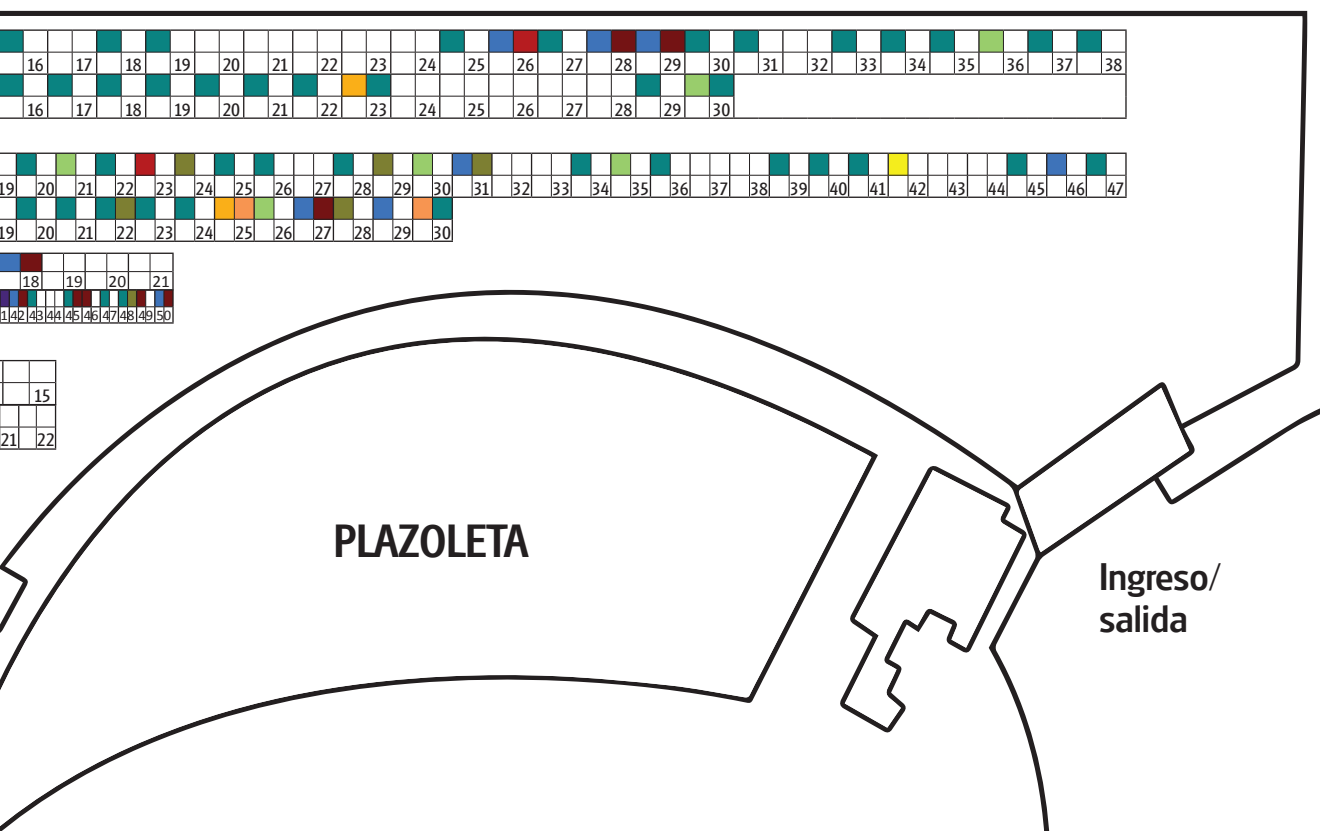
TIANGUIS TEXTIL

.....

Hacia 1970 mujeres de Tepatlán y de los ranchos empezaron a “arrimarse” con sus bolsas llenas de costura para vender los domingos desde muy temprano en la plaza principal. Ahí, en las bancas de la plaza o sentadas en el suelo, hacían los tratos con la gente que llegaba en los autobuses. Dos años después, en 1972, se formalizó como tianguis. Allí estuvo hasta 1993, cuando fue trasladado al estacionamiento junto a la Central Camionera y desde 2013 se instala, cada jueves y domingo, en el Parque Bicentenario. Hasta el año 2000 predominaban los puestos donde se vendían productos

elaborados a mano, en menor medida, a máquina. El tianguis era una institución imprescindible para el comercio de costura de mayoreo. Las comerciantes vendían, compraban, recibían pedidos de mayoreo y menudeo y conocían, a través de la clientela, las tendencias del mercado. Para los talleres, era un lugar ideal para conseguir clientes. Allí llegaban comerciantes y consumidores de muchos lugares del país en busca de productos y contactos; los migrantes se surtían de artículos de regalo y venta para Estados Unidos. Las que hacían costura, entregaban y recibían pedidos.

ESTACIONAMIENTO



Llevar costura al tianguis, aunque fueran piezas no terminadas (“cuadros”) era una manera rápida de conseguir dinero ante cualquier urgencia. Las mujeres acomodaban sus pendientes a los días de tianguis: ir al médico, hacer visitas, comprar o pagar sus abonos de telas, hilos.

En los últimos años ha disminuido mucho la compra-venta de costura tradicional aunque sigue siendo el atractivo del tianguis. Un jueves de marzo de 2014 en los siete corredores del tianguis había 337 puestos, de los cuales 250 estaban abiertos al público. En esa ocasión, en 202 puestos se vendían productos industriales o de taller como almohadas, colchas, cortinas, sábanas, toallas

y 10 puestos de mercancía china. En el resto, 38 puestos, se vendían artículos tradicionales y modernos de gancho, punto de cruz, deshilado, listón, rafia, rococó como juegos y adornos de baño, adornos para el cabello, almohadones, aretes, baberos, blusas, bolsas, bufandas, carpetas, cobijas, cubre licuadoras, edredones, gorros, juegos de baño, manteles, pulseras, rebozos, ropa de bebé, sábanas de bebé, servilletas de todo tipo, tapetes, toallas, tortilleros, vestidos, zapatos. En cada puesto se venden a lo menos cuatro diferentes productos. Para el 14 de febrero, el Día de las Madres, Halloween o Navidad se incorporan mensajes alusivos en almohadones, cojines, toallas.



BORDADORAS A MÁQUINA

Es una técnica que se difundió y expandió mucho en la etapa de auge de talleres y fábricas que confeccionaban artículos bordados, en especial, colchas, sábanas, almohadas, pero también prendas de vestir como chamarras de hombres y blusas de mujeres. A la demanda de productos para las ciudades de México, Guadalajara, Aguascalientes, se sumó Tijuana, plaza nueva que pedía artículos, tanto para los migrantes que se asentaban en la ciudad con gustos particulares que les recordaran o recrearan la tierra de donde habían salido, como para el mercado turístico, para esos miles de norteamericanos que cruzaban la frontera en busca de diversión y productos “artesanales” de bajo precio. Tijuana, más tarde también Ciudad Juárez, se convirtieron en centros de comercialización y venta novedosos y dinámicos de productos bordados a máquina.

Para abastecer esos mercados urbanos en expansión las fábricas y talleres enseñaron a muchas mujeres a bordar a máquina, tanto para que laboraran en

los establecimientos como para enviarles trabajo a domicilio en las temporadas de alta demanda. Cuando llegó la crisis, desde 2000 en adelante, los empresarios les vendieron las máquinas. Son máquinas bastante viejas, pero de excelente calidad que, con reparaciones menores que realizan técnicos de cada localidad, siguen trabajando muy bien.

Ellas, en sus domicilios, se han dedicado a bordar prendas en dos modalidades. La mayoría sólo hace cuadros, es decir, bordan el motivo central y lo entregan a las comerciantes que se encargan del terminado, es decir, de armar las piezas y tejer de gancho las orillas. Lo más usual son los almohadones, carpetas, cobijitas, manteles. Algunas, las menos, entregan las piezas terminadas.

Aunque las bordadoras a máquina son las que han introducido los motivos modernos a las prendas, como los personajes de las series y películas infantiles, es uno de los trabajos peor pagados. Se requiere de mucha habilidad y rapidez para “sacar” alrededor de \$ 700.00 semanales.



Juchitán en los Altos

El imaginario asociado a la mujer de Juchitán, Oaxaca -comerciante, fuerte, emprendedora, independiente-, el descubrimiento para el público en general de los muxes y, desde luego, la indumentaria, repetida hasta el cansancio, de Frida Kahlo, han detonado un enorme gusto por las prendas de vestir de las indígenas de Juchitán que, hasta la década de 1980, eran bordadas a mano.

Quizá fue en 1992 cuando al tianguis de Tepatitlán, todavía en el centro, llegó una pareja que llamó mucho la atención por la vestimenta indígena de la señora, a preguntar por quiénes bordaba a máquina y así llegaron a los domicilios de las bordadoras. Y tuvieron suerte. La crisis de la confección industrial había hecho que los empresarios vendieran las máquinas a las trabajadoras, que se dedicaban, en sus domicilios, a bordar para la clientela de los tianguis y locales de la región. Era mal pagado, pero era lo que había, de manera que la oferta de trabajo de bordar a máquina el traje de tehuana fue muy bien recibida.

Tanto que desde hace más de 20 años mujeres de varios pueblos del municipio y un barrio de Tepatitlán bordan las prendas de vestir de la indumentaria juchiteca: blusas, faldas, conjuntos de blu-

sa y falda, mantones, rebozos, vestidos de novia, vestidos de damas de bodas, vestidos de fiesta, prendas especiales para las casas comerciales de Juchitán.

Desde entonces, se organizó un sistema sencillo pero eficaz de trabajo entre ambas regiones tan alejadas y distintas. Las telas se cortan, se cosen, los bordados se diseñan y dibujan en Juchitán donde están los cortadores y dibujantes. Las cajas con los lotes de piezas cortadas y dibujadas se envían por paquetería a las encargadas del pueblo o el barrio, que distribuye el trabajo entre vecinas, parientes y amigas.

La encargada recibe un pago extra por esa labor, además, de las prendas que borda. Cuando las prendas están bordadas, la encargada llama a la paquetería, el porte está pagado, que recoge las cajas en su casa. Una vez recibido el envío, los comerciantes de Juchitán le depositan el dinero, en establecimientos como Coppel, que ella se encarga de entregar a las bordadoras.

Para las bordadoras de la región se trata sólo de un trabajo. Para ellas, no tiene significado cultural y tampoco les gustan para usarlas. Las prendas no se venden en los tianguis ni tiendas de los Altos.



JUANA

.....
MÓNICA



Bordadoras de huipiles

Juana es, desde hace 25 años, bordadora de prendas para Juchitán. A esa labor se sumó, años después, Mónica, una de sus hijas. El bordado de ese tipo de prendas es el mejor pagado y quizá eso le permitió a Juana sacar adelante a sus seis hijos cuando su marido literalmente desapareció y la familia de su esposo no la ayudó.

Mónica ahora es también encargada, es decir, recibe y distribuye trabajo entre sus conocidas y vecinas. Para Mónica ese trabajo es crucial: tiene 3 hijos, se separó de su esposo en 2013 y no le da pensión.

Ambas tienen mucha práctica y son muy rápidas. Cada quien trabaja en su máquina y recibe su dinero por lo que hace. El bordado de prendas para Juchitán es laborioso y, en momentos de gran demanda, le tienen que dedicar muchas horas del día. Pero debido al declive de los precios para los productos bordados a máquina, la opción de la indumentaria juchiteca es la más atractiva porque es la mejor pagada y es más o menos constante. Con todo, en 2014, el pago había descendido de \$300.00 a \$100.00 por prenda sencilla.

Por lo regular, elaboran conjuntos (blusa y falda), faldas, trajes, vestidos de novia y de fiesta, rebozos y mantillas que son terminados en Juchitán. Ahora bordan también vestidos cortos y escotados, vestidos de playa, en ocasiones, trajes de charra. Las telas son terciopelo y satín. Sólo la parte interior de las blusas es de algodón. Lo más complicado y menos redituable son las innovaciones. Continuamente, les envían nuevos productos y diseños que se llevan horas de trabajo y entrenamiento que no se paga más que como una prenda habitual: corset, faldas con cola de sirena. Por el bordado de un conjunto, “bien doble” se pagan \$1.000.00 y se tarda dos semanas. Por un conjunto de niña, doble, que se borda en una semana, se pagan \$ 650.00.

Cuando escasean los pedidos suelen pedir trabajo a alguna otra señora que da cortes, pero como son menos trabajosos, les pagan menos.

Antes, se enviaban fotografías con las imágenes de las prendas terminadas para que las encargadas y trabajadoras las vieran; ahora lo hacen por whatsapp. Con una mirada a la pantalla Juana y Mónica entienden lo que tienen que hacer.

Una empresaria pionera

Doña Mago, como todos la conocen, nació hace 67 años en un rancho, pero ella y sus padres y 3 hermanos migraron a Tepatlán para que siguieran estudiando, pero en verdad a ella no la dejaron seguir más allá de la primaria, aunque ya había algunas opciones educativas para las mujeres. Para sus padres, el trabajo era lo que dignificaba a las personas. Para no estar de “oquis” le pidió a una exmonja, que bordaba a muy bien, que le enseñara. Y así, con una primera máquina que sus padres le compraron cuando terminó la primaria, empezó una larga y exitosa carrera como empresaria, primero con un taller (1966-1983), más tarde con una fábrica (1980-1993), cuando decidieron cerrarla, junto con la tienda en el centro. En total, fueron 27 intensos años de trabajo. En 2011 doña Mago fue reconocida como la Empresaria del Año por el Instituto Tepatlense de la Mujer.

A los 19 años se casó con el Güero, como lo llaman, y a los 3 meses doña Mago estaba echando a andar la empresa de sábanas bordadas, que era lo que se usaba en ese tiempo. Ella, dice, no estaba acostumbrada a grandes lujos, pero sí a tener su dinero. Las habilidades de doña Mago y el Güero se complementaron hasta convertir el taller en una importante, quizá la más importante fábrica de blancos de la región: doña Mago, a cargo de la administración, de

la compra de los materiales (llegó a tener un depósito de telas) y de enseñar a bordar a las trabajadoras. Su fuerte era comprar y su lema al recibir trabajadoras era “te toma el mismo tiempo hacer las cosas bien o mal y si las haces bien tienes trabajo donde te pares”. Al Güero, por su parte, se le daba muy bien la venta, el diseño y era el encargado del mantenimiento de las máquinas.

En “Le Blanc” producían juegos de sábanas y colchas bordadas, más tarde, manteles, colchas capitonadas y edredones, cortinas; distribuían cobertores. Pero el producto estrella por 15 años el de los juegos de sábanas bordadas. En el establecimiento y en el trabajo a domicilio trabajaban alrededor de 70 personas, la mayoría, mujeres. Doña Mago calcula que más de la mitad (60%) eran solteras y el resto (40%) casadas y viudas. La mayor parte de las trabajadoras, 50, eran bordadoras y costureras. En ese tiempo, recuerda, había mucha necesidad y pocas alternativas laborales para las mujeres.

Aparte, tenían la tienda, “Bordados Mago”, donde había 3 empleadas, además del Güero, ella y sus hijos que desde muy jóvenes entraron a participar en el negocio familiar, aunque, por insistencia de doña Mago, sin dejar de estudiar. Había mucho trabajo. Cada semana, las mujeres que iban a vender al

MAGO

Un reconocimiento a su carrera profesional



De izquierda a derecha Juana María Rosy, Mago, y Cecilia.

tianguis pasaban a la tienda a dejar sus abonos por la compra de telas.

Una preocupación de doña Mago era mantener el trabajo de las operarias, no tener que despedirlas o hacerlas descansar. Para lograrlo, doña Mago tenía un distribuidor en la ciudad de México, un tío, suyo, al que cada semana surtía. Iban y regresaban en el mismo día. Su tío, en su tienda por el rumbo de La Lagunilla, entregaba a muchos aboneros; doña Mago también abastecía a otros aboneros; tenía clientes en Aguascalientes, Moreleón y San Juan de los Lagos. Vendía camiones enteros de colchas.

Cuando la competencia de productos chinos afectó la demanda, fue a

China, donde se convenció de que había que cerrar la empresa porque efectivamente no podían competir. Vendieron las máquinas a las trabajadoras que siguieron por su cuenta.

Tuvo, durante 11 años, una tienda de productos de importación en Guadalajara; una granja de pollos, que duró como 10 años. Pero lo suyo era el mostrador. Doña Mago, ahora socia de una empresa con sus hijos, disfrutó mucho su vida de trabajo, pero está retirada. Los negocios ahora ya no son familiares, reconoce. Pero desde que está en su casa, se enferma, “nada más estoy viendo qué me duele”.



EN EL COMERCIO

Se dice que hay tanta gente en el comercio debido a su facilidad para entrada, es decir, a los pocos requisitos formales que se necesitan para empezar un negocio de pequeña escala, como suelen ser muchos de las actividades comerciales que inician las mujeres. Se dice también que se trata de quehaceres viables en tanto pueden iniciarse con poco capital y mucho trabajo, o sea, maximizando la colaboración de los miembros de los hogares y prolongando las horas de servicio y atención de los propios comerciantes.

Como quiera que sea, la venta, en sus infinitas variedades, ha sido una actividad tradicional de las mujeres en muchas sociedades y épocas. El comercio les ha permitido enfrentar situaciones económicas y transiciones familiares y personales; lo han ejercido como colaboración en establecimientos familiares; pero también, al ejercerlo, han descubierto sus aptitudes como comerciantes. Muchas se han dedicado al comercio en alguna etapa de sus trayectorias; otras, durante toda su vida.

Son muy conocidos los ámbitos tradicionales del comercio femenino, ya sea como dependientes o propietarias: abarrotes, farmacias, fondas, papelerías, peluquerías, restaurantes, ventas a domicilio, venta de dulces, golosinas

y botanas, ventas en abono. Y sin duda, siguen en ellos.

Pero se advierten dos fenómenos inéditos. En las actividades comerciales femeninas típicas, ellas, en especial las jóvenes, han llevado a cabo cambios de diseño, productos, mercadeo, atención y servicio al público, que reflejan los niveles de educación y formación que han adquirido en las últimas dos décadas, en especial, las nuevas tecnologías de la información, para incursionar, inventar, recrear productos para lograr sus objetivos comerciales actuales, que van más allá del negocio ocasional y dependiente. Al mismo tiempo, las jóvenes en especial, han comenzado a atravesar las fronteras de género tradicionales del comercio, o sea, han incursionado en los sistemas de comercialización y en la venta de productos a los que se dedicaban tradicionalmente los hombres.

A diferencia de lo que sucedía hasta no hace mucho tiempo, las comerciantes reconocen que son ellas las que han iniciado, sostienen y manejan sus establecimientos de manera independiente. Sin prisa pero sin pausa, han dejado atrás la necesidad personal o la obligación social de encubrirse o, como decían antes, de tener que “darle su lugar” a los hombres en los negocios que ellas habían fundado.



naturalcare

ectante
poral
sika
e 33-71

373
@all.com

Victoria
Catherine

Bisutería

La elaboración y venta de bisutería es una fuente de autoempleo femenino muy socorrida entre las mujeres. Hay dos modalidades: la venta por catálogo de productos hechos en serie, y el diseño y venta de artículos elaborados por ellas mismas.

El auge de la bisutería tiene que ver con tres situaciones: el encarecimiento del oro, la plata y la joyería fina que redujo el mercado de esos artículos; los asaltos a las “aboneras”, tanto cuando iban a surtirse a las ciudades como cuando recorrían los lugares de venta con dinero y alhajas; finalmente, la moda, motor de cambio que impone transformaciones incesantes en los adornos personales. Muchas “aboneras” se reconvirtieron en productoras o vendedoras de joyería de fantasía o de materiales para su elaboración; materiales que también se diversificaron y proliferaron.

Las ventas por catálogo las hacen amas de casa que aprovechan sus tiempos libres, “las visitas” y sus redes sociales para vender entre vecinas, colegas, familiares y amigas. Las que tienen empleos formales usan además sus redes laborales.

En la bisutería artesanal hay quienes se dedican de tiempo completo,

lo que puede generar incluso algunos empleos, y otras que lo hacen sólo de manera parcial. Muchas comienzan haciendo artículos personales para su uso y de esa manera los promocionan entre amigas, familiares y conocidas. Pero las jóvenes aprovechan cada vez más las nuevas tecnologías para conocer, dar a conocer y vender sus productos: teléfono, páginas de Internet, correo electrónico, redes sociales como Facebook y whatsapp, individuales y grupales.

Los materiales usados en la bisutería artesanal son muy variados y cambiantes: piedras semipreciosas, cristal, alambre, alpaca, cadenas chapeadas en oro, plata, cuero; en la actualidad las piezas incluyen textiles, semillas, madera, plumas. Los productos más vendidos son collares, aretes, pulseras, anillos, diademas para el pelo, adornos para celular, relojes con extensibles de diversos materiales a los que se les agregan dije, también muy variados.

Lo que le agrega valor a la bisutería es el diseño, la originalidad y la actualidad. Por su calidad de “artesanía”, es decir, de confección manual, son productos muy apreciados para llevar a vender y regalar en Estados Unidos, donde son mejor pagados.

PATY



*La bisutería es
un arte, porque
pone en juego
la creatividad*



Una artista de los accesorios

Paty es una mujer de 29 años, con preparatoria terminada, casada y madre de dos niñas de 6 y 4 años y un bebe de siete meses, su esposo es fontanero. Paty se dedica de tiempo completo al diseño, elaboración y venta de bisutería artesanal. Con el producto de su trabajo contribuye a pagar los gastos del hogar, financiar sus gustos como salir de vacaciones, comer fuera y remodelar la casa. Ella paga el servicio de una empleada para las tareas del hogar y el cuidado de sus hijos y así poder dedicarle más tiempo a sus creaciones.

Paty aprendió desde muy joven a comerciar. Inició su vida laboral como empleada de mostrador a los 15 años hasta que se casó a los 21 años. Empezó vendiendo artículos de importación de bajo costo -ten-diez- y terminó como responsable de una joyería de bisutería, donde comenzó a hacer pulseras para ella. A sus amigas les gustaron y se las pidieron. Cuando se casó puso un negocio de venta de materiales de bisutería, pero lo dejó por razones de salud. Desde entonces, se dedicó de lleno al diseño, elaboración y venta de alhajas de fantasía confeccionadas a mano. Y allí encontró su gusto y su vocación. En 2008 empezó a vender sus creaciones entre sus amistades; después, entregó en tres

boutiques. Actualmente, vende a través de redes sociales y con la ayuda de tres chicas que trabajan a comisión. Envía parte de su producción a dos parientes que la venden a familiares, amigas y conocidas en Estados Unidos. También las que van de visita le compran piezas para vender en el otro lado. Hace seis meses, desde que ingresó a Vendimia Tepa, una página de promoción de empresarios de Tepatitlán por Internet, se han incrementado sus ventas. Tanto que más de la mitad de lo que vende (60%) es vía Facebook, donde sube sus diseños más recientes, los que están más “en tendencia”.

Para mantenerse al corriente de los que está de moda en accesorios Paty asiste a la Expo Joya dos veces al año en Guadalajara y acude cada dos meses al Centro Joyero de esa misma ciudad a conocer y surtirse de lo más novedoso. Paty trabaja sobre alguna idea y le agrega diferentes elementos a cada una de sus creaciones. Considera que la bisutería, además de ser manualidad y artesanía, es un arte porque se pone en juego la creatividad para combinar materiales y cada pieza es única. Ella se siente muy orgullosa de sus logros, porque aunque dice que es su pasión, ha llegado a ser su trabajo y un buen trabajo.

LIDIA



*La base del
éxito es la
constancia y la
buena atención*

Botanitas

Lidia, de 45 años, es trabajadora y emprendedora. Desde pequeña sus papás le enseñaron a valerse por sí misma. Su padre era trabajador migrante en Estados Unidos pero lo que enviaba era insuficiente para los 11 hijos que había dejado en México. Cuando salía de la escuela Lidia le ayudaba a unas tías con la limpieza; con su mamá tejían chambritas para una señora; cuando su mamá compró una máquina de bordar le ayudaba a hacer cojines para vender. Así, entre la madre y las hermanas mantuvieron y arreglaron la casa. Lidia estudió hasta bachillerato y a los 14 años comenzó a trabajar en una empresa del sector pecuario. Entró como secretaria y llegó a ser subgerente de finanzas.

Lidia se casó en 1992, hace 23 años. Su esposo no ha tenido trabajos estables. Después de 15 años tuvo que dejar la empresa por problemas de salud. Cuando se recuperó, con 3 hijos, 1 en camino y para no deprimirse, se dedicó a vender artículos por catálogo. Subía a sus hijos en una camioneta vieja y salía a vender tupperware, bolsas, adornos de navidad, lo que fuera. Cuando su marido quebró con un negocio de puercos, se cambiaron a la casa donde viven y poco a poco la acondicionaron.

Su casa queda cerca de Cualtos, y los estudiantes acudían allí porque había una licorería. Lidia vio entonces una oportunidad: en una mesa fuera de su casa empezó a vender manguanadas, ensaladas y duritos. Con los ahorros de las ventas de catálogo, añadió la venta de tacos de carne asada. Le iba bien pero nuevamente se enfermó. Cuando se recuperó, su papá, al ver que Lidia quería tener su negocio, le ayudó para construir su fonda. En 4 meses estuvo lista para iniciar y repartió muchos folletos de Botanitas. El primer año no le fue bien, pero no desesperó. Ya cumplió 4 años, ha logrado equipar el negocio y se ha convertido en una vía para la venta de una serie de productos de pequeñas empresas locales: botanas, carne, dulces, nieve, quesos, pan, tortillas de harina. Su clientela va mucho más allá de los universitarios iniciales. Actualmente, se está ampliando gracias a un apoyo para emprendedores del Gobierno del Estado. Con Botanitas Lidia sostiene su casa y tiene 4 trabajadoras. Su ilusión es construir departamentos de renta para universitarios. Por lo pronto, no se desespera y no deja de trabajar. La clave de su negocio es, dice, buena atención, limpieza, sazón y ganas de salir adelante. Y una sonrisa que nunca la abandona.



CARO

Su ilusión es seguir estudiando

Desde el mostrador

Caro, como prefiere que le llamen, tiene 24 años, es soltera y trabaja como empleada de mostrador en una farmacia desde hace 7 años. Comenzó a trabajar un año antes de ingresar a la universidad justamente para eso, para poder estudiar. Su jefe la apoyó para que hacer las dos cosas: estudiar y trabajar hasta que terminó la carrera de contaduría pública.

Su trabajo consiste en atender las solicitudes de medicamentos, registrar la mercancía que llega, hacer inventarios y pedidos de nuevas compras y, en periodos intermitentes, ser la encargada de la farmacia. Su horario de trabajo es de 14:00 p.m a 20:30 p.m. de lunes a domingo, con un día domingo de descanso cada quince días, su sueldo \$1,100 semanales. Considera que es un buen trabajo y aunque no gana mucho, es mejor que otros empleos de mostrador ya que cuenta con las prestaciones del IMSS, vacaciones y aguinaldo y, en realidad, trabaja medios días.

Pero como a Caro le gusta aprovechar el tiempo libre, se dedica a otras actividades. Desde hace 6 años vende artículos por catálogo como ropa interior, productos de belleza (maquillajes, cremas, labiales). Sus principales clientas son las mujeres de su propia familia.

Su ingreso es variable, ella calcula que el 40% de la venta es su ganancia y ese dinero lo destina a la compra de “sus chucherías”.

Otras de sus actividades es el bordado de punto de cruz. Cuando tenía 8 años una vecina le enseñó a bordar y desde entonces lo ha practicado y perfeccionado. Sabe hacer lo tradicional, es decir, almohadones, carpetas y manteles, pero prefiere bordar tiras para toallas de baño y cocina. Dice que le va mucho mejor: son rápidas de hacer y por cada tira le pagan \$20.00, incluido el material. Puede bordar 5 tiras en una semana.

Ese trabajo lo hace para una vecina, que tiene muchos pedidos. Se trata de artículos muy bien hechos, finos, que se envían como regalos “artesanales” a empresas de diferentes partes del mundo: Alemania, Canadá, Francia, Turquía y hasta Dubai le han dicho que se los han llevado.

Caro comparte casa con estudiantes. Con lo que gana paga sus costos de vida: renta, luz, agua y alimentos. Espera algún día estudiar un posgrado en derecho. Por lo pronto, le gusta su trabajo: gana bien, conoce a muchas personas y tiene amigos.

MARIANA



Su sueño era no trabajarle a nadie



Una estilista con ángel

Mariana es otra alteña que, aunque joven -24 años- tiene una larga trayectoria laboral que comenzó a los 8 años. A esa edad, empezó a limpiar la casa de una vecina y trabajaba en un negocio de vaciado y pintura de imágenes religiosas, donde duró 4 años y de donde pasó, a los 12 años, a trabajar en una carpintería. Sólo terminó la educación primaria.

A los 13 años inició sus estudios de estilista profesional, que concluyó a los 15 años. Una semana después de la graduación trabajaba en un salón de belleza, donde hizo de todo y aprendió mucho en los 4 años que laboró allí. Con su salario de \$ 400.00 semanales, aportaba al hogar de sus padres, donde vivía, pagaba sus comidas y el transporte. Pero nada más.

Mariana soñaba con tener “algo propio” y “no trabajarle a nadie”. Pero era eso: un sueño. Un tío, hermano de su madre, migrante en Estados Unidos, que conocía su “ilusión” le ofreció asociarse al 50% en un salón de belleza que ella manejaría. Mariana no se decidía porque pensaba que iba a seguir igual de estancada, sin nada propio. El tío entonces le preguntó cuánto dinero necesitaba y, sin más discusión, se le depositó des-

de Estados Unidos. Mariana entonces buscó el local para empezar el salón de belleza que abrió en 2008. Y le fue muy bien. Cuando quiso devolverle el préstamo a su tío, al que considera su ángel en la tierra, él le dijo que siempre había sido un regalo, sólo que si se lo decía así, ella no lo aceptaría.

Mariana ofrece una amplia gama de servicios, a hombres y mujeres: corte, de color (rayos, tintes, extracciones), tratamientos capilares, depilación, peinado y maquillaje. Los fines de semana atiende a muchas novias y damas.

Pero además, el salón se ha convertido en un centro de distribución y venta de productos para el cuidado de la piel y maquillaje, de herramientas para el cabello (tenazas y planchas) que vende mediante tandas y la difusión que hace en Facebook.

El salón le ha permitido iniciar un negocio de soldadura y herrería, que atiende su esposo. Con el trabajo de ambos pagan las rentas de los dos locales, la casa, la manutención del hogar con sus dos hijos pequeños y los gastos de construcción en un terreno que están fincando.

Pasteles por Facebook

Yeissi tiene 27 años y desde hace 4 años juntó dos habilidades: la confección de pasteles y el dibujo y de esa manera se convirtió en lo que es ahora: diseñadora de pasteles sobre pedido.

Cuando terminó la educación secundaria entró a trabajar como secretaria en un laboratorio de análisis clínicos. Sus patronos le pagaron la colegiatura para que estudiara la preparatoria. También hizo un curso de cultura de belleza, en lo que trabajó ocasionalmente. Cuando se casó dejó el trabajo en el laboratorio. Su esposo es panadero y su suegra hace pasteles de tal manera que, con ambos maestros, Yeissi aprendió muy pronto ese oficio.

Ella y su esposo tuvieron una panadería. Su marido hacía el pan, ella atendía y hacía pasteles para vender, no por encargo. Pero no les fue bien y decidieron cerrar el establecimiento. Su esposo se empleó como panadero y Yeissi inició su actual negocio. Al principio, su esposo hacía la masa y ella sólo se encargaba del decorado. Pero ahora hace todo. Aunque nunca tomó clases reconoce que desde chica fue buena

para dibujar. Y esa habilidad es la que ha capitalizado en la pastelería.

Trabaja sobre pedido en la confección de pasteles para bodas, 15 años, primeras comuniones, bautizos, cumpleaños y todo tipo de eventos. Tiene un catálogo con los diseños que ya ha realizado, pero si le piden algo nuevo lo hace. Tiene diseños de los dibujos animados que están de moda, de los sucesos y noticias de actualidad.

Ha hecho pasteles con temas específicos para clubes deportivos o asociaciones de charros. En una ocasión, después del mundial de fútbol, le encargaron un pastel de cumpleaños para un aficionado con un futbolista tirando a la portería y con la famosa frase “No era penal”.

Yeissi ha encontrado en la tecnología un gran aliado para la promoción de sus creaciones: Facebook. Se le ocurrió por tres razones: sube las fotos de los pasteles que confecciona, sus clientes pueden ver el tipo de trabajo de realiza y llega a muchas más personas, posibles clientes, que por los sistemas convencionales de venta de pasteles.





ROSALBA

El gusto de ser taquera

En un oficio de hombres

Doña Rosalba, tiene 51 años de edad, está casada y tuvo 5 hijos, que se dedican a diferentes oficios, pero ninguno es taquero. Ella sólo estudió la educación primaria y comenzó a trabajar a los 14 años como bordadora en máquina de manteles, colchas y almohadones. Pero siempre le ha gustado la cultura de belleza. Antes de dedicarse a los tacos, estudió un curso de estilista y a los 27 años tuvo una estética. Cuando tenía 3 hijos y estaba esperando el siguiente, se fueron a vivir al rancho y cerró el negocio para dedicarse a su familia. Para Rosalba, la familia, es decir, sus hijos y esposo, están antes que ella.

La familia de su esposo es originaria de Arandas y, como tantos arandenses, se dedican a la taquería. De ahí que Rosalba aprendiera ese oficio cuando se casó, hace 35 años. Al que no le gustaba lo de la taquería era a su esposo. Pero como dicen que lo que “no se hereda se pega” Rosalba le preguntaba todo lo de los tacos a su suegro y andaba de “metiche” para conocer el punto de cocción de la carne, qué se le ponía, cómo se hacen las salsas, qué les daba el sazón. A ella se le hacía muy bonito el trabajo de los tacos.

Su esposo era trabajador migrante en Estados Unidos. Cuando finalmente se quedó en México, Rosalba lo animó a que pusieran un puesto de venta de tacos. Eso fue hace 15 años. Con el trabajo de ambos compraron un terreno donde construyeron su casa, abrieron una tienda de abarrotes y han comprado borregos para la venta. La tienda abre de lunes a viernes todo el día; sólo los sábados y domingos cierran a las 5:00 p.m.

Y es que los sábados y domingos de 7:00 p.m. a 12:00 p.m. se dedican a lo que le gusta a Rosalba: la venta de tacos. Lo tienen bien organizado. Su esposo comienza el sábado a las 10 a.m. a cocer la carne, hacer el rollo del pastor y picar cebolla, cilantro y demás acompañamientos, en tanto ella se encarga de la tienda. A las 2:00 p.m. su esposo se va a la tienda para que ella prepare las salsas que deben estar listas a las 5:00 p.m. Cuando abren Rosalba se encarga de calentar las tortillas y cobrar.

Rosalba es incansable. Además de atender su casa, la tienda y la venta de tacos, los viernes de 5:00 p.m. a 6:00 p.m. da catecismo a 115 niños del rancho.

HILDA



De Los Ángeles a Tepatitlán



Una dinastía en el negocio de las uñas

Hace 28 años, en 1987, Ana tomó cursos para poner uñas en Los Ángeles, Cal., donde vivía. De regreso a su tierra, Tepatitlán, rentó un local muy pequeño, donde apenas cabían una mesa y dos sillas, y empezó a poner uñas. Era toda una novedad. Ana siguió en contacto con Los Ángeles para capacitación y tener proveedores de Estados Unidos. El negocio creció. Ana se fue a vivir a Guadalajara, donde abrió 3 locales, después se trasladó a Puerto Vallarta y a Puebla. Lo que a ella le gustaba era armar un salón, equiparlo, dar cursos de capacitación y venderlo.

Hilda, de 48 años, aprendió el oficio con Ana, que es una de sus hermanas mayores. En la década de 1990 en el salón tenían tanto trabajo que la gente hacia fila para ponerse uñas e Hilda decidió ayudarles aunque de manera intermitente. En ese tiempo todo, hasta las mesas de trabajo, se traían de Los Ángeles, había muy pocos esmaltes, que eran surtidos por chinos, no había máquinas, las uñas se ponían a mano con lima, se tardaban de una hora y media a dos horas en atender a una cliente. Su mamá se encargaba de ir a Los Ángeles a comprar el material y sufrir la odisea de la aduana para poder pasar produc-

tos inflamables. Iba 3 o 4 veces al año a surtir materiales.

Durante 3 años Hilda trabajó con sus 5 hermanas y su madre en el salón familiar. Pero hace 25 años, cuando se casó, decidió establecer un local independiente. En su mejor momento llegaron a tener 4 sucursales en Tepatitlán. Sólo quedan 2, la de Hilda, que se dedica a poner uñas y a la venta de bisutería fina y la de su hermana Norma que pone uñas y hace delineados de ceja, labios. Otra de sus hermanas y una sobrina están en Puebla. Hilda recibe clientas de toda la región y de Estados Unidos que vienen en verano. Allí, le dicen, es muy caro (\$50-\$60 dólares) y los diseños son mejores en México. Las temporadas de más trabajo son navidad y el verano y tiene clientas desde 4 años. Hilda tiene 2 empleadas. El salón abre de lunes a viernes y sábados en horario corrido todo el día.

Con los salones tanto la mamá como Hilda y sus hermanas lograron comprar o construir sus casas. Eso era posible en los buenos tiempos. Ya no. El negocio ha bajado mucho, existe una intensa competencia, en cualquier lugar se dan cursos y se venden materiales muy baratos. Se ponen uñas hasta de \$80 pesos, es decir, a la mitad de precio de un trabajo de buena calidad

Lo importante es no dejarse caer

Después de 24 años de matrimonio Ana se separó de su esposo. Tiene 44 años, 4 hijos, tres de ellos casados y una soltera, con la que vive. Ana fue la menor de 14 hermanos y, por cuestiones económicas, sólo estudió la primaria. Ana empezó a trabajar a los 12 años. Le ayudaba a unas amigas a rellenar cojines para una fábrica y ellas le daban algo de dinero. Cuando se enseñó a coser la contrataron en la fábrica y pudo ayudar con los gastos de la casa. Allí estuvo 7 años, pero cuando se casó su esposo no la dejó trabajar.

Después de 13 años de casada tuvo que volver a hacerlo ya que su esposo dejó de dar dinero para la casa. Él es trailero y mujeriego. Decía que el patrón no le había pagado, que no habían hecho cuentas y no tenía dinero. Ana entró a trabajar en un restaurante de carnitas de 7 a.m. a 7 p.m. de lunes a domingo. Aunque le daban un día de descanso a la semana, prefería trabajarlo y ganar un poco más. Ganaba \$1.200.00 semanales. Allí duró 7 años, hasta que el restaurante cerró. Consiguió trabajo en una fonda de tacos, de 8 a.m. a 4 p.m. de lunes a domingo. Ganaba \$800.00 semanal que destinaba a sacar adelante a sus hijos, pagar renta, luz, agua y las deudas del esposo. Después trabajó dos meses en una pastelería, donde aprendió a hacer pasteles, pan y gelatinas, y en un taller

de fabricación de cortinas. En 2013 le diagnosticaron artritis reumática de la cintura para abajo por lo que, comenta ya “no dio el ancho” y tuvo que dejar ese empleo.

Cuando decidió dejar a su esposo, su hija mayor, casada, se las llevó, a ella y su hija menor, a vivir con ella. Ana comenzó a vender tamales los sábados. Pero como ganaba muy poco, hace casi un año, optó por algo de lo que había aprendido en la pastelería: hacer y vender gelatinas. Al principio entregaba las gelatinas en cuatro tiendas de abarrotes cerca de donde vive. Una amiga le sugirió vender afuera del hospital del IMSS, donde siempre hay mucha gente. Y se animó. Vende gelatinas de lunes a viernes de 8:30 a.m. a 12:30 p.m., en un espacio menor a un metro cuadrado, por lo que no paga permiso.

Todos los días elabora 40 gelatinas y 10 flanes con las que puede ganar \$400.00. Mucha gente le compra no sólo para ellos sino para sus familiares hospitalizados. Ana invierte \$160.00 pesos diarios. Su hija trabaja en una tienda de ropa donde gana \$ 700.00.

Entre las dos generan un presupuesto que les permite vivir, aunque sea al día: pago de comidas, pasajes, renta, compra de gas, agua, luz. Pero tranquilas. Lo importante para Ana es no dejarse caer.

ANA



*Vivir al día, pero
vivir tranquilas*



COMPRADORAS DE COSTURA

Podría ser casi una casualidad pero las historias se repiten desde hace años. Una mujer, gracias a sus conocimientos y contactos, se inicia como comerciante de artículos de costura, en verdad, bordado y tejido, que entrega a alguna persona, a una tienda o incursiona en la venta en la plaza de alguna ciudad de la región.

Para ser comerciante hay que conocer lo que hacen parientas y vecinas, un pequeño capital para pagar, saber encargar, comprar y asumir las tareas de, quizá acabar, es decir, tejer las orillas de las prendas pero, sin duda, lavar, almidonar y planchar las prendas. Esa últimas fases son fundamentales porque son las que dan “vista” a las prendas. Hay también que poder salir a vender o tener un puesto, en el tianguis textil de Tepatitlán, por ejemplo.

Si el negocio prospera, la comerciante puede reducir su propia producción para privilegiar la compra y puede delegar en otras mujeres las labores de lavado y planchado. Así, la comerciante es la cabeza visible de una red de trabajo que puede incluir hasta veinte personas, de un mismo o distintos lugares, muchas veces parientes y vecinas, pero no

necesariamente. A eso se le llama “dar costura”. Por su parte, recibir la tela y los hilos es una opción para mujeres muy pobres, de ranchos muy alejados. De ellas se dice que “cosen ajeno”.

La decisión de dedicarse a comerciar suele estar asociada a tres situaciones. Mujeres que se quedaban solteras, podían dar costura y salir a vender y de esa manera sobrevivir de manera autónoma, mantener a sus padres y no ser una carga para sus hermanos y hermanas casados. Había mujeres con esposos migrantes que no recibían remesas suficientes o regulares o que consideraban que tenían “tiempo libre”, además de hacer la costura propia.

Pero fue una actividad a la que se dedicaron muchas mujeres cuando las familias migraron de los ranchos para irse a vivir a las ciudades de la región y otros lugares. Ellas, que trabajaban en la costura y conocían a vecinas y parientes que también lo hacían, aprovecharon los espacios de venta y la mayor demanda de productos para incursionar en el comercio de prendas.

Algunas perduraron durante décadas en ese oficio; para otras, fue una etapa de sus vidas.



MARTHA

.....
*Un quehacer que pasa
por muchas manos*

“Dar costura”

Doña Esther, nacida en 1948, aprendió a hacer punto de cruz a la edad de seis años. La enseñó su mamá que cosía y “daba costura”, es decir, compraba el material para que otras mujeres bordaran y ella vender las prendas en Nochistlán. A los 16 años se casó con Juan de 17 años. A los dos años de casada, su esposo, como tantos jóvenes de la región, se fue a trabajar a Estados Unidos. Esther, con un hijo recién nacido decidió que no quería estar “sin hacer nada”. Y “para entretenerse” retomó lo que sabía hacer: compró tela e hizo manteles para vender. Unas sobrinas le pidieron que les diera tela para hacer lo mismo y que Esther los vendiera a las señoras a las que entregaba en Nochistlán. A las costuras de tres sobrinas sumó la de varias conuñadas.

Una pariente de su esposo le recomendó llevar la costura a Teocaltiche, como hacía ella. Así se acompañaban. Un día fueron al médico en Tepatitlán y una señora les comentó que podían vender en la plaza o entregar a un señor que compraba. De hecho, iban preparadas. Llevaban 40 pares de almohadones y tres manteles. Fueron con él y les compró todo. Y le siguieron entregando por

mucho tiempo. Lo que él no les compraba, ellas lo vendían por su cuenta. Cuando el señor se murió, comenzaron a abastecer de almohadones y manteles a cuatro señoritas comerciantes de costura de Tepatitlán. Las surtían de 100 o más pares de almohadones. Se movían en transporte público que aprendieron a conocer muy bien; más tarde, “le pagaban” al novio de su hermana para que las llevara. Un día, un cliente de las señoritas les preguntó de dónde eran. El cliente era de la ciudad de México y empezó a ir hasta Nochistlán por la costura. También las señoritas iban por la costura a Nochistlán, pero más tarde les pidieron que les llevara, de nueva cuenta, la costura al tianguis.

El esposo de Esther siempre se opuso a que ella vendiera costura porque tenía que salir del rancho, pero como trabajaba en Estados Unidos la mitad del año, era difícil impedirselo, más aún cuando representaba un ingreso importante para una pareja que tuvo 5 hijos. Finalmente, cuando él dejó de ser trabajador migrante, aceptó acompañarla al tianguis. Ya era “el negocio de los dos” dice Esther y de “ahí salía para comer, para comprar lo que hiciera falta”.



ESTHER

Para aprovechar el tiempo...

LAS CUIDADORAS

La tarea, casi obligación, de cuidar bebés y ancianos, que habían desempeñado las mujeres sin chistar y sin cobrar, ha cambiado: ha dejado de ser gratuita para convertirse en un quehacer, todavía femenino, pero remunerado. Nadie cuida bebés o ancianos si no hay un pago o alguna forma de retribución de por medio. Porque si ellas cuidan, tienen que dejar de trabajar o de percibir ingresos, algo que hoy en día nadie se puede permitir.

El cuidado como quehacer remunerado surge de la confluencia de saberes y cambios sociodemográficos. En los Altos las mujeres, migrantes y no migrantes, saben que un oficio de entrada al trabajo remunerado en Estados Unidos ha sido el cuidado de bebés y niños de vecinas, parientes, paisanas que trabajan. La expansión del empleo femenino en la región también contribuyó. Las trabajadoras, con horarios poco flexibles, requieren del cuidado de sus bebés, hasta que pueden ir al kínder; durante las vacaciones escolares o cuando tienen obligaciones fuera de los horarios de trabajo. Las guarderías afiliadas al IMSS están saturadas y los trámites burocráticos colocan a las madres en interminables listas de espera.

Frente a esa necesidad, mujeres, de todas las edades, han convertido sus hogares en miniguarderías donde reciben bebés, desde los 40 días, y niños pequeños en horarios flexibles, que se pagan por semana o por hora. Pueden reunir entre 2 y 6 niños. Por ocho horas diarias, de lunes a viernes cobran \$500.00 y el servicio por hora es de \$10.00. Otras, por lo regular, hermanas, cuñadas, primas, viven o acuden a casa de la trabajadora a cuidar a sus hijos. Algunas, los recogen en los jardines de niños, los llevan a sus hogares, les dan de comer y ayudan a hacer las tareas mientras la madre llega. Los arreglos pueden ir desde un pago en efectivo regular, hasta el pago de bienes, deudas, cursos.

Menos generalizado, pero cada vez más frecuente, es el pago por el cuidado de los ancianos, muchos de ellos también enfermos crónicos, es decir, que pueden vivir muchos años, pero en condiciones de salud precarias que requieren de atención permanente. Antes, en los hogares había muchos hijos, las hijas no trabajaban o alguna se quedaba soltera, vivía con ellos y era la que los atendía, lo cual resolvía el problema del cuidado de los padres. Ya no es así. En los hogares hay menos hijos, muchos



LUPITA Y FELÍCIDAS

viven en Estados Unidos, las hijas también han migrado o trabajan y en las nuevas generaciones es casi inimaginable que alguien se quede soltera para cuidar a los padres.

La solución ha sido monetarizar el cuidado a larga distancia: los hijos migrantes envían dinero para pagar a una cuidadora, las medicinas, las hospitalizaciones, y las hermanas en las comunidades de origen consiguen y supervisan a la cuidadora o ellas mismas se hacen

cargo de la atención a los padres, pero con un pago.

El cuidado de los ancianos y enfermos se ha convertido en un nuevo oficio femenino: mujeres que atendieron los padecimientos de sus padres, en especial, padecimientos crónicos adquirieron una serie de conocimientos especializados, por los cuales ahora son requeridas para cuidar a otros ancianos en situaciones similares.



HILDA JANETH

Para superar obstáculos

Mamás no mamás

Hilda tiene 25 años y desde que tenía 15 años trabajó para poder estudiar. Pero sus carreras laboral y educativa se vieron afectadas por la esclerosis congénita que padece desde su nacimiento pero que la afectó aún más a partir de los 10 años. Con todo, terminó la educación a nivel preparatoria y ha trabajado en granjas de cerdos, como auxiliar de una maestra de la preparatoria, como mesera en un restaurant, como dependiente en una tienda de conveniencia, en una tienda de abarrotes.

Cuando terminó la preparatoria, su padre y un hermano perdieron sus empleos y entonces Hilda canceló su proyecto de seguir estudiando para contribuir a los gastos del hogar de sus padres y de la educación de una hermana menor.

Pero el avance de su enfermedad limitó sus posibilidades de acceder a empleos formales que requerían esfuerzos que ya no podía realizar. Desde 2012 incursionó en el cuidado de niños. Se trasladó a la ciudad donde vive una de sus hermanas para encargarse de su hija, una niñita de 2 años. Su hermana

trabajaba con un horario de 9 a.m. a 5 p.m. todos los días.

Ahí, en casa de su hermana y su cuñado, contaba con todos los servicios y le pagaban \$ 500.00 semanales. Hilda recogía a la niña a la salida del kínder a las 12.30 p.m, le preparaba y daba de comer, le ayudaba con las tareas, la bañaba y estaba al pendiente de ella hasta el regreso de sus padres, hacia las 7 p.m.

Con ese dinero Hilda tenía para sus gastos personales, pero además así pudo pagar y cursar una carrera corta de estilista, algo que no hubiera sido posible en el rancho donde vive su familia. Asistía a clases todos los sábados de 1.00 p.m. a 6.00 p.m. Por si fuera poco, en las mañanas, cuando su sobrina estaba en el kínder, vendía, casa por casa, becas de estudio de la escuela donde estudiaba, con lo cual cubría el pago semanal de sus clases.

Hilda se casó en 2015 y se fue a vivir al pueblo del cual es originario su esposo. Aunque por ahora no trabaja, no pierde la esperanza de abrir su propia estética.

ADRIANA



*Con el tiempo te conviertes
en parte de su familia*

Enfermera en casa

Así se llama la página en Facebook que le permite a Adriana difundir su trabajo como cuidadora de ancianos y a través de la cual la contactan los que requieren de ese servicio, sobre todo, para atender a padres enfermos. Adriana egresó en 2012 de una escuela preparatoria con carrera técnica en enfermería.

En Yahualica, municipio donde daba su servicio social, atendía bebés y ancianos. Como había muchos ancianos, continuamente le solicitaban que fuera a cuidarlos a sus hogares. Así empezó y ha decidido seguir como cuidadora porque gana más, deduce impuestos y es menos desgastante que el trabajo en un hospital. Reconoce que cuidar ancianos es delicado, requiere de mucha paciencia, comprensión, amor y resistencia ya que los roles de trabajo son de 12 y 24 horas seguidas. Los pacientes son ancianos enfermos, desahuciados y otros que lo que necesitan es más bien compañía. Los hijos son los que pagan. Los que viven en Estados Unidos envían dinero, pero los que viven en la región también aportan.

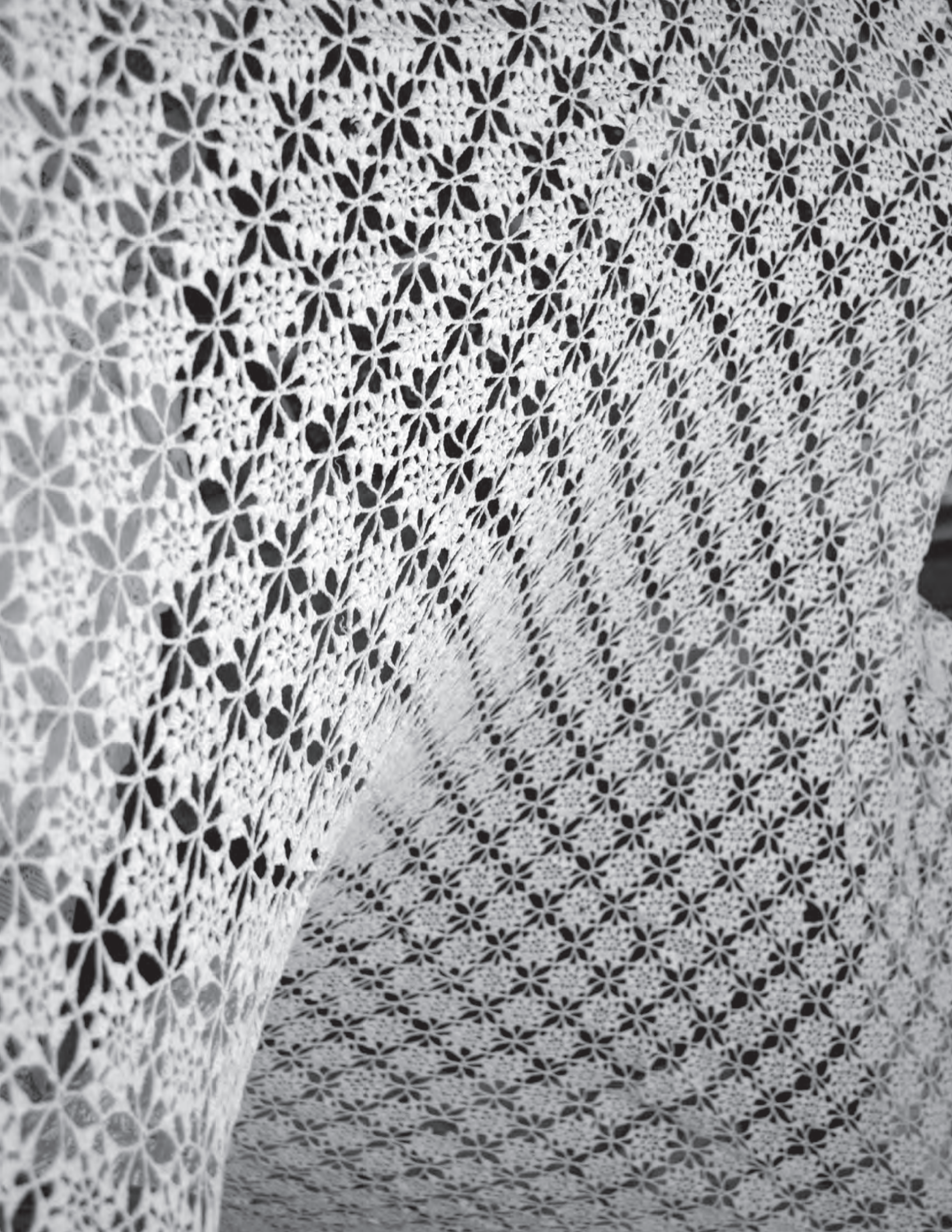
En las ciudades ya es común que se contraten personas para cuidar a los an-

cianos ya que los hijos e hijas no saben ni tienen tiempo para atenderlos como se requiere. Los hijos prefieren personas, como Adriana, que tiene conocimientos de enfermería. La cuidadora debe saber tomar la presión, identificar signos vitales, detectar dolencias, administrar medicamentos, además de darles de comer, bañarlos, leerles, cambiarles el pañal, la ropa, escucharlos y hacerles compañía.

A Adriana le gusta su trabajo: siempre se encariña con las personas que cuida, conoce sus vidas y las de sus familias. Con el paso del tiempo, dice, los familiares te saludan en todas partes, te abrazan, te invitan a sus reuniones.

Adriana, es soltera, tiene 24 años de edad y vive con sus padres en un rancho a las afueras de la ciudad. Con su trabajo pagó sus estudios, obtuvo el título y la cédula de técnico. Ahora, ya titulada, solventa sus gastos personales, aporta a la casa y ahorró para dar el enganche de su carro.

Su próxima meta es abrir una agencia para el cuidado de ancianos y enfermos.



EL TEJIDO

.....

En la región se practican a lo menos 3 técnicas tradicionales de tejido: dos agujas, frivolité y gancho. Las prendas se tejen con agujas específicas para cada técnica. De dos agujas sólo se elaboran prendas completas. De gancho y frivolité se hacen prendas completas o se tejen orillas de prendas. Un tipo de tejido que ha cobrado un gran dinamismo es el listón, técnica que ha permitido introducir nuevos productos que han tenido gran éxito como los juegos de baño de 3 piezas, las cobijas para bebé, paneras.

El macramé y la rafia son técnicas manuales que llegaron a la región vía las escuelas o cursos del DIF. El macramé,

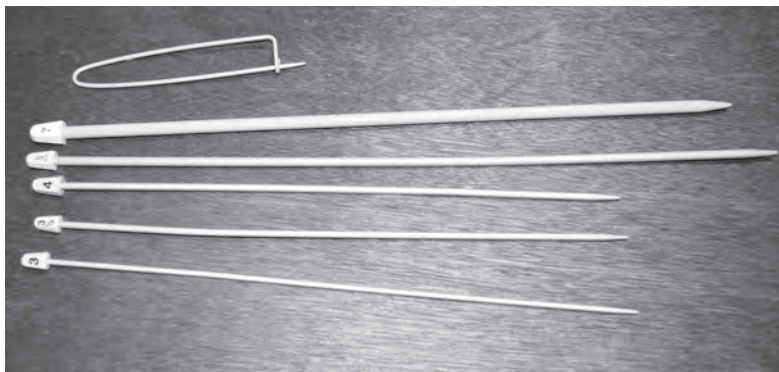
aunque es un tipo de tejido, es un trabajo distinto, porque se hace a mano, sin instrumentos. La tejedora hace diferentes tipos de nudos a partir de un soporte, que puede ser de cualquier material. Lo más común son las bolsas, muy variadas, pero también se hacen collares, macetas colgantes, pulseras.

El nombre de las prendas de rafia se debe al material con que se teje. La técnica es muy parecida a la del macramé ya que se tejen nudos con las manos. Por lo regular, se tejen bolsas.

Aunque se encuentran piezas de ambas técnicas, por ahora, se ven pasadas de moda y sus ventas son escasas.



La moda impone nuevos productos y diseños



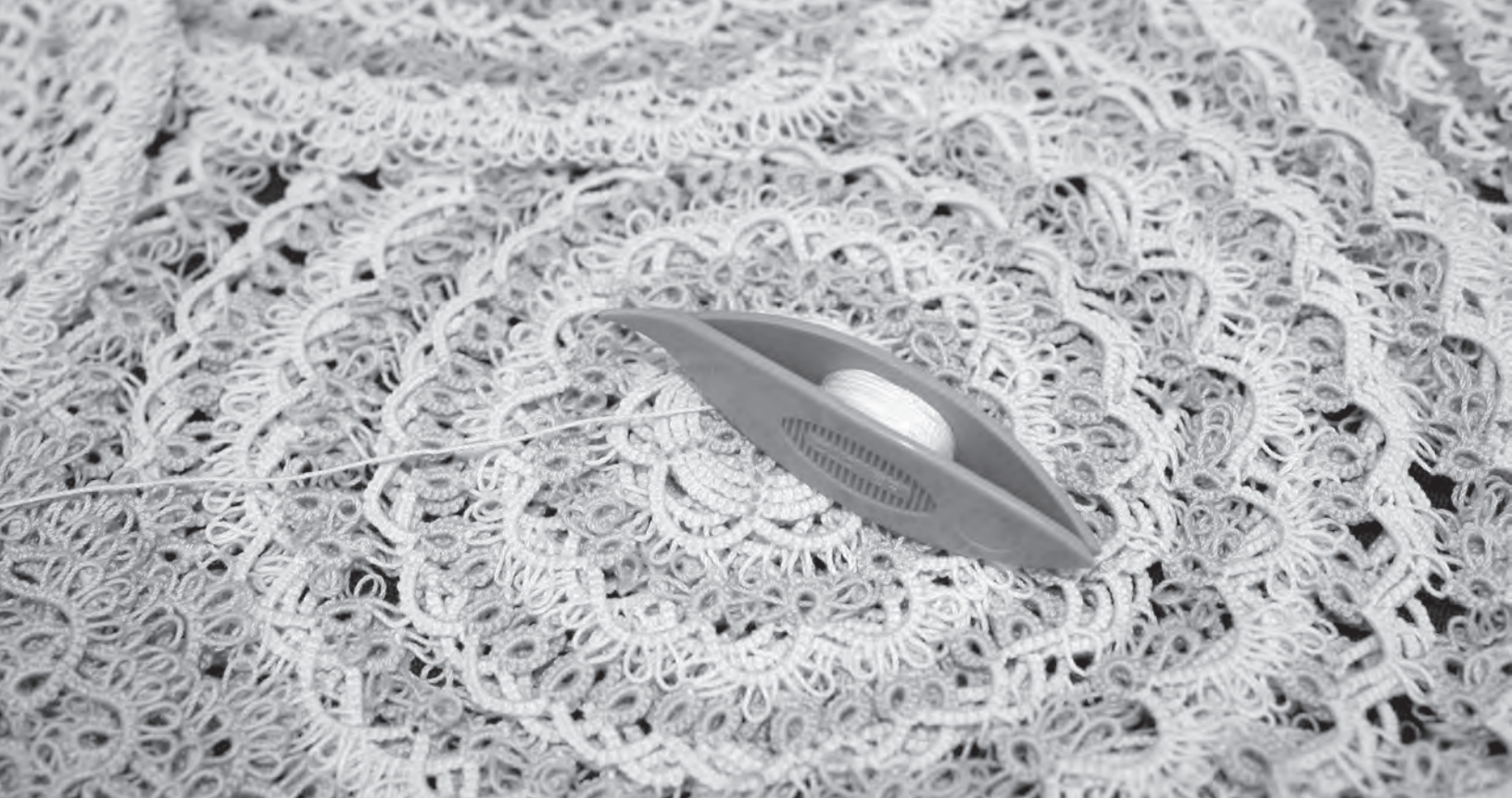
Dos agujas

Es una técnica de tejido muy antigua de un solo trabajo, es decir, que la tejedora realiza la prenda completa. Cuando no existían las máquinas de tejido de punto lo usual era que las mujeres tejieran la ropa de invierno de todos los miembros de su hogar. Hace muchos años el tejido se hacía con lana de oveja, más tarde, con hilos de estambre y, finalmente, lo más usual ahora: el acrilán. Ya no se encuentran prendas tejidas de dos agujas en lana o algodón ya que han sido sustituidos, casi por completo, por materiales sintéticos, más baratos, versátiles y de mucho colorido.

El único instrumento de trabajo que se requiere son dos agujas que pueden ser de metal, madera o plástico, de 25 a 30 centímetros de largo y grosor variable. Los puntos se montan sobre ambas agujas, luego se empiezan a tejer los puntos

que van pasando de una aguja a la otra formando el diseño. La puntada básica es el derecho y revés; otras conocidas son el punto de arroz, punto de arroz doble, ochos o trenzas, punto fantasía, punto inglés, y sus combinaciones, entre muchos otros. Las tejedoras son extraordinariamente hábiles y rápidas para trabajar. Por lo regular, mientras tejen, platican, cuidan niños, atienden clientes; en el tianguis, reciben y entregan pedidos.

Las prendas que más se elaboran son chambritas, cobijas y zapatitos de bebé; también bufandas, blusas, suéteres, gorros y rebozos, a los que se han sumado, como artículos nuevos, las bolsas de mano y las diademas. Son productos de gran demanda en la época invernal. La moda ha impuesto cambios en los materiales para tejer, en los colores y diseños de las prendas.



MARÍA DOLORES

Un arte en extinción



Frivolité

Aunque el único instrumento con que se trabaja es una lanzadera y requiere de poco material, es una técnica “entretenida”, laboriosa y, por lo tanto, relativamente costosa. También porque cada vez hay menos personas que la conocen y practican. La elaboración de una carpeta de frivolité se lleva un día completo. De gancho, en cambio, se pueden hacer cinco en un día. El precio de una prenda de frivolité es, grosso modo, el doble de una de gancho.

La producción la realizan las mujeres en sus casas, por lo regular, por encargo de comerciantes para surtir pedidos o vender en los tianguis. Se elabora todavía en rancherías de Arandas y San Ignacio Cerro Gordo.

Los artículos tradicionales que se fabricaban eran blusas e infinidad de

carpetas de todos tamaños, individuales o como parte de juegos de varios tamaños. Las carpetas eran un adorno muy utilizado en las casas. Pero ya no es así. La búsqueda de productos novedosos, que recuperen algo del mercado perdido, las ha llevado a incursionar en el tejido de chales y rebozos, caminos de mesa, asientos para vasos, adornos para el pelo, aretes y collares.

Se dice que en los inicios del tianguis en Tepatitlán, se vendían muchos artículos tejidos de frivolité y gancho. Los productos asiáticos, que imitan bien el frivolité y a simple vista pasan como hechos a mano, han afectado mucho a las prendas de esa técnica. En la actualidad, sólo existe un puesto que vende artículos de frivolité y unos cuantos de gancho.



Con el gancho y un tiempito

Es una técnica de tejido muy versátil que sólo requiere de un gancho que puede ser de acero, madera o plástico. Lo demás es aprendizaje y habilidad. Se usa para dar el terminado a las orillas de las carpetas, manteles, pañuelos y servilletas bordadas con punto de cruz y deshilado. Pero también para tejer prendas completas. Lo tradicional era colocar carpetas de gancho, de diferentes tamaños y colores en roperos, mesas, gabinetes y hasta en los respaldos de los sillones. Ya no. Esas carpetas sólo se ven en casas de abuelitas que se resisten a mandarlos al baúl de los recuerdos.

Pero se usa cada vez más para confeccionar una variedad infinita y cambiante de artículos: ajuares de bebé (chambrita, cobija, vestido, zapatos), blusas, bufandas, caminos de mesa, capas, carpetas, cojines, colchas, cortinas, gorros, rebozos, zapatos. Pero, sobre todo, accesorios: aretes y collares, diademas e imanes para el refrigerador, pañaleras y bolsas de manos y todo tipo de fundas: para biberones, celulares, licuadoras, kleenex, rosarios. Es muy común que se encarguen recuercitos de gancho para regalar en los baby shower.

Todo tejido de gancho se inicia con una puntada básica: la cadenita, que se continúa con monitos o puntos, medios monitos o medios puntos. Hay otras dos técnicas muy utilizadas: tunecino y horquilla. De acuerdo al tipo de prenda se utilizan hilos de diferentes grosores y colores de fibras naturales (básicamente algodón) o materiales sintéticos.

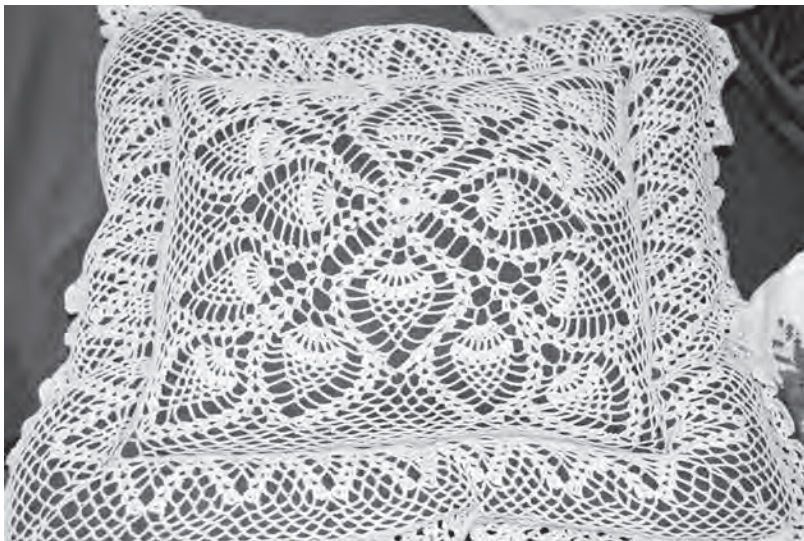
Antes, casi todas las niñas aprendían a hacer gancho, además de alguna técnica de bordado, porque era la manera de darle el acabado a las prendas. Después, podían seguir como bordadoras o tejedoras. Eso depende del gusto, la habilidad, la necesidad de cada quien en diferentes momentos de sus vidas. Para algunas mujeres mayores se ha convertido en una terapia “antiestrés” que realizan sólo si les pagan lo que ellas piden.

Pero hay jóvenes que han aprendido la técnica para convertirse en creativas y empresarias de artículos de bisutería de gancho, que es una actividad de bajo costo y bajos precios, pero que se puede vender bien si recurren, como ellas lo hacen, a las nuevas tecnologías para promover sus creaciones.

MARÍA DEL REFUGIO



La práctica de décadas guía sus dedos



Cual Penélope

María del Refugio, de 75 años, teje y charla, charla y teje sin soltar el hilo y la aguja de gancho. Se casó a los 22 años y, con su marido, de 33, se fue a vivir a Guadalajara, donde procrearon, criaron y educaron 11 hijos: 7 mujeres y 4 hombres en los primeros 15 años de su matrimonio. Cuando su marido se jubiló regresaron a vivir en una casa que construyeron en su rancho, Fátima, en un terreno que le regaló su padre.

Durante los primeros años de su matrimonio, con tanto hijo que no cesaba de llegar, se olvidó de las labores de punto de cruz y gancho que había aprendido en su infancia y adolescencia. Pero cuando crecieron, ella y dos de sus hijas instalaron en la casa un taller de costura donde hacían vestidos de fiesta: novias, quinceañeras, graduaciones, primeras comuniones, uniformes. Con lo que ganaron, más las aportaciones de sus hijos, a los que acostumbró a que le dieran la mitad de sus ingresos, construyeron la casa de Fátima en la que ahora recibe a hijas, hijos, nueras, yernos, nietos y hasta bisnietos.

Cuando volvieron a Fátima, María del Refugio retomó el punto de cruz y el gancho como una terapia para hacer frente a la difícil transición de una vida

urbana, llena de actividades, a la paz del rancho donde sentía que tenía muy pocas cosas que hacer. Y desde entonces no ha parado. Y es que tejer le gusta mucho, reconoce. Y se decidió por el gancho.

De gancho ha elaborado las colchas de las camas, los cojines para los sillones de su sala, manteles para su comedor; además teje cobijitas para sus nietos y bisnietos, bufandas y chales para regalar, las orillas de las servilletas de punto de cruz que también regala.

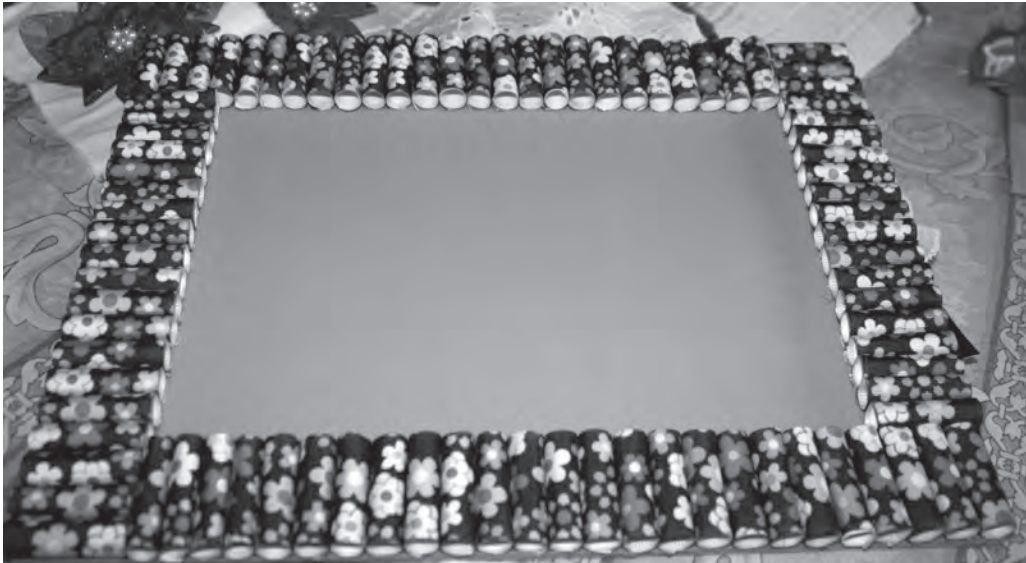
Para la venta sólo elabora lo que le encargan porque es un trabajo muy mal pagado que la gente aprecia, pero no valora. Lo que le piden con más frecuencia son cobijitas para bebés que vende en \$ 1.200.00.

María del Refugio no sabe estarse quieta. Apenas termina su quehacer, se sienta y se pone a tejer. La práctica de décadas guía sus dedos. Cuál Penélope, mientras conversa y espera las visitas de su prole, sus manos se mueven rítmicamente dando forma a las prendas que prepara para tener siempre un regalo. En una familia tan numerosa como la suya nunca falta un cumpleaños, el nacimiento de un nieto que hay que celebrar.

MARIELA



Una creadora incesante



Nuevos usos del listón

Mariela, de 20 años concluyó la escuela secundaria pero sus padres no tuvieron recursos para que siguiera estudiando como ella quería. Vive en un rancho, es soltera y se dedica de tiempo completo a trabajar.

A los 12 años una tía le enseñó a trabajar el listón. Esto porque la tía necesitaba trabajadoras que confeccionaran los juegos de baño de los que surte a 30 establecimientos y tiendas departamentales de la ciudad de México. Alrededor de 10 jóvenes hacen ese trabajo en sus domicilios. Una vez hechas las piezas, en la casa de la tía, otras trabajadoras las cosen, embolsan y etiquetan. La tía le da la tela y le vende los listones de todos los tipos y colores que se requieren para hacer las 3 piezas que conforman los juegos de baño. Con el mismo esquema de trabajo, Mariela confecciona cosmetiqueras, tortilleros y bolsas.

Mariela elabora alrededor de 10 juegos de baño a la semana por los que su tía le paga \$650.00, de los cuales \$500.00 son para ella. Los tortilleros se los paga a \$10.00 cada uno, pero como son fáciles de hacer, puede confeccionar entre 10 y 15 cada día. No está mal, sobre todo porque vive en casa de sus padres y tiene pocos gastos.

Pero como el trabajo es irregular y Mariela quiere tener ingresos constantes ha buscado darle nuevos usos del listón, la técnica que mejor conoce y la que más le gusta. Y ha descubierto dos que le han dado buenos resultados.

Con su mamá han incursionado en la hechura de marcos para fotografías. Mandan a hacer los marcos de madera que luego decoran con tubos de papel forrados con listón grueso de colores atractivos a los que añaden adornos de botones o flores de listón. Han sido un éxito. Se los encargan mucho, de mayoreo y medio mayoreo, porque se han convertido en bolos que se regalan a los invitados con fotografías de novios, hijos y ahijados.

Con el pelo del listón, es decir, con las hebras, Mariela confecciona moños y diademas para el pelo, que están muy de moda. Las regala, pero también acepta encargos y ya se las ha pedido una hermana para surtir a su suegra que vende en un fraccionamiento.

Los mejores momentos para Mariela, cuando tiene más trabajo, son para el día de las Madres y la temporada navideña, que para ella comienza en septiembre.



EN LAS GRANJAS DE AVES

En 2013 la producción nacional fue de 2.5 millones de toneladas de huevo, de las cuales más de la mitad (55%) las aportó Jalisco. La avicultura suma 9,366 unidades de huevo para plato. En todos los municipios de la región hay empresas avícolas, pero predominan en Lagos de Moreno y Tepatitlán. Las empresas tienen sus establecimientos dispersos por toda la geografía regional. De esa manera reducen el riesgo de enfermedades en los animales.

Las explotaciones avícolas pueden ser intensivas o extensivas y existen tres tipos de establecimientos: granjas donde se produce huevo fértil; granjas para la producción de huevo para plato

y granjas de engorda para la producción de carne. Los niveles de tecnificación son tres: bajo, a nivel de piso con capacidad para 15 mil aves donde el trabajo es manual; nivel medio, con capacidad para 30 mil aves, con casetas elevadas, alimentación y recolección de huevo automáticas y recolecta de estiércol manual; y nivel alto, con capacidad para 90 mil aves, con sistemas automatizados y ambientes controlados. La tecnificación ha reducido el número de trabajadores estables de las granjas y ha incrementado el número de jornaleros temporales que se contratan para vacunar, sacar la gallina vieja, limpiar y meter pollita nueva.



Con todo, la mayor parte del personal de las granjas es femenino: 60% en las de huevo para plato y 80% en crianza. Ellas rara vez se ubican en puestos altos, como encargadas de área o sección, que son ocupados por hombres. Ellas son caseteras cuyas responsabilidades son: pasturar, barrer, sacar gallinas muertas, pasar reporte de la caseta al encargado, revisar los bebederos de agua, recolectar huevo, armar caja, ayudar o cargar y descargar camiones de caja y huevo. Esto en una granja de baja tecnificación. Conforme aumenta la tecnificación se reducen algunas actividades. Otras, se dedican a limpiar huevo. En las de sistemas altamente tecnificados hay quienes sólo seleccionan y empaacan. La vacunadora normalmente es eventual, es decir, su contrato es por tiempo y actividad limitados. El sueldo en cualquiera de esos puestos es

de \$1.100.00 semanales, más \$90.00 en vales de despensa y las prestaciones de ley: Seguro Social, INFONAVIT, caja de ahorro, 7 días de vacaciones al año y 15 días de aguinaldo.

El horario de trabajo es de 8 a.m. a 5 p.m., con una hora para desayunar o comer, de lunes a domingo, con un día de descanso a la semana que es decidido por el encargado de la granja. Las empresas suelen ofrecer sistema de transporte gratuito.

Muchas de las trabajadoras viven en ranchos, son muy jóvenes, solteras y casadas cuyos maridos trabajan en la misma granja o tienen parientes que les ayudaron a conseguir el empleo. Les gusta trabajar y no están interesadas en estudiar. Están contentas de contar con un trabajo fijo y “estable” con el que contribuyen a los gastos de sus hogares y también pueden darse “sus gustos”.



1

SIXTA

5
4

BETY

9

KARINA

2

LOEE

6

LUPITA G

10

CUCA

3

LETI

7

BEBE

11

LUPITA F

4

8

FEE

12

EVELIA

Catorce años en una granja de aves

Evelia quedó viuda cuando tenía 47 años y 3 hijos. Como sus 2 hijos mayores estaban casados y ella trabajaba, el impacto económico de quedarse sin pareja fue quizá menor. Ahora, de 54 años, sólo comparte el hogar con su hijo menor, de 18 años, que estudia preparatoria. Su salario lo destina a los gastos de la casa, que en su caso, incluyen renta y pago de cable y todo lo que necesita su hijo en la escuela. Evelia no quiere que trabaje sino que se dedique al estudio.

Evelia trabaja desde 2001 en granjas de aves. Ha pasado por todos los puestos: casetera, vacunadora, limpiadora de huevo y cargadora de gallina. Actualmente, es la encargada de limpieza en el área de baños y cocina. La limpieza es crucial por las cuestiones de bioseguridad que se implementan para la prevención y el control de enfermedades que afectan significativamente la producción. Ella lava, todos los días, la ropa de 27 trabajadores y tiene que tener ropa limpia adicional para el personal interno y externo que visita la granja. La ropa de trabajo consta de pantalón y camisa de gabardina o playera de algodón del color escogido por la empresa y sandalias o bota industrial de color negro, en invierno se agrega un suéter.

Evelia gana lo mismo que una casetera, pero la han transferido a una posición menos cansada y riesgosa. Conforme avanza la edad de las trabajadoras, aumenta la probabilidad de caídas, golpes y contusiones al cargar y descargar camiones, empacar huevo, por lo que algunas, como Evelia, son trasladadas a faenas de menos riesgo, como el lavado y la limpieza. Otras, son jubiladas o liquidadas.

Evelia vive en un rancho cerca de la granja. Todos los días toma el camión que sale a las 7 a.m. para comenzar a trabajar a las 8 a.m. Su jornada termina a las 5 p.m. Apenas termina sus quehaceres, se baña y prepara para salir a esperar el autobús o a que alguien le de “raid” a la salida del rancho para tomar un transporte público o conseguir otro “raid” que la acerque a su casa. Y es que a veces el transporte de la empresa pasa por la granja hasta las 6 p.m. porque en su ruta recoge a trabajadores de otras granjas de aves y puercos.

Para “pasar el rato”, como suelen decir, Evelia hace artículos bordados de punto de cruz y gancho. Aunque la mayor parte de lo que hace es para su casa, en ocasiones los vende para mejorar su ingreso.

EN LAS GRANJAS DE PUERCOS

En las granjas de los Altos se encuentran los 3 niveles de explotación característicos de la porcicultura: traspatio, que aporta alrededor del 30% de la producción, semitecnificado y tecnificado con tecnología de punta. La mayor parte de los establecimientos son semitecnificados.

Las granjas cuentan con 3 sitios de producción. El sitio 1 es el área de adaptación de los nuevos animales, gestación y maternidad. En la maternidad (nacimiento y cuidado de lechones) más de la mitad (60%) de las trabajadoras son mujeres. El puesto es de casetera, que se encarga de un número determinado de animales alojados en una sala de maternidad. Su trabajo consiste en hacer la limpieza, alimentar y vacunar a las cerdas, cuidar, destetar, vacunar y castrar a los lechones y reportar a la encargada de área cualquier anomalía que detecte en los animales. Otros puestos ocupados por mujeres son la capturista, que es la que genera los reportes diarios de producción de la granja y la encargada del área de maternidad, que elabora los roles de descanso, hace los reportes de nacimiento, mortalidad, vacunación de cada una de las salas de maternidad, la

partera, que sólo atiende los partos y la encargada de la limpieza del área de baños, cocina y lavado de ropa del personal de la granja.

En el sitio 2 se ubican los lechones destetados, donde permanecen entre los 15 y 28 días de nacidos y todavía no pesan mucho (30-35 kgs.). La participación de las mujeres varía entre el 40% y el 50%. Los puestos son los de casetera y encargada de la limpieza del área. Al sitio 3 llegan los animales para la fase final: la engorda hasta los 90-110 kgs. Allí, la participación de trabajadoras es muy baja 20-30%. Los puestos son los mismos que en el sitio 2. El horario de trabajo es de 7 a.m. a 5 p.m., con una hora para desayunar o comer, de lunes a domingo, con un día de descanso a la semana.

Hay 3 niveles de salario. El sueldo de una casetera es de \$1.100.00, el de la capturista es de \$1.270.00 y el de la encargada es de \$1.445.00. Reciben además \$90.00 en vales de despensa y las prestaciones de ley: Seguro Social, INFONAVIT, caja de ahorro, 7 días de vacaciones al año y 15 días de aguinaldo. Sobre todo en los ranchos, es de los empleos preferidos de las jóvenes que lo consideran un trabajo a largo plazo.



LETICIA



¡Traer lechones al mundo!

En 2012 Leticia entró a trabajar en una granja de puercos. Como todas, comenzó como casetera, después fue partera y ahora es suplente de la encargada del área de maternidades. Leticia tiene 38 años, estudio hasta secundaria, vive en un rancho, con sus tres hijos, en una casa propia, herencia de su padre. Ella se encarga de todos los gastos del hogar porque su esposo está preso. Con su salario paga los servicios, la escuela y hasta ahorra un poco. Para ella no es raro hacerse cargo de los gastos de la casa. Soltera o casada ella era la que llevaba el dinero.

Leticia, como sus compañeras, se levanta muy temprano para tomar el camión que la lleva a la granja. Entra a trabajar a las 7:00 a.m. y sale a las 5:00 p.m., de lunes a domingo, con un día de descanso a la semana. Su hija de 16 años, que no quiso seguir estudiando, se encarga de las labores de la casa. Su hijo mayor, de 19 años, trabaja en una llantera y la más pequeña, de 11 años, va a la primaria.

A Leticia le gusta mucho su trabajo. Dice que su día de trabajo “se hace cortito” de tan hermoso que le resulta trabajar con cerdos, le gusta traer esos bebés al mundo, atenderlos y darles de comer. Para ella, es como ver nacer y crecer a sus propios hijos.

Por eso mismo, porque no soporta ver la muerte de los animales, estuvo a punto de dejar ese trabajo. Cuando en su sala le tocó presenciar dos mortandades de lechonas, es decir, de puercas que han tenido un máximo de dos partos, y de sus hijos recién nacidos, Leticia pensó que ella de plano “no servía para eso”. Pero el médico veterinario encargado de la granja le dijo que tenía que sobreponerse y ella decidió darse otra oportunidad.

Para fortalecerse, se encomendó a Dios: “Dios mío, dame fuerzas para quedarme aquí...porque me gusta”. Y desde entonces disminuyó la mortandad en su sala. Y ella se quedó.

LADRILLERAS

La producción de “ladrillo” engloba la elaboración de distintos productos: ladrillo de construcción, de azotea, de piso, teja de diferentes estilos y tamaños. Esa actividad se inició en Acatic en la década de 1960 y se ha mantenido hasta la fecha. Se calcula que existen más de 300 ladrilleras que se ubican, casi todas, en las orillas de la cabecera municipal. Son pequeñas empresas familiares que emplean a unos cuantos trabajadores.

Las mujeres, dice Ana Rosa, la cronista de Acatic, entraron a ese nicho laboral que dejaron los hombres cuando se iban a trabajar a Estados Unidos. Aunque se dice que se trata de una actividad en declive, debido al bajo precio de los productos impuesto por los intermediarios, es una actividad donde se emplean muchas mujeres.

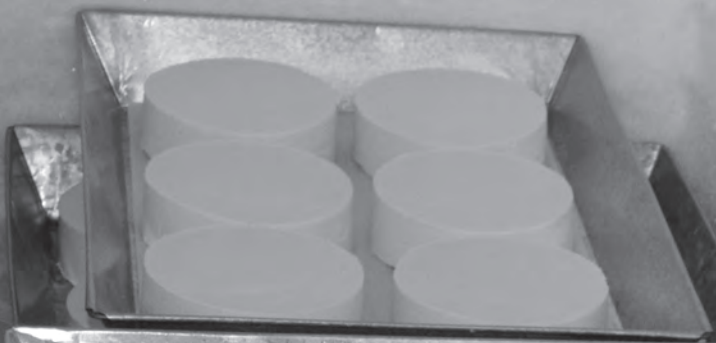
En instalaciones al aire libre, bajo un tejabán, ellas, quizá dos, tres o cuatro trabajadoras, elaboran diferentes tipos de ladrillo: por lo regular, se dedican a la producción de ladrillo de azotea, que es un producto pequeño y liviano, pero

también hacen el de muro y para piso, que es el más caro porque lleva más trabajo y va pintado. También hacen teja. Suelen trabajar parientes: madre e hija, hermanas, cuñadas.

Se trabaja de lunes a viernes, de 8 a.m. a 17 p.m. El trabajo es a destajo, las trabajadoras carecen de contratos de trabajo y prestaciones. El millar de ladrillo se paga a \$280.00. Entre dos personas pueden hacer un millar y 300 más al día. Pero no todos los días se puede hacer esa cantidad. Los lunes y viernes son “flojos” porque hay que acarrear ladrillo al horno.

Las trabajadoras son mujeres de todas las edades y condiciones de vida. En ese oficio se reflejan las transiciones de las parejas y las familias: abundan las que tienen que mantener hogares por la “desobligación” de sus parejas; por la ausencia, falta de empleo, desempleo y los bajos ingresos de los maridos; también las “solas”, es decir, las mujeres separadas, divorciadas y madres solteras que mantienen hogares.





LOS LÁCTEOS, UN ASUNTO DE MUJERES

Aunque no tan generalizado como la costura, la elaboración de lácteos ha sido un quehacer femenino que se aprendía y transmitía en los ranchos, de generación en generación, que se ha convertido en un oficio urbano para muchas mujeres. Tradicionalmente ellas utilizaban los excedentes de las ordeñas de padres y esposos para producir, también vender, adobera, crema, mantequilla, jocoque, panela, queso de metate, requesón, yogurt que servían de platillos o los acompañaban. Las escalas de producción y venta eran locales, no mucho más allá del rancho donde se elaboraban.

Las fabricantes actuales reivindican haber aprendido a hacer quesos con sus abuelas, no con sus madres. Parecería que ese saber ha sido recuperado y convertido en negocio por mujeres de más de 40 años para hacer frente tanto a nuevas situaciones domésticas y laborales como a nuevas demandas sobre todo en las ciudades. Por lo regular, antes de hacer quesos, trabajaron en otras actividades y ante la dificultad para conseguir otro empleo, recuperaron ese saber que ha vuelto a ser apreciado.

La crema, el jocoque, los quesos llamados de rancho, es decir, confeccionados de manera artesanal, no están pasteurizados, pero son los que prefieren la clientela local, los visitantes, los migrantes, cada vez más insatisfechos con los productos industriales “que no saben a nada” dicen.

Las tiendas de abarrotes, las carnicerías, las fondas, los restaurantes compran los lácteos elaborados por pequeñas productoras, ya sea para venderlos o para preparar alimentos y botanas. Las productoras venden en sus casas y locales, reciben pedidos, tienen rutas de entregas habituales y especiales, como los fines de semana o los días de fiesta en que llegan visitantes y migrantes.

Pero además, se ha ampliado la demanda de productos como la panela y el requesón sin sal para los enfermos crónicos y las personas a dieta. Algunas, incluso, han incorporado la venta de otro producto que ha sido revalorizado, incluso en una región con tantas granjas o a lo mejor por eso mismo: los huevos de rancho.

MARÍA MERCEDES



*La ordeña ha sido
el sustento de su hogar*



En la ordeña

María Mercedes concluyó la educación secundaria y se casó a los 18 años. Ahora tiene 44 años de edad y 4 hijos. Su esposo tiene 48 años de edad y estudió hasta la educación primaria. Desde los 14 años él se ha dedicado a la ordeña. Desde hace 16 años viven en un terreno y casa propios.

A los 16 años María Mercedes comenzó a trabajar: estuvo 6 meses como dependiente en una ferretería, después en una nevería, le ayudó a un hermano en una tienda CONASUPO, hizo suplencia de maestros durante casi un año, en la temporada navideña (2-3 meses antes de diciembre) vendía juguetes.

Ella aprendió a ordeñar ya casada, viendo cómo lo hacía su esposo. La ordeña ha sido el sustento de su hogar. Hace 15 años su esposo se enfermó y al no poder trabajar, ella comenzó a ordeñar los animales que tenían. Gracias a la ordeña y la venta de la leche pudieron comprar el terreno, construir su casa, comprar más animales y pagar los estudios de sus hijos.

En el establo cuentan con 2 tanques enfriadores que compraron con la venta de la leche. Ellos entregan la leche a Liconsa en Tepatitlán. Los horarios de

ordeña son de 7:00 a.m. a 10:00 a.m. y de 5:30 p.m. a 8:00 p.m. de lunes a domingo. Ordeñan 23 vacas. Se ordeña con máquina ordeñadora, sin embargo, el apialado, lavado de ubres, colocación y retirada de la ordeñadora y pre-sellado de la ubre se hacen de manera manual.

Mercedes participa en todas esas tareas y, de manera exclusiva, es la “chef” dice su marido, es decir, es la que prepara las pasturas de cada animal. Por lo regular, el trabajo lo hacen entre ella y su esposo. Durante las vacaciones escolares les ayudan sus hijos e hijas.

Hace años ella y sus 2 hijas bordaban sábanas de punto de cruz que le entregaban a su suegra que las vendía en San Juan de los Lagos. Pero era mucho trabajo y casi no les quedaba ganancia ya que se repartían el dinero entre las 3. Prefirió dejarlo.

Hace un tiempo y, durante 3 años, trabajó de lunes a domingo para una persona que hacía quesos. Hacía las 7:00 p.m. comenzaban a hacer el cuajo y lo sacaban para molerlo al día siguiente.

Ahora, después de la ordeña, María Mercedes sólo se dedica a los quehaceres del hogar.

De productora doméstica a pequeña empresaria

Chuyita desciende de un larga estirpe de mujeres dedicadas a la elaboración de quesos rancheros. Se sabe que su bisabuela, su abuela, madre, tías y ahora ella, su hermana y una prima se han dedicado a hacerlos. Pero sólo Chuyita cambió de la hechura de quesos como actividad “complementaria” para convertirla en el sustento de su hogar y en el trabajo familiar. Se casó de 21 años y es madre de 3 hijos que trabajan de tiempo parcial en el negocio familiar, donde también participan una nuera, un cuñado y una tía de Chuyita. Durante años, su esposo fue migrante temporal en Estados Unidos. Ella era modista, pero, como sabía hacer queso, comenzó a hacerlos para su casa. Muy pronto los vecinos le pidieron y el negocio creció. Ella compraba vaca tras vaca y hacía quesos en ausencia de su marido. A él no le gustaba que trabajara tanto, pero ella estaba contenta porque con la costura y el queso no gastaba el dinero que él le enviaba. Hasta el punto que le sugirió que no se fuera. El constató que los quesos dejaban más de lo que ganaba en Estados Unidos y se quedó.

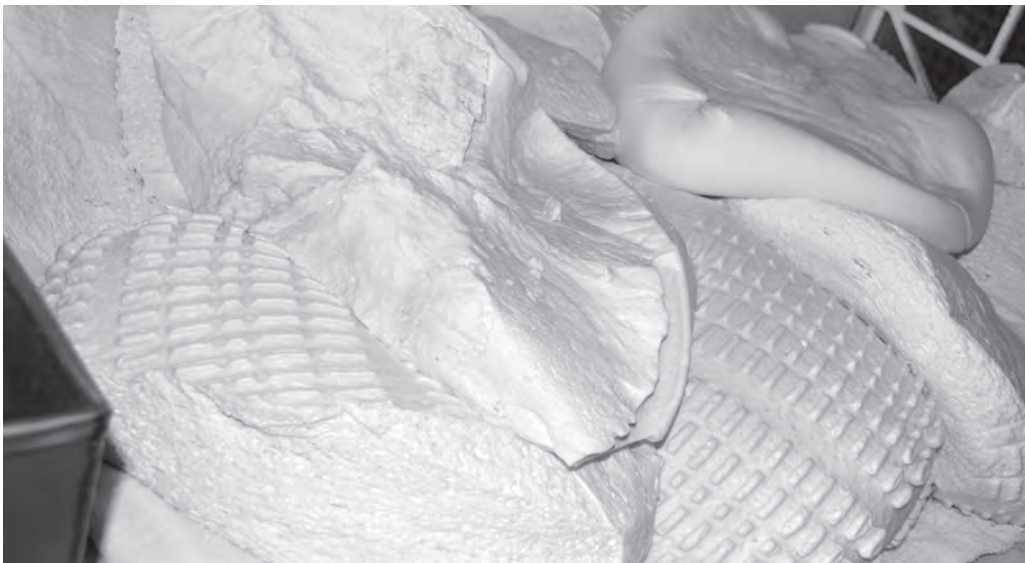
Además de ganarse un lugar en el paladar de la clientela local los quesos resultaron muy apreciados por los migrantes y residentes en USA que se los

llevan en sus viajes de regreso. Desde Estados Unidos la llaman para hacerle encargos que la mantienen muy ocupada desde octubre hasta principios de enero, periodo de visita de los migrantes. Pero Chuyita mostró además sus habilidades como administradora. La cochera de la casa la convirtió en taller y local de venta. Entregan sus productos en tiendas de abarrotes, cremerías, casa por casa y a los que acuden al local. Los supermercados le han hecho pedidos pero no ha aceptado. Requeriría pasteurizar la leche y no quiere porque dejaría de ser el queso ranchero tradicional, que es el que atrae a la clientela. Aunque sí ha hecho innovaciones: compró un molino eléctrico y grandes refrigeradores; los productos cuentan con una etiqueta que los identifica; ha diversificado los productos: panela, requesón y variedad de tamaños del queso original; se surte de leche con otros productores; el cuajo, que antes se obtenía del estómago de la vaca, ahora lo compra líquido y pasteurizado. De la microindustria ha salido el dinero para pagar los estudios de los hijos, los gastos del hogar y los sueldos de todos los que ahí laboran. Ella sigue siendo la que administra, paga, organiza y dirige el trabajo.

CHUYITA



*Una productora
y administradora ejemplar*





IMELDA, ESMERALDA Y ROSA

LAS MIGRANTES

El subregistro de la migración femenina a Estados Unidos es algo muy sabido. Aunque siempre hubo mujeres que salieron al norte, el flujo se incrementó desde la década de 1990, cuando entró en vigor la Ley de Amnistía (IRCA) que hizo posible la legalización de los migrantes en Estados Unidos. Jalisco fue uno de los estados donde más migrantes legalizaron su situación y se convirtieron en residentes, más tarde ciudadanos. La legalización catapultó la migración femenina. Esposas, hijas, hermanas fueron reclamadas por el procedimiento de reunificación familiar. Una vez en Estados Unidos, se insertaban de todas las maneras posibles en los mercados de trabajo: cuidadoras de niños, servicio doméstico, obreras, jornaleras, empleadas de comercio y servicios. Pero hubo muchas que no pudieron legalizar su estancia o migraron más tarde y viven como indocumentadas, que casi siempre trabajan.

Hasta el año 2005, más o menos, las migrantes, legales e indocumentadas, regresaban cada año a sus comunidades de origen. Con ellas viajaba toda la familia, en camionetas (“vans”) que trasladaban muebles y artefactos para las casas a las que soñaban regresar; regalos para toda la familia que velaba por sus intereses en ranchos y ciudades y, en muchos casos, productos para ven-

der que ayudaban a financiar el viaje. La camioneta regresaba a Estados Unidos tanto o más cargada con 4 tipos de productos: dulces, costuras, lácteos y una última ración de alimentos añorados que hoy se llaman “nostálgicos”. Eran productos baratos, pequeños, fáciles de acomodar y que servían de regalo y para la venta. Es especial las costuras son un regalo muy apreciado: no tienen fecha de caducidad y lo hecho a mano vale mucho en Estados Unidos.

Pero esto ha cambiado. La imposibilidad de cruzar la frontera hacia Estados Unidos ha cancelado las visitas anuales de los indocumentados. Hay migrantes que no han regresado a México desde hace 20 años. Las migrantes envían dinero a sus hermanos para contribuir a la manutención y cuidado de los padres, hasta su muerte. Muchas no pudieron regresar siquiera a los funerales de sus padres, ante el riesgo de no poder reingresar a Estados Unidos, donde han hechos sus vidas. Por su parte, los compromisos laborales y familiares de los que tienen papeles, los hacen retornar, cuando mucho, unos días cada año, solos y en avión. El cambio en el patrón migratorio ha afectado la dinámica, los recursos, los ingresos, las actividades que habían prosperado cuando los migrantes iban y venían.

Las que se quedan

La historia de la región, marcada por la migración a Estados Unidos, definía también la vida de las que se quedaban, es decir, de las madres, esposas e hijas de los que se iban en busca de ingresos que les permitieran un retorno en mejores condiciones: la construcción de una casa, la compra de tierras, animales, ahorros para abrir algún negocio.

Los migrantes insistían en que las mujeres, en especial sus esposas, no trabajaran, menos aún fuera del hogar. Pero ellas se las arreglaron para aprovechar el tiempo que les otorgaba la ausencia masculina para hacer lo que podían para obtener ingresos: criar animales de traspatio para vender puercos, gallinas, huevos, producir lácteos. Pero quizá lo que más se difundió fue la costura. Muchas sólo bordaban prendas y las vendían; otras, más audaces, aprovecharon para incursionar en la compra-venta de costuras.

Era casi imposible que los maridos no supieran qué hacían sus esposas, más aún cuando salían de las comunidades de origen, no manifestaban tener problemas de dinero, ni se preocupaban cuan-

do se retrasaban las remesas. Era quizá un acuerdo del que mejor no se hablaba. Ellos no tenían que ponerse autoritarios y ellas podían hacer lo que creían necesario para apoyar el proyecto migratorio en que se habían embarcado.

Con lo que ellas ganaban mantenían el hogar y ahorran las remesas que recibían, aceleraban la construcción de la casa, compraban lo que hacía falta. Ellas se sienten muy orgullosas de su contribución que permitió cumplir en menos tiempo los objetivos y aceleró el retorno de sus maridos a los hogares donde los esperaban.

En el camino, las mujeres fortalecieron sus destrezas, reforzaron sus aptitudes como trabajadoras, aprendieron a administrar el dinero, muchas, descubrieron sus capacidades como empresarias comerciales e industriales.

Desde luego que el retorno de los esposos y las sucesivas crisis de las actividades que ellas realizaban han afectado esas trayectorias femeninas. Pero también algo frecuente ha sido que cuando el negocio ha resultado próspero, los maridos se han hecho cargo de él.

SALOMÉ



A lo largo de más de un siglo infinidad de mujeres esperaron a sus marido ausentes

Las que se van

El fin de la posibilidad de ir a trabajar a Estados Unidos y regresar a México, ha dado lugar a nuevos escenarios para las mujeres. Ellas pueden migrar de manera legal por tres vías. En primer lugar, como parte de procesos de reunificación familiar. Muchas jóvenes tienen parientes legales –padre, hermanos- que han hecho gestiones para que ellas puedan migrar. Aunque tardado, todavía es posible que menores de 21 años y solteras puedan irse a Estados Unidos. Pero si se exceden de la edad o se casan, no pueden hacerlo. Esta vía existe, pero es cada vez menos viable y limitada.

La otra vía es el matrimonio con un migrante residente o naturalizado. Regresar para participar de las fiestas patronales de sus lugares de origen era tradicionalmente la ocasión para los jóvenes de buscar novia, comprometerse, y en un siguiente viaje, casarse. Esto sucede hasta la fecha, aunque cada vez menos. Las largas estancias en Estados Unidos han aumentado los matrimonios entre personas que se conocen en los lugares de destino.

Pero los cambios experimentados en las uniones han dado lugar a una posibilidad poco usual, pero que segura-

mente cobrará fuerza en los próximos años. Migrantes legales, hombres, pero también mujeres –divorciados o viudos- han encontrado nuevas parejas en los lugares de origen en México, incluso se ha dado el reencuentro con novios y novias que tuvieron antes de migrar. De esta manera, la o el migrante, en segunda unión, puede reclamar a su nueva pareja para residir en Estados Unidos. La segunda unión ha permitido la salida de mujeres de diferentes edades y condición –solteras de mayor edad, divorciadas, viudas- no sólo muy jóvenes, como sucedía antes.

La tercera vía es la salida de madres ancianas hacia Estados Unidos. Los hijos indocumentados ya no pueden regresar a cuidar a sus padres. A la muerte del padre o la madre, lo que es menos común, los hijos e hijas en Estados Unidos pueden tomar la decisión de llevarse con ellos al sobreviviente. Hoy por hoy, muchas ancianas de la región viajan con frecuencia o pasan sus últimos años con sus hijos e hijas en el otro lado: van de casa en casa, cuidan y festejan a nietos y bisnietos. Extrañan su tierra, pero entienden que las cosas han cambiado.



ESPERANZA

.....

*En compañía de sus nietos, nietas
y nuera en Manteca, California*



LOURDES

Después de muchos ires y venires

La retornada

Lourdes es una migrante retornada. Cruzó la frontera hacia Estados Unidos por primera vez de manera ilegal en 1994, a los 23 años. Se fue con su hermano de 8 años. Su madre había muerto, ella y su hermano vivían con una tía, pero todos sus hermanos estaban en el norte. Llegó a San Diego y de ahí en avión a San Francisco, Cal., donde la esperaban con empleo en un Burger King. Siempre trabajó en restaurantes. En 1996, a los 2 años de haber llegado, tuvo a su primer hijo como madre soltera. En 1999 se casó con su actual pareja, un migrante indocumentado originario de Michoacán. Ese año regresó a México con su hijo en tanto su esposo permaneció en Estados Unidos; a los ocho meses volvió a cruzar la línea, pero en esa ocasión, con su nuevo bebé en brazos. Un año más tarde nació su última hija. Cuando nació su segunda hija su esposo le prohibió trabajar porque tenía que encargarse de la bebé: las mujercitas “son más delicadas”, le decía. Para Lourdes en ese momento todo cambió, “ya fue puro encierro” y desde entonces “el norte ya no me agradó”. Su esposo tenía 2 trabajos para poder pagar las mensualidades de la casa que estaban comprando en Estados Unidos y construir una casa en México. En 2005

Lourdes regresó a México. Durante ese tiempo, administró las remesas que le enviaba su esposo; pero además, vendía ropa de segunda mano, dulces, mangonadas y botanas en la cochera de su casa y organizaba tandas de colchas y ropa nueva de mujer. Después de 2 años pensó que tal vez no había sido una buena decisión haber regresado, pero ya no pudo retornar a Estados Unidos. El cruce se había vuelto caro y muy peligroso. Pero además, con la crisis financiera, su esposo perdió el mejor de sus empleos y no pudo seguir pagando la casa en Estados Unidos. En ese momento, empezaron a hablar de su retorno a México y de reunificarse como familia. Con todo, su esposo tardó varios años en decidirse. Finalmente, en el invierno de 2014 regresó. Desde entonces, se ha dedicado a hacer pizzas, oficio que aprendió en Estados Unidos, ella trabaja medio tiempo en una mueblería y sigue dedicada a sus ventas y actividades de garaje. Por un tiempo, Lourdes mantuvo la ilusión de volver al norte; pero ahora ya no le parece tan importante. Ella y su esposo hablaban de que sus hijos, nacidos en Estados Unidos, podrían tramitarles la residencia. Pero ahora que el hijo mayor cursa la preparatoria ella no está segura de que sea una buena idea intentarlo.

LA MODISTA

Hasta hace unas décadas, las mujeres se encargaban de confeccionar la ropa de esposos e hijos, pero se trataba de confecciones muy básicas, funcionales sólo para el día a día. Aprender a cortar, además de saber coser, era una vía para convertirse en modista, oficio que se practicaba hasta en ranchos muy pequeños.

Ser modista tuvo otra virtud: fue un quehacer que pudieron seguir practicando cuando las familias empezaron a migrar a las ciudades de la región. Con la costura, ellas aseguraban un ingreso inmediato para ellas y sus hogares.

Hasta la década de 1980 las modistas tenían mucho trabajo. Por una parte, había poca ropa de confección y la que había era costosa. Por otra parte, en cada lugar había muchas fiestas patronales para las cuales las muchachas ahorran lo más posible para poder estrenar. Cuando se acercaba algún festejo importante las modistas no se daban abasto, trasnochaban y se levantaban muy temprano para cumplir con los

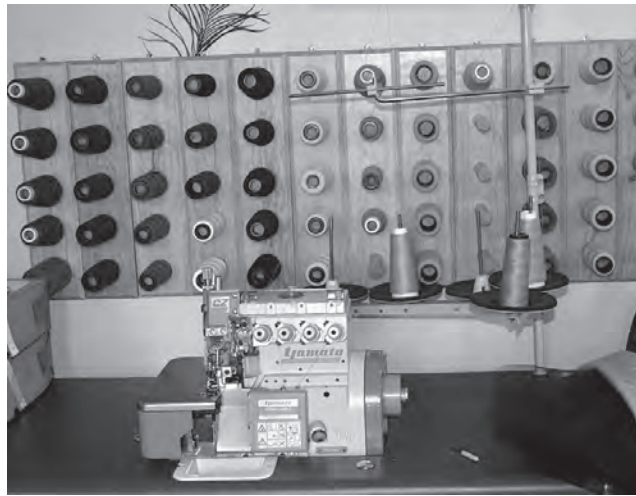
compromisos y las presiones de último minuto que no faltaban. Una modista llegaba a hacer 3 vestidos en un día. Por lo regular, las clientas llevaban la tela y entre ambas decidían el diseño de la prenda. La modista tenía los botones y cierres que hacían falta.

Este oficio, aunque persiste, ha decaído mucho. La cantidad y variedad de establecimientos que ofrecen una oferta muy amplia de ropa hecha, de moda, “de marca”, en las localidades y la posibilidad de ir de compras a las grandes ciudades han mermado el trabajo de las modistas tradicionales.

Con todo, las modistas han luchado por persistir, aunque ahora en nichos especiales, para ocasiones especiales: vestidos de novia, dama, quinceañeras, concursantes y asistentes de certámenes de belleza. Para niños, confeccionan ropones, uniformes, disfraces para festivales y desfiles de kínder, ropa para bailes y representaciones teatrales en festivales escolares.



CYNNDI



El vestido perfecto

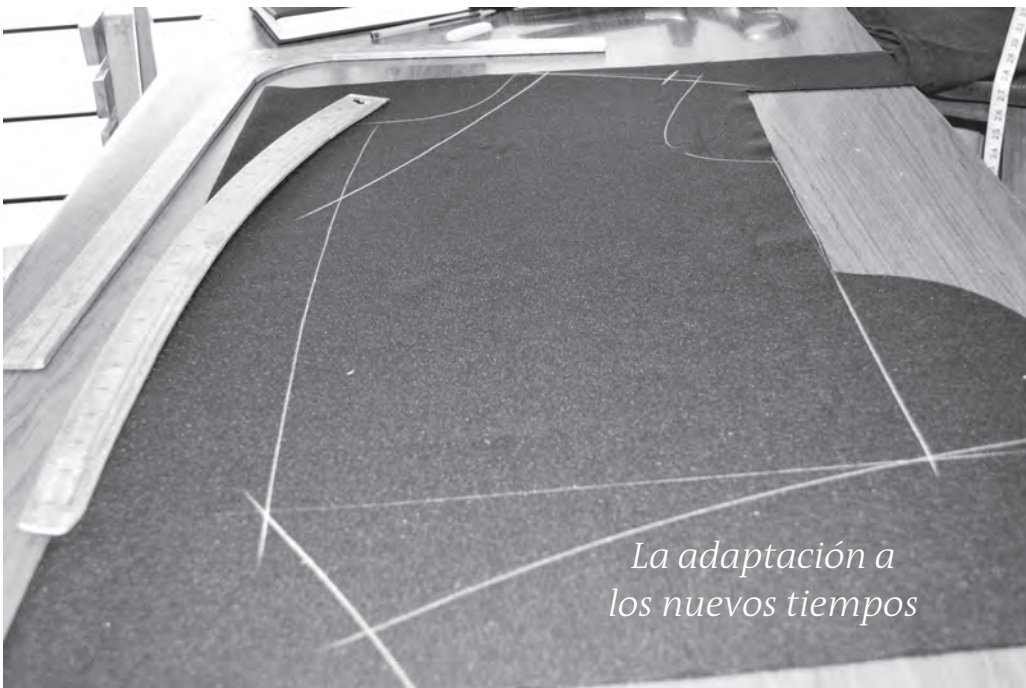
Cynndi, como le gusta que la llamen, es una diseñadora de 24 años de edad, licenciada de la carrera de diseño de modas. Cuando cursaba el segundo semestre de la carrera comenzó a trabajar en un taller de publicidad de moda en Guadalajara. Aunque sus padres podían mantenerla, Cynndi quería ser independiente. Daba clases de asesoría e imagen a modelos, diseñaba zapatos para una célula de diseño. Allí empezó a concebir el concepto y la marca de su empresa. En abril del 2014, ya de regreso a su ciudad de origen, inició su taller. Cuando cumplió un año hasta se le olvidó celebrarlo de tanto trabajo que tenía. Ahí sí aceptó la ayuda de sus padres con lo que más necesitaba: un local. En 2015 empleaba dos trabajadoras de planta y dos eventuales. Todas costureras con mucha experiencia y “amor al arte”, señala. Los horarios son flexibles, porque Cynndi entiende sus necesidades, pero por lo general, trabajan 30 horas semanales y, cuando tienen trabajo extra, suelen llevarselo a sus hogares.

Su negocio estaba orientado, originalmente, a las adolescentes, esa edad extraña en que, como dice, no son ya niñas, pero tampoco mujeres y se sienten inseguras. Cynndi buscaba darles seguridad al crearles vestidos. Pero el rango de de edad y clientas se ha ampliado

más de lo que esperaba: de 16 a 27 años. Además de vestidos de cóctel, damas, fiesta, novia, todo con asesoría de imagen, confecciona disfraces para niños y adultos. Hay que ser versátil, señala. La clave de su trabajo es la inspiración que le dan la música y la comida. A diferencia de una modista tradicional, Cynndi se acopla al presupuesto de la cliente: después de platicar y conocer cuánto está dispuesta a gastar, qué busca y que desea proyectar, le despliega una gama de materiales y le hace propuestas de diseños en busca del vestido perfecto. Antes de iniciar la confección le presenta a la cliente tres bocetos, uno con una propuesta clásica, una arriesgada y el otro, una mezcla de ambas. Sobre ellas la cliente decide y sólo entonces empieza la elaboración, que tarda de una a tres semanas. El costo mínimo es de \$400.00 pesos e incluye bocetos, asesoría de imagen, tela, textiles, botones, cierres, adornos. Ya tiene clientes de varias ciudades de la región.

Utiliza sus ingresos en equipar y mejorar su taller, que es su prioridad, pagar salarios y ahorrar. Cynndi es soltera, sin hijos, vive con sus padres, disfruta y ama su trabajo, siempre está feliz, sonriente. Y cuando sea el momento, no ahora, formará una familia, tendrá hijos.

FABIOLA



La sastra

La sastrería tradicional, un oficio masculino, está en vías de extinción. La confección de ropa, de hombres y mujeres, a cargo de sastres y modistas, ha sido afectada por la fabricación en serie que se vende en una gran variedad de establecimientos, con sistemas de crédito que hacen posible el consumo incesante de prendas, como exige la moda. Fabiola aprendió el oficio de sastre con su padre. A los 10 años cosía bastillas, hacía ojales, pegaba botones y poco a poco se enseñó a confeccionar trajes de hombre, trajes sastres de mujer de falda y pantalón, camisas y blusas. Cuando terminó la preparatoria se dedicó a trabajar de tiempo completo con su padre y una hermana casada. Eso fue hace 18 años. Aunque los 3 comparten el espacio, son independientes.

La sastrería, como las modistas, han tenido que descubrir nuevos nichos y adecuarse a los cambios económicos y socioculturales que se manifiestan hasta en la ropa. En el caso de la sastrería, al tiempo que ha decrecido la confección, se han incrementado las modificaciones a las prendas de vestir. Los cambios en la moda, la obligación de estar bien ves-

tidas y las dificultades económicas para comprar nuevas prendas obligan a hacer ajustes a lo que se tiene: hacer cambios en el largo y ancho de pantalones, camisas, blusas, faldas y vestidos; modificar vestidos, en especial, los de fiesta o dama de bodas para poder usarlos en otras ocasiones. Ahora los hombres dice, “se han vuelto muy vanidosillos” y se han convertido en clientes asiduos de ajustes de pantalones, camisas y sacos. También están los arreglos cuando la clientela sube o baja de peso. Lo más reciente, que para Fabiola ha resultado un buen negocio, son los ajustes de guardarropas completos. Mujeres y hombres que se han sometido a operaciones de cirugía plástica le llevan toda su ropa para que también la someta a cirugía. Al principio, eran mujeres, pero cada vez hay más hombres que requieren de ese servicio.

Como Fabiola nunca se compromete a hacer lo que considera que no puede hacer, es imposible detectar los ajustes que realiza. Por todas esas razones se ha ganado la confianza y la preferencia de su clientela, cada vez más amplia, que la llama “la sastra.”

MUJERES AL VOLANTE

Para las mujeres saber manejar y, mejor aún, tener un vehículo, les permite no sólo desplazarse a trabajar, ir de compras, dejar los hijos en la escuela, guardería o casa donde los cuidan; se ha convertido en un recurso para ganarse la vida.

Hoy por hoy, las vemos a todas horas conduciendo vehículos –bicicletas, motos, coches, camionetas, vehículos adaptados– en los que reparten todo tipo de productos ya sea por cuenta propia o como empleadas. Es un trabajo que les agrada: han descubierto que les gusta manejar, salir, “abrir rutas” y pueden acomodar los horarios de trabajo con sus obligaciones domésticas. Así, han pasado del espacio privado, los trayectos cortos y el transporte público, a moverse entre ciudades, pueblos y rancherías para abastecerse y distribuir productos.

Las mujeres de más de 50 años que hacían negocios, como la venta de costura, dependían de taxis y choferes, pero ese pago mermaba sus ganancias. Para cambiar eso, muchas aprendieron a manejar adultas, a escondidas de padres y esposos, en vehículos prestados o tomados a hurtadillas; sus maestros

fueron amigos, amigas, parientes o pagaron instructores. Para las jóvenes ha sido diferente. Es una habilidad que han adquirido, casi desde niñas con el apoyo de padres y hermanos. El carro ya no es un regalo de los esposos para dar “vueltitas”. Con lo que ganan, han comprado coches y camionetas que usan como herramienta de trabajo. En estos tiempos hay que optimizar los recursos y el tiempo, hay que moverse cada vez más rápido.

Manejar y ser propietarias de vehículos les ha facilitado incursionar en tareas que hasta hace poco se consideraban masculinas, como el reparto de botanas, pan, tortillas, galletas o comida preparada. Pero también incursionar en actividades nuevas como la venta de ropa, juguetes, baterías de cocina, adornos, en vehículos que consideran su “tianguis”. Ellas se surten en las bodegas, innumerables y variadas, que existen en las ciudades.

Ahora sí que ¡cuidado, mujer al volante! y no porque manejen mal, como decía esa frase con que se sancionaba a las primeras conductoras, sino todo lo contrario. Hoy ellas lo hacen bien y le sacan provecho.



SANDRA

ELENA

Para moverse cada vez más rápido



MARÍA DEL ROCÍO



*Todo por sacar
adelante a sus hijos*



¿De qué va a querer su nieve?

María del Rocío es “nevera”, cumplió 38 años y es originaria de Jalostotitlán. No sabe leer, fue un tiempo a la escuela pero sin resultados porque, ella lo reconoce, es de lento aprendizaje “y los números me cuestan mucho”. A pesar de eso se ha dedicado a las ventas y ha logrado mantenerse como trabajadora al volante.

Comenzó a trabajar como obrera a los 16 años cuando nació su primer hijo y se convirtió en madre soltera. A los 18 años se unió a su actual pareja y se fueron a vivir a Cañadas de Obregón, lugar de origen de él. Ahí ella se puso a vender pan por las calles para tener dinero para poder visitar a su hijo mayor que se había quedado con sus padres. Más tarde, cuando se mudaron a Guadalajara, María del Rocío incursionó por primera vez en la venta callejera en vehículo: vendía donas y nieve en un triciclo, acompañada de su hijo pequeño.

Cuando llegaron a vivir a Tepatlán su esposo se dedicó a elaborar y vender nieve. La venta se hacía en dos camionetas con sonido, una conducida por él y la otra por un empleado. Cuando su esposo salía, ella tomaba sin permiso y sin decirle, un vehículo de la casa y así se enseñó a manejar. Un día que el empleado no llegó, María del Rocío

cargó la camioneta con el helado y se fue a intentar vender y lo logró: “Como me fue tan bien, él (esposo) ni se enojó cuando supo”. Y desde entonces se convirtió en la segunda vendedora del negocio familiar.

Los sábados y domingos sale a vender todo el día; durante la semana, a partir de las 16.00 p.m, después de hacer el quehacer y dar de comer y hasta que anochece, en diferentes rutas que se ha trazado. Ella carga en la camioneta los botes de nieve y recorre las calles a baja velocidad y con la música característica de las heladerías ambulantes. Maneja muy atenta a los espejos retrovisores por si salen clientes y porque los niños salen corriendo en busca del helado de su sabor favorito.

María del Rocío se encarga de todas las labores domésticas y le ayuda a su esposo en la elaboración de la nieve, pero de él sólo recibe una cantidad diaria para los gastos de la comida. De la venta de la nieve le da una tercera parte de lo que se vende. Con ese dinero ella se encarga de sus gastos personales y de comprar la ropa de sus 5 hijos. Pero como no le alcanza, ha sumado la venta de discos y de ropa de segunda mano que le regalan o compra a muy bajo precio.



LAURA

Podía aguantar carencias, pero golpes no

El pan de cada día

Desde muy pequeña Laura se inició como trabajadora: “desde que me acuerdo, yo y mi hermana, saliendo de la escuela, nos íbamos a ayudar a mi mamá en la zapatería”. También muy pronto aprendió a manejar y descubrió que le encantaba: a los 12 años su madre le prestaba el carro para ir al rancho. Las dos habilidades le sirvieron para ganarse el pan de cada día cuando en 2009 se divorció y su exmarido se desentendió de los 3 hijos que procrearon: 1 niño de 10 años y 2 gemelos de 8 años. Laura, que terminó la educación secundaria, se casó a los 17 años con un albañil de 23 años, que sólo concluyó la primaria, no le permitió trabajar y muy pronto dejó de dar el gasto, le gritaba y, un día, la golpeó. En ese momento, Laura consideró que podía aguantar carencias y hasta hambre, pero golpes no.

Separada y en casa de sus padres, empezó a repartir tortillas, porque era un trabajo que le permitía regresar temprano a cuidar a sus hijos. Ellos se quedaban a cargo de su madre, pero ella no podía cuidarlos todo el día porque es la responsable de la zapatería. Así duró dos años. Después rentó una casa para vivir aparte con sus hijos.

Desde hace 6 años es repartidora de una panadería. El dueño la invitó a trabajar porque se dio cuenta de que era tan responsable como buena conductora. Comenzó repartiendo en el pueblo pero cuando los gemelos fueron al kínder se dedicó a abrir rutas de pan por toda la región: Arandas, Capilla de Guadalupe, Atotonilco, Tototlán, San Miguel, Pegueros, Valle de Guadalupe, Acatic, Santa María, La Barca, entre otros. Actualmente reparte sólo en Tepatitlán, de 6 a.m. a 12:30 p.m. de lunes a sábado. Regresa a su casa a preparar la comida, esperar a sus hijos, acompañarlos en sus tareas y algunas tardes, a entrenar, porque a todos les gusta mucho el deporte.

Laura percibe un sueldo base de \$1.100.00, pero con la comisión puede ganar \$1.700.00 semanales. Para incrementar sus ingresos en la cochera de su casa fabrica aretes, collares, pulseras, ramos de novia, mancuernas, recuerdos para bautizos y primeras comuniones de bisutería. Unas parientes los llevan a vender a Estados Unidos. En diciembre de cada año le entregan el dinero. Para Laura es una alcancía con la que asegura los regalos de navidad de sus hijos y un dinero extra para gastar en las fiestas de su pueblo que son en enero.

LAS OBRERAS

Es la categoría laboral que ha cobrado cada vez mayor importancia y significado en los Altos. En cada municipio existe alguna fábrica o taller de mayor o menor envergadura que emplea mujeres. Muchas, diseminadas por el espacio regional, tienen que ver con la actividad agropecuaria donde participan muchas mujeres: granjas de pollo, granjas de puerco, fábricas de productos lácteos, champiñonera, deshidratadoras de huevo, tequileras. También existen fábricas y talleres donde se elaboran diferentes prendas de vestir, blancos, botanas, cajetas, calzado, conos de helado, cucharas, dulces, globos, embotelladoras, huaraches, mochilas.

En términos comparativos, se puede decir que en los Altos hay más empleo que en otras regiones del país y que estos se cubren con trabajadores y trabajadoras de los pueblos y municipios cercanos. En los Altos el problema no es tanto el empleo en sí, sino los bajos salarios. En la actualidad, como hemos dicho, un hogar no puede vivir de un solo ingreso, ni es evidente que el principal ingreso sea el que proporciona un hombre. Esto es lo que ha masificado el ingreso, la permanencia, la competencia

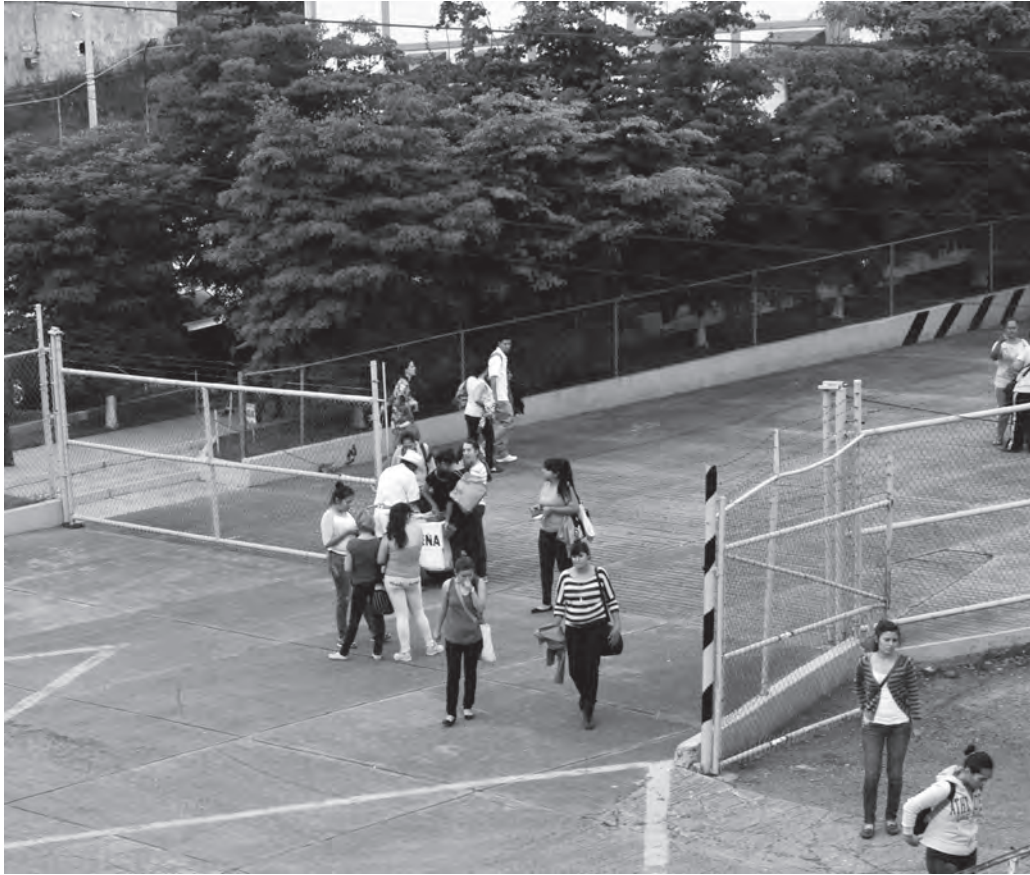
de las mujeres en los mercados formales de trabajo.

El empleo formal ofrece condiciones de trabajo (horarios, días laborales) y prestaciones legales: pago del Seguro Social, INFONAVIT, aguinaldo, fondo de ahorro, vacaciones, vales de despensa. La ampliación de la oferta habitacional, en forma de lotes y casas, ha potenciado el uso del crédito para vivienda. Las trabajadoras pueden ser ahora las que proporcionan vivienda a sus padres, a sus parejas e hijos.

Aunque sean prestaciones mínimas, contrastan con las condiciones y el ingreso que se puede obtener en las actividades informales y el trabajo a domicilio. Cualquier empresa que se instale en la comunidad o sus cercanías representa una mejor opción para ellas, en especial, para las jóvenes, que están mejor educadas y pueden aspirar a esos puestos de trabajo.

Pero se ha incrementado también la competencia por esos puestos de trabajo. Las dificultades, prácticamente la imposibilidad de ir a trabajar a Estados Unidos, ha retenido en la región a jóvenes, en especial hombres, que aspiran a ocupar los empleos formales que se ofrecen en la región.





Una operadora del abrigo alteño

Karen tiene 23. Trabaja desde que tenía 13 años y, al mismo tiempo, concluyó la educación secundaria y una carrera técnica en enfermería. Pero no ejerció. Porque desde 2010, a los 18 años, entró a trabajar como obrera en una fábrica de ropa en su ciudad. La empresa es líder en la venta de ropa y accesorios por catálogo, pero inició con el diseño, confección y venta de abrigos de lana, que sigue siendo una de sus líneas más reconocidas. Es una empresa donde trabajan muchas mujeres. En su área sólo labora un hombre, que es el que se encarga de repartir el material.

Karen ha aprendido a coser todo tipo de prendas pero lo que más le gusta es precisamente la especialidad de la empresa: armar y coser abrigos, que fue con lo que empezó. Entró como operadora, actualmente es operadora certificada y espera, muy pronto, ser promovida a entrenadora. Considera que casi todo lo que hace le queda bien y no es “guandaja”.

Karen tiene novio. Pero a diferencia de lo que sucedía hasta no hace mucho tiempo, apenas una generación, ella no piensa casarse por el momento: es muy “chica” para eso, dice. Por lo pronto, su

objetivo es seguir en la empresa. Piensa que allí tiene posibilidades de desarrollo, de llegar a ser, algún día, encargada de control de calidad, el puesto más alto al que puede aspirar como trabajadora.

Sus ingresos son mejores que otros en la ciudad. Ella fue dependiente en una tienda y sabe que es así. Aunque en la fábrica el sueldo base es bajo se complementa con lo que gana a destajo por cada pieza y los bonos por productividad por cumplir las metas que les proponen. De ese modo, gana entre \$ 1.200.00 y \$1.700.00 a la semana. Descansa los sábados en la tarde y los domingos y cuenta con todas las prestaciones de ley: Seguro Social, vacaciones pagadas, fondo de ahorro para el retiro e INFONAVIT.

De hecho, ha comenzado a pensar en usar su crédito INFONAVIT para comprar una casa en el fraccionamiento donde vive con sus padres, justo enfrente de ellos. Considera que quizá ha llegado el momento de invertir en algo duradero. Actualmente, apenas aporta para el hogar que comparte con sus padres y hermanos, no ahorra nada y más bien se gasta lo que gana en ropa, zapatos y “chucherías”.

LAS PESPUNTADORAS

Con el proceso de apertura comercial desaparecieron muchas fábricas y talleres de calzado que no pudieron sobrevivir a la competencia de productos importados. Por esa razón ha disminuido mucho la oferta de trabajo a domicilio que ofrecían esas empresas, en especial, para el pespunte a mano de calzado.

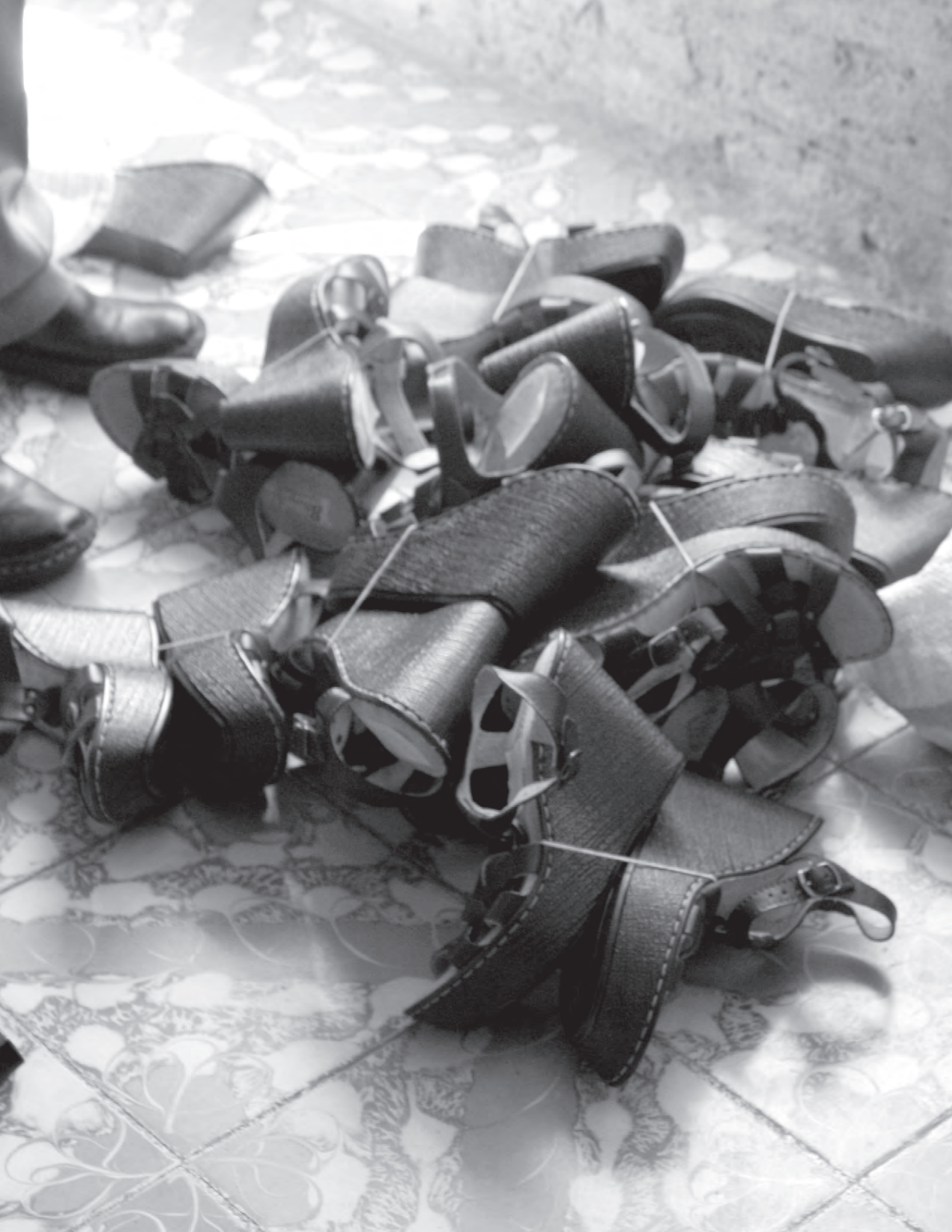
Con todo, algunas de las fábricas que todavía existen han mantenido esa práctica. Para ello, establecen uno o más centros de distribución o llevan a los domicilios de las encargadas en los ranchos los lotes de pares de zapato para coser. Llevan además el hilo con que deben ser cosidos y les entregan dedales o piezas de piel para que puedan hacer fuerza y no se destrocen las manos al hacer las puntadas.

Aunque suelen dar trabajo todo el año, la cantidad de zapatos que envían las empresas es muy irregular y cambiante, no ofrecen prestaciones y es uno de los quehaceres más mal retribuidos que existen en la región.

El pago por la costura de un par de zapatos varía mucho porque depende del modelo de que se trate. De acuerdo a eso, una pespuntadora puede hacer entre 5 y 10 pares diarios que se paga desde \$ 7.00 hasta \$13.00 el par. En condiciones óptimas, es decir, si una trabajadora cose 10 pares diarios de lunes a viernes, puede recibir un ingreso de \$ 500.00; menos que el salario más bajo que se paga en las fábricas de calzado que es de \$600.00-\$700.00 semanales.

Como se sabe que es un trabajo mal pagado, las que lo buscan y aceptan son mujeres casadas con hijos pequeños, madres solteras, viudas de ranchos alejados, donde no hay otras opciones laborales. Con todo, dicen ellas, no tienen gastos de transporte, comida, pago por el cuidado de los hijos, como las que salen a laborar fuera de casa.

Saben que eso no compensa, pero es su manera de entenderlo y hacerlo más llevadero.



ESTELA



Una vida en la maquila



UNA ENCARGADA

Estela tiene una tienda de abarrotes en el rancho donde vive donde atiende al público durante 12 horas, de 8a.m a 8 p.m. Aparte, allí mismo, en otro cuarto, tiene una máquina de coser para hacer la ropa y los remiendos que le encargan las vecinas.

Pero lo más llamativo y bullicioso, lo que hace diferente a la tienda de Estela, es que allí acuden, mañana y tarde, las vecinas del rancho a recibir y entregar sus “tareas”. En sus casas, han cosido a mano lotes de pares de calzado de mujer para una gran distribuidora de calzado que fabrica para diferentes marcas en una ciudad cercana. Las trabajadoras a domicilio llegan, entregan, se sientan un rato, cosen, platican, revisan los pares, hacen cuentas y se llevan sus siguientes tareas. Estela es muy amable de tal manera que el ambiente que se genera a su alrededor es siempre agradable.

No así el talante de las 12 trabajadoras que tiene a su cargo: por lo regular, jóvenes, algunas muy jóvenes, con maridos ausentes o con escasos ingresos, que acuden a la tienda acompañadas de hijos pequeños que les demandan golosinas. Se las ve tristes y de mal humor.

Estela es la encargada desde hace más de 20 años de esa actividad en el rancho. Pero existía desde antes, sólo que había otra encargada. Cada semana o cada tercer día, dependiendo de la demanda, le llevan a la tienda los sacos con los lotes de calzado que hay que respuntar a mano, es decir, coser la plantilla con la suela. Es muy variable. Estela nunca sabe cuántos pares van a llegar y el tiempo que les darán para coserlos, aunque por lo regular, es una semana. Los lotes mayores son de 250 pares y los más pequeños de 100. La temporada de más trabajo es de noviembre a marzo.

Es un trabajo cansado y laborioso. Para poder coser las dos piezas de cuero, se cubren los dedos con unos dedales de piel gruesos. Les pagan a \$ 7.50 el par. Una trabajadora rápida puede coser 8 pares en una hora, es decir, ganar \$ 60.00. Aunque desde 2014 le ha comentado al patrón que “está muy barato” lo que les pagan por par, no les han incrementado el precio. Estela recibe un ingreso adicional por ser la encargada, además de los pares de zapatos que ella respunta.

El esposo de Estela fue migrante en Estados Unidos y ahora es él quien le ayuda con la tienda.

LAS PROFESIONISTAS

Para serlo han tenido que luchar. Por ejemplo, por el derecho a la educación. La familia alteña se reconoce por su capacidad para generar hombres y mujeres muy trabajadores. Pero, al mismo tiempo o quizá por eso mismo, fue muy reticente a valorar la educación como vía de movilidad laboral y social.

Para los hombres, se pensaba, no era necesaria porque ellos tuvieron, hasta la década de 2000, la opción de trabajar en Estados Unidos. Allá ganaban siete veces más que lo que se pagaba en la región, donde regresaban después de algunas estancias de arduo trabajo en el otro lado, pero con ahorros, con lo que mejoraban su reinserción laboral en sus comunidades de origen.

La educación para las mujeres era menos valorada aún. Su destino era el matrimonio o, para las que se quedaban solteras, la atención de los padres, para lo cual no se requería ir a la escuela. La educación representaba un gasto y la salida de las niñas a la escuela un peligro del cual había que cuidarlas. Cualquier cosa que les sucediera, más aún si era de índole sexual, se entendía como una agresión a la honra de la familia.

Pero las mujeres empezaron a dar la batalla. Sirvió, sin duda, la ausencia

de padres y hermanos migrantes en Estados Unidos para aligerar controles y destinar a la educación algo de las remesas que llegaban. La migración de las familias de los ranchos a las cabeceras municipales fue también una oportunidad para que muchas jóvenes continuaran con los estudios. Así, sin prisa pero sin pausa, las jóvenes se incorporaron a secundarias, más tarde a las preparatorias, públicas y privadas, que se inauguraron en las cabeceras municipales.

Y, cuando en la década de 1990, llegaron las universidades, públicas y privadas, muchas estaban en condiciones de ingresar a la educación superior. Un efecto positivo inesperado, como suele suceder, tuvo la firma de acuerdos para el transporte de estudiantes entre los ayuntamientos de varios municipios de la región con Cualtos, el centro universitario de la Universidad de Guadalajara en la ciudad de Tepatitlán, que recibe alumnos de lugares dentro y fuera de la región.

El argumento de la inconveniencia, nunca bien explicada pero férreamente defendida, de los peligros que asediaban a las mujeres cuando salían de sus comunidades, fue contrarrestado por la puesta en marcha de un sistema de



transporte “seguro”, es decir, autobuses que desde las plazas de las cabeceras, con paradas para recoger estudiantes en los ranchos de la ruta, las llevan y recogen todos los días. Las jóvenes han aprovechado al máximo esa oportunidad para conquistar el derecho a estudiar en la universidad. Esto no las exime de trabajar, por el contrario. El último recurso de los padres reticentes es la amenaza, cumplida, de no apoyar-

las para que estudien, es decir, que no les darán dinero, lo que ha obligado a las jóvenes a trabajar y estudiar. Pero lo quieren hacer y lo hacen.

Ya hay egresadas de todos los campus en todos los municipios, en todas las actividades de la región. Muchas se han desarrollado en las carreras que estudiaron; otras no, pero las habilidades que adquirieron les han permitido insertarse y crear distintos nichos laborales.

LAS RECICLADORAS

Se trata de una actividad reciente que consiste en limpiar, es decir, quitarle las etiquetas, cintas adhesivas, líquidos, objetos, “sacudirle la mugre” a bolsas y pedazos de plástico que se rescatan de la basura municipal para las fábricas de reciclaje que convierten el plástico en mangueras y bolsa negra de basura.

Una vez más o menos limpios, los plásticos se apilan en depósitos-bolsas muy grandes de plástico que llaman jumbo. El kilo de plástico “acomodado”, o sea, limpio y seco, se paga a \$1.20 y una joven puede hacer 100 y hasta 200 kilos, es decir, ganar entre \$120.00 y \$240.00 diarios. Pero por lo regular una trabajadora limpia alrededor de 400 kilos a la semana por lo que recibe \$480.00. Carecen de prestaciones.

El trabajo se realiza en la calle, en algún baldío, seguramente por las con-

diciones de trabajo. Las recicladoras no utilizan guantes ni ningún tipo de protección, tampoco los niños que juegan alrededor, pero dicen que nunca les ha pasado nada. Aunque el entorno es deplorable el ambiente es muy relajado. Las jóvenes escuchan música a todo volumen, platican, se ríen, consultan sus celulares.

Es un nicho laboral para mujeres pobres de muy baja o nula educación. Es un trabajo donde predominan mujeres jóvenes, con hijos pequeños, discapacitadas, ancianas y parejas de la tercera edad. Para las jóvenes es un trabajo al que pueden acudir con sus hijos pequeños; para las de la tercera edad es un quehacer que pueden hacer sentadas, cerca de sus domicilios, en ocasiones, acompañadas de sus esposos.





**San Juan
de los Lagos**

Basílica

**Central
Camionera**

- | | | | |
|---|----------------------------------|---|------------------------------|
| ○ | Elaboración Dulces | □ | Mercería y Bonetería |
| ■ | Confección Cotinas y Blancos | △ | Artículos Religiosos |
| ▲ | Confección Bordados y deshilados | ◇ | Alfombras, Cortinas, Tapices |
| ○ | Comercio Blancos | ■ | Traza Urbana |

Elaboración propia a partir de:
 Marco Geoestadístico, 2010, INEGI.
 Directorio Estadístico Nacional de
 Unidades Económicas [DENUE], 6ta. Ed., INEGI.
 Marco geográfico de referencia: WGS 84.
 Unidad angular: grados.

SAN JUAN DE LOS LAGOS

Es uno de los lugares históricos de distribución de la costura de la región. San Juan de los Lagos es el lugar de devoción y peregrinaje católico más importante de Jalisco y el segundo en México, después de la Virgen de Guadalupe. Las principales celebraciones se realizan del 20 de enero al 2 de febrero, día de la Candelaria; del 31 de julio al 15 de agosto, día de la Asunción y el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción. En esas dos semanas previas, entran a la ciudad innumerables e incesantes peregrinaciones, pero todo el año hay centenares de visitantes de México y Estados Unidos. Pasar a saludar, agradecerle y pedirle protección a la Virgen se convirtió en una tradición de los migrantes, tanto antes de partir a Estados Unidos como cuando regresan a México.

Por esa razón, en San Juan existe una actividad comercial intensa y permanente: las calles principales, entre la Central camionera y la Basílica, son un enorme mercado, formal e informal

de productos al menudeo, donde cada peregrino compra poco, pero el volumen de ventas es incommensurable. El comercio y los servicios de toda índole dan empleo a muchas mujeres, en especial, durante las celebraciones. Después de visitar a la Virgen y asistir a misa, los peregrinos adquieren, para ellos y para regalar, un sinnúmero de objetos alusivos a la visita que, por lo regular, dura muy poco tiempo. Aunque compran mucho, se trata de objetos baratos, pequeños, fáciles de transportar.

Entre los productos que siempre se han ofrecido están las costuras, artículos variados de bordados de punto de cruz y deshilado. Como la costura debe ser de bajo precio, se trata de artículos de tela sintética, colores brillantes y menos calidad que en otros lugares. La llegada de productos chinos bordados a máquina, baratos y de buena presentación, han mermado mucho el mercado de la costura tradicional en San Juan.

LA SOLTERÍA, CUNA DE EMPRESARIAS

Quién sabe cómo las sociedades ranche-ras lograron crear, generación tras generación, casi en cada casa, la figura de la soltera que a todos convenía. Claro que ayudaban tres hechos: la cantidad de hijos e hijas que procreaban las parejas, lo que ofrecía un abanico de opciones de vida para los múltiples descendientes. Ayudaba también una tradición católica que premiaba el sacrificio y exaltaba a las que se quedaban solteras a cuidar a los padres. Y, claro, la existencia de muchas mujeres que habían aceptado esa condición y eran muy bien vistas por la sociedad.

Una joven que a los veinte años no estaba casada se convertía, de manera irremediable, en “quedada”, es decir, en una mujer que no encontraría pareja. En ese caso, la mejor o única opción era permanecer en la casa paterna, de la cual poco a poco se hacía cargo, así como del cuidado de los padres, cada día más ancianos y achacosos. Como compensación, no tenía que preocuparse por su sobrevivencia, que estaba asegurada por sus padres y hermanos. Y, a la muerte de los padres, esa hija heredaba la casa, seguramente también un rancho para

que se mantuviera o vendiera. Por eso las casas céntricas de muchas ciudades de la región pertenecen a señoritas. Esto en el caso de las familias con recursos.

En hogares con menos recursos era diferente. La soltera, a cargo de sus padres, tenía que resolver además la manera de sobrevivir de ese hogar. Contaba con la ayuda de hermanos y hermanas, pero era insuficiente, más aún cuando los padres empezaron a padecer enfermedades crónicas prolongadas y costosas.

En esos casos, las solteras, muchas de ellas al menos, mostraron que no sólo podían, como siempre, hacerse cargo de ranchos, sino también de iniciar negocios de diferente índole donde se estrenaron como empresarias: talleres maquiladores, talleres independientes, distribuidoras de costura, comerciantes de diferentes giros. La obligación, admitida por todos, de sostener a los padres, les daba libertades y apoyos que les permitían tener vehículos, salir de las comunidades, hacer tratos, algo mucho más difícil para las casadas. La soltería fue una primera gran escuela de negocios para las mujeres de la región.



OFELIA Y SOCORRO

Vestir de fiesta y hacer negocios

EL TALLER MAQUILADOR

Hay indicios de un nuevo giro, quizá una nueva fase, que ha permitido la permanencia de los talleres maquiladores. La baja en el consumo de bienes de consumo y el incremento del precio del dólar han llevado, de nueva cuenta, a que resulte rentable producir prendas de bajo costo en México.

Pero ya por parte de establecimientos industriales. Hoy por hoy, son grandes y medianas empresas comercializadoras, las que desde ciudades como Aguascalientes, Tepatitlán, Villa Hidalgo, Zapotlanejo envían la confección de prendas y calzado a un sinnúmero de talleres maquiladores que se ubican en ranchos y pueblos más o menos cercanos. Algunos, a su vez, distribuyen máquinas y envían trabajo a domicilio; otros, no.

Así a cada taller se le destinan lotes de piezas cortadas de algún producto para coser, que es la etapa que requiere

de más habilidad, tiempo y trabajadores. Las dueñas de los talleres pueden acudir a recoger los lotes, lo que les da la posibilidad de escoger lo que quieren hacer, o bien se los entregan y recogen en los talleres.

Se trata de lotes pequeños, de modelos que cambian cada semana. Los talleres conocen y se adaptan a las fluctuaciones del trabajo maquilador: el año comienza mal, porque enero es muy flojo pero por lo regular las empresas todavía les deben dinero; se recuperan en febrero y les va bien hasta mayo, temporada alta que se cierra antes del 10 de mayo; de ahí a agosto los pedidos se estancan; se recuperan si fabrican algún producto escolar; finalmente, de septiembre a diciembre es la mejor temporada, el invierno y las fiestas navideñas a las que llegan, gracias a Dios, como dicen, con mucho trabajo.



LUZ

CUCA, HERMANA DE LA CHATA



La costura: un saber para migrar y vivir en la ciudad



Del rancho a la ciudad

Mercedes, la Chata, como la llaman, nació en un rancho, El Salto, donde creció en compañía de 13 hermanos. Su padre se dedicaba a la ganadería y la agricultura. A pesar de esa cantidad de descendientes, la madre de la Chata se daba tiempo para confeccionarles la ropa, “entregar costura” para la venta, les enseñó a todos a leer y escribir y a sus 10 hijas a coser y bordar. Con ese ejemplo, no es de extrañar que la Chata se haya convertido en una ardua trabajadora.

La Chata aprendió a bordar, pero también a coser, por lo que muy pronto se dio a conocer como modista y a eso se dedicó: a hacer vestidos para las señoras en el rancho. Poco a poco, los hermanos se casaron y ella, sus padres y hermanas se quedaron en el lugar, hasta que, después de una enfermedad de la madre, decidieron mudarse a la cabecera municipal. Y allí, dedicarse a la costura, que es lo que todas sabían hacer.

Cuando una empresa de Zapotlanejo le ofreció trabajo y unas máquinas Brother, la Chata y sus hermanas iniciaron su carrera como maquiladoras. Ellas y sus hermanas tuvieron “que hallarle”, pero aprendieron a usar esas máquinas, que les salieron muy buenas.

La Chata ha trabajado con diferentes fábricas y talleres de Tepatitlán y Zapotlanejo, la ciudad especializada en la producción de ropa, aunque ahora también dedicada al comercio de prendas de vestir. Una de sus hermanas, con la que inició el taller, se casó y se fue a vivir a Chicago. Fue una gran pérdida para el taller y para ellas. También ha perdido trabajadoras muy buenas que se fueron a vivir a Estados Unidos.

Como ahora ya es mayor y tiene menos obligaciones prefiere trabajar a “su ritmo”, sin presiones, a las que durante años estuvo sometida. Va a Zapotlanejo a recoger los lotes para armar y luego regresa a entregarlos. En el taller la acompañan 2 hermanas y Cuca, enferma desde niña, que borda servilletas de punto de cruz. En las temporadas malas, la Chata fabrica uniformes. Y, si no, hace deshilados.

La costura le permitió a la Chata hacer el tránsito de la vida rural a la urbana con un trabajo, si no asegurado, por lo menos viable, con el cual mantuvo a sus padres, a sus hermanas y logró tener un lugar propio, una casa-taller, con una pequeña tienda, donde vive y trabaja.



VERÓNICA

.....
GUILLE



Esplendor y ocaso de un taller

El taller de colchas fue una empresa femenina. La iniciaron, en 1975, con una sola máquina de coser, la madre de Verónica y Delia, su hermana mayor, y al poco tiempo se incorporaron Verónica y su hermana gemela. El equipo resultó excelente. Aunque Verónica sólo completó la educación primaria, hizo cursos de contabilidad, comercio y computación. Lo suyo son “los números” dice.

Al principio sólo maquilaban para una empresa de Guadalajara; más tarde, llegaron otros clientes tapatíos, de la ciudad de México y Querétaro. Como Delia aprendió a bordar y era muy buena para diseñar empezaron a fabricar sus propios modelos de colcha, además de maquilar. En la década de 1980 estuvieron muy de moda los manteles y juegos de colcha y almohadones de terlenka, más tarde de dublín, ambas telas sintéticas, con bordados a máquina muy coloridos. La clientela prefería las colchas de telas sintéticas porque son fáciles de lavar, secar y no pierden color, como las de algodón. El éxito las llevó a comprar más maquinaria. En 1991 empezaron a vender en el tianguis textil de Tepatitlán.

La década de 1990 fue la de otro producto exitoso: la colcha capitonada: juegos de colcha, sábanas y cortinas, que se vendían muy bien. La empresa, re-

gistrada como “Creaciones Vero”, contrató 4 trabajadoras, 3 hermanas trabajaban medio tiempo, además, claro, del trabajo de Vero, su madre y su gemela. En esos años, llegaban muchos clientes del norte del país al tianguis: Culiacán, Ensenada, Rosarito, San Luis Río Colorado, Tijuana. En ese tiempo entraron a la empresa el padre y los hermanos de Vero. Pero en esa misma década resintieron el impacto de la competencia: la entrada de productos chinos baratos, novedosos y vistosos. Por eso, en 1992 empezaron a distribuir productos de Vianney, una empresa de blancos que vende por catálogo. Desde entonces, la producción propia se ha reducido: más de la mitad (60%) de lo que facturan es por la distribución.

Las ganancias de la empresa sirvieron para la educación de las hermanas menores y para que los hermanos construyeran sus casas. Ya sólo trabajan Vero, 2 empleadas y 4 hermanos; venden en la casa y en el tianguis, de ahí sale para sostener los hogares de todos. Vero y un hermano menor abrieron una pequeña tienda. Para tener “algo nuestro” dice.

Vero fue protagonista de la edad de oro de los talleres de confección. También de su ocaso.



BIBLIOGRAFÍA

.....

- Arias, Patricia y Fiona Wilson (1997) *La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Centre for Development Research
- Arias, Patricia (1992) *Nueva rusticidad mexicana*. México, Conaculta, Colección Regiones.
- Arias, Patricia (1988) “La pequeña empresa en el occidente rural” en *Estudios Sociológicos* vol. VI, 17. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos. pp.405-436
- Arias, Patricia y Jorge Durand (1988) “Santa María de las esferas” en *Sociedad y Estado* 1. Guadalajara, Universidad de Guadalajara-CISMoS. pp. 5-16
- Colectivo fotográfico Jesús María (2012) *Jesús María. Memoria fotográfica*. México, Editorial Pandora.
- De Alba, Fernanda (1989) *Pinceladas de sabor local*. México, Editor Gustavo de Anda.
- De Leonardo, Patricia (1978) “El impacto del mercado en diferentes unidades de producción. Municipio de Jalostotitlán, Jalisco” en Patricia de Leonardo y Jaime Espín *Economía y sociedad en los Altos de Jalisco*. México, Editorial Nueva Imagen. pp.27- 130.
- Durand, Jorge y Patricia Arias (2014) “Escenarios locales del colapso migratorio. Indicios desde los Altos de Jalisco” en *Papeles de Población*, año 20, núm.81, julio-septiembre. pp.165-192.
- Durand, Jorge y Patricia Arias (2005) *La vida en el norte. Historia e iconografía de la migración México-Estados Unidos*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, El Colegio de San Luis.
- Espín, Jaime (1978) “Uso y tenencia de la tierra en el municipio de Teocaltiche” en Patricia de Leonardo y Jaime Espín *Economía y sociedad en los Altos de Jalisco*. México, Editorial Nueva Imagen. pp.131-304.
- García Acosta, Virginia (2001) *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario del Norte.
- Icazuriaga, Carmen (2002) *La ciudad y el campo en Tepatitlán, Jalisco*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario del Norte.
- Quintero, Cirila y Javier Dragustinovis (2006) *Soy más que mis manos: los diferentes mundos de la mujer en la maquila*. México, Fundación Friedrich Ebert.

Márquez Ruiz, Miguel Angel (2013) *Historia de la Asociación Mexicana de Veterinarios Especialistas en Cerdos, A.C.(AMVEC) 1967-2013*. Guadalajara, Impre-Jal.

Massey, Douglas S., Jorge Durand y Fernando Riosmena (2006) “Capital social, política social y migración desde comunidades tradicionales y nuevas comunidades de origen en México” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 116.

Muro García, Claudia Ivette y Eva de Nova Morales (2013) (Textos) *Hojeando mi pueblo. Guía Cultural y Turística de Valle de Guadalupe*. Guadalajara, Acento Editores.

Sabaté Martínez, Ana (1989) *Las mujeres en el medio rural*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer.

Varios autores (2010) Jesús María. *Imágenes e identidad*. México, Editorial Pandora.

Yáñez Agustín (1947; 1996) *Al filo del agua*. México, Editorial Porrúa.

Yáñez, Agustín (1962,1992) *Las tierras flacas*. México, Joaquín Mortiz

Páginas web

<http://www.siap.gob.mx/ganaderia-avance-de-la-produccion-pecuaria-por-estado/>.
Consultada el 18 de mayo de 2015

<http://eleconomista.com.mx/columnas/agro-negocios/2014/09/24/situacion-actual-avicultura-huevo-altos-jalisco-i> Fecha de consulta 08 de julio del 2015, 15:36 hrs.



Quehaceres y obras
El trabajo femenino en los Altos de Jalisco
se imprimió en Octubre de 2015
se editó en
ARQUITÓNICA EDITORIAL
y se imprimió en

La edición consta de 500 ejemplares.